

ENRIQUE GÓMEZ
CARRILLO **Tres**
novelas inmorales





Narrativa

Tres novelas inmorales

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Colección Narrativa

Serie Biblioteca Digital Editorial Cultura 10



Ministerio de
Cultura y Deportes

Una publicación de Editorial Cultura
editorialcultura@mcd.gob.gt

©Obra de dominio público

Directora de Editorial Cultura: Nora Murillo Estrada
Responsable de la edición: Alejandro Reyes
Ilustración de portada: Martín Díaz Valdés
Edición al cuidado de: Génesis Ramos, Rubí Véliz Catalán y
Anderson Aquino

Reservados todos los derechos. De conformidad con la ley (Artículo 274 del Código Penal), no está permitida la reproducción parcial o total de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por registro u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

«... pongo, afectuosamente, las ligeras páginas que contienen estas tres historietas inmorales... Aunque cuando escribo la palabra «inmorales» refiriéndome a mis novelitas juveniles, no puedo menos de sonreír... Es tan ingenua, es tan pueril esa inmoralidad, que no llega siquiera a ser peligrosa. Todo se reduce, para hablar como esos franceses del siglo XVIII, a quienes usted y yo admiramos tanto, a no darle mucha importancia a los asuntos de *couchage* y a llamar bagatela al pecado carnal».

DEDICATORIA

Al Excmo. Sr. D. J. Quiñones de León

En sus manos de embajador, acostumbradas al peso transcendental de los *Libros Blancos* y de los *Libros Rojos*, pongo, afectuosamente, las ligeras páginas que contienen estas tres historietas inmorales... Aunque cuando escribo la palabra «inmorales» refiriéndome a mis novelitas juveniles, no puedo menos de sonreír... Es tan ingenua, es tan pueril esa inmoralidad, que no llega siquiera a ser peligrosa. Todo se reduce, para hablar como esos franceses del siglo XVIII, a quienes usted y yo admiramos tanto, a no darle mucha importancia a los asuntos de *couchage* y a llamar bagatela al pecado carnal.

Yo, usted lo sabe, hubiera querido renegar de un modo definitivo de estas páginas escritas a los diez y ocho años y no incluirlas en mis obras completas. Pero usted me ha hecho comprender que hay algo de cobardía en esa clase de escamoteos literarios de producciones adolescentes. A usted, que las ha salvado de la repudiación, le entrego, pues, mis novelitas, apenas despojadas de algunos adornos inútiles, para que, con su exquisita ironía, las coloque en su biblioteca entre un tratado de Derecho Internacional y un tomo del marqués de Lema...

Lo saluda respetuosa y afectuosamente su amigo,

E. G. C.

París, noviembre 1919.

BOHEMIA SENTIMENTAL

I

—¿Qué hora es?

Emilio sacó de la faltriquera de su gabán una papeleta de empeño, y, contemplándola gravemente, repuso:

—Mi reloj está parado desde hace seis meses. Pero hay otros muchos medios de saber la hora. Pregúntale a tu estómago, y te responderá que es la hora del hambre; pregúntale a tu bolsillo, y te responderá que es la hora de la miseria; pregúntale a tu...

Luciano, que no estaba para bromas, interrumpió con sequedad a su amigo, suplicándole que no dijera tonterías.

Y en silencio, sin apresurarse, ignorando hacia dónde iban, los dos camaradas siguieron andando melancólicamente por el bulevar San Miguel.

A lo lejos los restaurantes comenzaban a encender sus luces exteriores, que parpadeaban, en la penumbra de la tarde, con aleteos irónicos y llamativos.

Emilio no pensaba en nada. Tenía apetito. Sonreía.

Luciano, inconscientemente, seguía preguntándose qué hora podía ser, sin conseguir más respuesta que la de su bolsillo, que le decía sin cesar: «La hora de la miseria, la hora de la miseria».

Lo que más le atormentaba era creerse incapaz de salir de sus apuros gracias a sus propias fuerzas. Él no era cobarde, ni perezoso, y en otras circunstancias, en un caso más serio, habría luchado contra el destino hasta morir o vencer. «La lucha no me amedrenta —decíase a sí mismo». Lo que lo amedrentaba era la situación en que se veía desde que, cuarenta y cuatro horas antes, habíasele acabado el dinero que su familia le enviaba cada fin de mes. «¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?». Su imaginación seguía buscando, en vano, un expediente para salir de apuros.

De pronto, Emilio le detuvo, tirándole violentamente por los faldones de la levita, y exclamando con voz regocijada:

—¡Eureka! Esta tarde vamos a comer como príncipes, en esa casa que está ahí en la esquina. ¿Tienes apetito? Vamos a comer, te digo. Mira la casa: en ella vive un millonario, amigo mío, que almuerza todas las mañanas, y que cena todas las noches, y que dispone siempre de un portamonedas lleno de piezas de oro, y que es muy tonto...

Luciano escuchaba a su amigo como quien oye un cuento de hadas. Emilio continuó:

—¡Oh, muy tonto, muy tonto! ¡Pero tan rico! Figúrate que hace apenas dos meses me dio veinte duros por un soneto que luego he visto publicado con su firma en varias revistas. Tú debes de conocerle: se llama René Durán, y compra versos... ¿No subes?... ¡La sopa está servida, caballero!

Una criada, que por lo vieja y lo fea parecía un capricho escapado de los álbumes de Goya, introdujo a los dos ami-

gos en un saloncillo amueblado con mucho lujo, pero con poco gusto.

René Durán estaba sentado en una inmensa butaca de roble añejo, con un libro entre las manos.

Luis presentó a su amigo:

—Señor Durán, le traigo a usted a don Luciano Gramont, poeta cuyo nombre ha llegado, sin duda, a sus oídos, y que deseaba tener el honor de conocerlo a usted personalmente. Digo personalmente, porque ya como poeta le conocía y le admiraba a usted, lo mismo que todo el mundo.

Muy halagado, René Durán se inclinó balbuceando frases incoherentes de agradecimiento.

—Siéntense ustedes —dijo al fin.

Y comenzó a hablar, muy seriamente, de cosas que a él se le antojaban muy serias.

—Nosotros, los artistas —decía—, tenemos el deber sagrado de no escuchar los consejos embrutecedores que nos da la burguesía. Mirando siempre hacia adelante, encontramos nuestra ruta de Damasco en la contemplación de nuestros ensueños espléndidos de bohemia.

Luis contestaba:

—Somos los bohemios del presente, pero llevamos en nuestras almas el universo radioso del porvenir.

Sólo Luciano permanecía silencioso, creyéndose incapaz de tomar parte en la lid de vulgaridades ampulosas que se había entablado ante él.

Al cabo de un cuarto de hora de charla literaria, Luis dijo bruscamente, dirigiéndose a Durán:

—¿Quiere usted hacernos el favor de acompañarnos a comer? Mi amigo desea intimar con usted, en quien ha adivinado un alma hermana de la suya.

—Muchísimas gracias —repuso René —; se lo agradezco con todo el corazón; pero esta tarde..., ¿por qué no se quedan más bien ustedes, a hacer penitencia con nosotros?

La palabra «nosotros» llamó a Luis la atención.

—¿Tiene usted familia?

—Familia justamente, no. Tengo una amiga, artista también, que me ayuda a soportar las tristezas de la vida.

Luciano se sentía como sobre ascuas. El aplomo de su amigo que, no teniendo diez céntimos para comprar un panecillo, invitaba a comer a un millonario, parecíale criminal, y la actitud de ese señor que compraba sonetos para firmarlos, que hablaba de arte con frases vacías y que encontraba triste la existencia, teniendo un portamonedas lleno de oro y una querida bonita, figurábasele el colmo del más odioso esnobismo. «Si no fuese porque tengo hambre —pensaba—, me marcharía más corriendo que andando. Y aún con hambre y todo, creo que me iría, a no ser por ese desvergonzado de Luis, que ya está aquí como en su casa y que explota la imbecilidad humana en beneficio de nuestros pobres estómagos. Lo que sí me juro, con más solemnidad de la que nuestro anfitrión emplea para llamarse a sí mismo bohemio, es que no volveré nunca a entrar en este ridículo salón. ¡Pues no faltaba más! ¡Ah, no!, de ninguna manera, ¡jamás! ... ».

Un criado interrumpió las exclamaciones mentales del poeta indignado, anunciando en alta voz:

—El señorito está servido.

En el comedor, la querida de Durán hacía los honores con elegancia algo teatral, inclinándose cual una marquesita de Fragonard; indicando, por medio de reales ademanes, el puesto que cada uno debía ocupar; bajando los ojos como las «ingenuas» del Teatro Francés ante los cumplidos de sus invitados.

Luciano pensó: «Es muy bonita. ¡Lástima que esté tan mal educada y que sea la mujer de este bárbaro!».

Luis soñaba ya en comérsela, como delicadísimo postre, después de la cena.

Durán seguía hablando de arte y de literatura, con palabras escogidas y voz estudiada:

—Lo único que nos consuela de los sinsabores múltiples de la vida —decía— es la estimación de los cerebros nobles y el cariño fraternal de los corazones elegidos. Si no dispusiéramos de esos consuelos y de los goces infinitos que la concepción artística produce, más nos valiera renunciar francamente a la existencia y refugiarnos por nuestra propia voluntad en el mundo misterioso de la muerte. Sacar el pan del tintero es siempre arduo, y cuando ese pan no viene endulzado por las delicias del compañerismo y de la general estima, resulta más amargo que el clásico pan del destierro.

René Durán tenía la inocente locura de querer hacer creer que vivía de su trabajo. Increpaba a los editores por

lo mal que pagaban, y quejándose amargamente de lo mucho que era necesario producir para vivir con modestia.

—Lo que nos mata es la fecundidad forzada —decía.

Y luego citaba familiarmente nombres de literatos ilustres, indicando lo que ganaba cada uno de ellos.

Luciano oía esas cifras con verdadero respeto, pensando en lo dichoso que él sería si un periódico cualquiera le asegurase la más humilde de las existencias en cambio de doce horas de trabajo diario. ¡Vivir de su literatura! Lo deseaba con tal ardor, que ni siquiera se atrevía a esperararlo. ¡Vivir de sus libros, de sus artículos, de sus poemas, de sus comedias! ¡Escribir día y noche, y luego comer! ¡Hacerse una reputación modesta y saber que su nombre no era ignorado por completo!... ¡Ilusiones!... ¡Rosadas ilusiones!...

¡Ilusiones tristísimas, por lo lejanas!

La querida de Durán leyó en los ojos de Luciano las íntimas melancolías de su alma, y con acento cariñoso le preguntó:

—¿Es usted poeta?

—Sí, señora.

—No me llame usted señora... ¿Y no ha publicado usted ningún libro?

—Ninguno... señorita.

—Prefiero que me diga usted mi nombre: Violeta.

—¿Violeta nada más?

—Para los amigos sólo Violeta. En el teatro me llaman Violeta de Parma, ¿le parece a usted ridículo?

—¡Sí, pero encantador! —exclamó Luis, con la boca llena, mientras Luciano contestaba, sonriendo discretamente:

—En usted todo me gusta.

Después de la comida, Durán llamó aparte a Luis para informarse de las cualidades intelectuales de su amigo.

—Se lo pregunto a usted —le dijo— porque necesito un colaborador para un drama.

—¿Para un drama? Nadie mejor que él. ¡Un talento! ¡Sólo Víctor Hugo ha tenido tanto en nuestro siglo! ¿Quiere usted que yo me encargue de hablarle de eso? Harán ustedes un drama admirable... ¡Pues ya lo creo! Lo malo es que sería necesario que yo le llevase esta noche al teatro... y como he olvidado mi portamonedas... ¿No tiene usted algunos francos?...

En otro extremo del comedor, Violeta y Luciano hablaban en voz baja:

—¿Sinceramente le gusta a usted mi nombre?

—Sinceramente.

—¿Y no le parezco a usted orgullosa?

—Lo que me parece es que usted es digna de mejor suerte. Su marido es algo solemne para cultivar violetas.

—¡Murmurador!... Es un hombre bueno. Demasiado buen hombre.

—Venga usted mañana a mi teatro... ¿Vendrá usted?...

II

Violeta era, tal vez, tan vanidosa como su amante; pero de otro modo. Era una vanidosa sonriente, que sabía, en ciertos casos, burlarse de sus propios defectos.

Era vanidosa porque le gustaba gustar. Los elogios a su ingenio, a su cultura, a su elegancia, a su modo de expresarse, a todo lo que había en ella de artificial, en suma, halagábanla mil veces más que los elogios a sus encantos naturales.

Muy niña aún, en su humilde guardilla familiar, solía turbar la sencillez de su madre con sus precoces coquete-rías. A veces, para parecer una mujer, rellenábase de algodón el talle, desnaturalizando la línea de su seno apenas naciente. En otras ocasiones embadurnábase el pelo de tinturas compradas a hurtadillas al volver de la escuela, con objeto de parecerse a las rubias pecadoras que le sonreían por la calle.

Esos caprichos malsanos que apenas a su madre, sólo hacían reír a su padre, empleadillo envejecido entre libros, incapaz de adivinar, por los primeros anhelos, el porvenir de un alma humana.

—Se nos va a perder —decía la pobre señora. Y el empleadillo contestaba:

—No tengas miedo. Todas las chiquillas son así al principio y luego se vuelven serias. Déjala que lea y dile que salga lo menos posible. Allí están mis libros para que se entretenga.

Los libros completaron la obra de la Naturaleza. A los catorce años, Violeta tenía ya la cabeza poblada de blondos pajes cantores, de poetas en cuyos labios florecían los madrigales y los besos, de mujeres libres, bellas y dichosas, que habían salido de la miseria para llegar a ser princesas; de actrices dueñas de París; de ojos azules que iluminaban todo un universo con su luz dominadora. El ensueño de los poetas sumergía la en sueños personales. Y embriagada por los libros, que son el opio de Europa; veíase a sí misma coronada de rosas, envuelta en un manto de armiño, dominando a toda la gran ciudad desde el escenario de un teatro.

Quería ser actriz. Así se lo dijo a sus padres; y como sus padres se burlaron de ella aconsejándola que esperase con paciencia al notario o al capitán que vendría más tarde a buscarla para hacerla su esposa, creyose encerrada en una jaula indigna de su talento y de su belleza. Luego pensó en escaparse. Por último, se escapó en compañía de un estudiante de Derecho, que le había escrito dos o tres cartas amorosas, hablándole del fuego intenso que devoraba su corazón avasallado.

Se escapó; vivió dos meses con su primer amante; luego vivió un año con un pintor; luego vivió sola en los cafés del Barrio Latino, que es como vivir con todo el mundo; fue modelo por afición; fue cocota por necesidad, tuvo pasiones

terribles que le duraron una semana; no encontró nunca al príncipe soñado; acostose a veces sin comer, y no fue desgraciada, empero, gracias al orgullo que la hacía esperar y a la afición literaria que le permitía abstraerse.

Cuando René le ofreció llevarla a su casa y hacerla entrar en un teatro, aceptó con entusiasmo pero sin extrañeza, como si la casualidad que iba a proporcionarle los medios de realizar su ensueño, no fuese más que el pago de una deuda que para con ella había contraído la vida.

—Eres tan linda, que puedes llegar a millonaria —le dijo René. Y ella contestó:

—Lo que quiero ser es actriz.

—¿Tienes acaso talento?

—Es lo único que tengo.

Y esa «frase» fue pronunciada con tanta sencillez, con tanta convicción, con tanta confianza, que René no pudo dudar de que su querida poseía en el más alto grado el genio teatral, que a él se le antojaba un genio de segundo orden, juzgándolo como autor dramático.

Sin embargo, para afirmar más aún su superioridad de gran artista, decíale a menudo:

—Tu belleza vale más que tu genio.

Ella sonreía, creyendo saber a qué atenerse sobre sus propias cualidades.

Sonreía irónicamente, despreciando el juicio de su amigo.

Para juzgar su talento, sólo el público entero, en masa, se le figuraba censor inapelable. En cuanto a su belleza, allí estaba el espejo para decirle con franqueza lo que valía.

Valía mucho y ella lo sabía. Ella sabía que su cuerpo largo, flexible, onduloso, blanco, con reflejos rojizos de nácar, delgado con redondeces casi invisibles de efebo o de andrógina, era escultural, no en el sentido que dan a la palabra los adoradores de las venus griegas, sino en un sentido más raro, más místico, más gótico, más inquietante; escultural como el de las madonas de Donatello. Sabía que su cuerpo era muy bello para los artistas capaces de desnudar con la imaginación a *La primavera* de Botticelli, a las vírgenes de Blanqui, a la Salomé de Ghirlandaio, a las incorpóreas y religiosas encarnaciones de la belleza medieval; pero sabía también, que los hombres vulgares se burlaban de ella al ver que sus caderas eran muy menudas y sus pechos casi impalpables. Sabía que su boca era muy grande; pero que tenía, en el movimiento perpetuo de los labios y en las comisuras profundas, algo que sonreía sin tregua, invitando a saciar en ellos, sin glotonería, con sibaritismo y con delicadeza, apetitos refinados. Sabía que sus ojos cambiaban de color como ciertas piedras preciosas: que eran azules en la serenidad del descanso; que eran casi verdes en los momentos de cólera; que se volvían grises y se constelaban de puntos luminosos en las horas de lujuria. Sabía que su cabellera, teñida de rubio rojo metálico, color de llama y de azafrán, con reflejos violáceos, encuadraba divinamente su rostro delgado y pálido, en las amplias alas prerrafaélicas de sus cenefas virginales. Se sabía bella, en fin, de un modo especial, pero comprendía, al mismo tiempo, que como ar-

título de comercio, su belleza no habría encontrado fácilmente compradores millonarios.

Su talento figurábasele de la misma calidad que su belleza: un talento muy fino y muy raro, hecho únicamente para seducir a cierto público cultivado y artista.

La razón de que ella se estimase mejor como actriz que como mujer, estaba en su temperamento. Siendo poco ardiente por naturaleza, saboreaba más a menudo los goces espirituales que los goces materiales. La carne la atormentaba a veces, pero no con tanta frecuencia como a otras mujeres. El espíritu, en cambio, siempre despierto, siempre ávido de sensaciones poéticas, quitábale muy a menudo el sueño, obligándola a pensar en sutiles combinaciones escénicas y en nuevas entonaciones de voz.

III

José Luis Gracián de Beaumont era el último vástago de una antiquísima familia bretona, cuyo árbol genealógico tenía sus raíces en la santa tierra de las cruzadas. Uno de sus abuelos había defendido a un rey de Francia contra doce sarracenos cuyas cabezas, cortadas como cebollas, figuraran en el escudo de la familia sobre campo de azur. Otro ascendiente suyo había ganado, en las guerras de Juana de Arco, peleando como un león contra las huestes inglesas, un feudo y un ducado. Luego los Gracián vinieron a menos. Pusiéronse mal con Francisco I, con Luis XIV, con casi todos los reyes, en fin. Y cuando la Revolución quiso confiscar sus bienes, no encontró sino campos sin cultivo y palacios hipotecados. Durante los años de pánico aristocrático, los Gracián de Beaumont vivieron en Holanda, vendiendo sus joyas blasonadas; y al volver a Francia, en tiempo del Imperio, no lograron sino indemnizaciones ridículas por lo insignificantes. Carlos X, al ser restaurado en el trono, tampoco los protegió; y Luis Felipe creyó hacer mucho en beneficio de uno de ellos, nombrándole bibliotecario del Senado. José Luis Gracián de Beaumont era hijo único de ese bibliotecario. Había nacido entre libros; había-se criado modestamente; durante el sitio, contando apenas

cuatro años de edad, había tenido hambre y luego, ya mozo, había vuelto a tenerla muy a menudo.

—Lo único que me queda del antiguo esplendor de mi familia —solía decir, sonriendo melancólicamente— son las manos. —Y alargaba, ante los demás, sus largos dedos afilados y blanquísimos, que se curvaban hacia arriba con una elasticidad extraña.

En cuanto a su nombre, habíalo también perdido. Sus amigos le llamaban Luis, a secas, y él ponía en sus tarjetas (cuando las tenía) Luis Gracián, sin títulos y sin partículas.

Porque era muy pobre, Luis. Al morir su padre, en los primeros años de la tercera República, la Cancillería de la Legión de Honor habíale educado, es decir, habíale hecho bachiller y luego le había dejado en la calle con la cabeza llena de versos clásicos y el alma repleta de anhelos.

—Busque usted un empleo —dijéronle.

Él buscó un empleo. Pero como sólo sabía traducir a Virgilio y hacer odas a la manera de Ronsard, no lo encontró. Encontró, en cambio, a una tía suya, muy fachendosa pero no muy rica, que le dio de almorzar todas las mañanas.

Y así, componiendo poemas, comiendo a medias en casa de su parienta, vistiéndose como podía, y ganando de vez en cuando un luis en casa de un copista amigo suyo, fue vegetando y enflaqueciendo.

Una noche había encontrado a un chico moreno en un café del Barrio Latino y, sin saber por qué, porque sí, por capricho, había tratado de darle una broma. Para comenzar, ofrecióle un abrazo. Luego le preguntó:

—¿No te acuerdas de mí?

El otro, naturalmente, no se acordaba.

—Usted se equivoca —repuso.

—¿No eres Pedro?

—No, caballero; me llamo Luciano.

—¿No tienes un hermano que se llama Pedro?

—No, caballero...

—¿Un primo, entonces?

—Tampoco.

—¿Tampoco un hijo?

El interpelado habíase echado a reír. Luis prosiguió:

—¡Es extraordinario! Yo tuve un camarada, que era poeta como yo, y cuyo nombre era Pedro, y cuyo físico era el tuyo.

Luciano, que acababa de llegar de su pueblo y que también era poeta, habíase sentido muy dichoso de encontrar un compañero. Esa noche se quedaron juntos en los cafés del barrio y se separaron a las dos de la mañana jurándose amistad eterna.

Al día siguiente almorzaron juntos. Luciano pagó. Por la noche cenaron juntos. Luciano volvió a pagar. Luego fueron inseparables, y Luciano pagó siempre, hasta que, una tarde, el 12 del mes, se le acabaron los cuartos de su pensión y tuvo que decírselo a su amigo.

—No te apures —respondió Luis—. El dinero no tiene importancia. Mañana voy a recibir treinta francos por una traducción latina y seguiremos siendo ricos.

Cuando tenían dinero, iban a comer a un restaurante muy pequeñito, en la esquina del Odeón, en donde, por lo general, encontraban a Verlaine, borracho, bonachón, patriarcal, siempre sonriendo con su sonrisa de fauno y a Moreas, fino, hermoso, altanero de porte, elocuentísimo y fraternal.

Una tarde que sólo tenían cincuenta céntimos, dispusieron comer en el cuarto de uno de ellos y compraron veinte céntimos de pan y un pastelillo de fresas de treinta céntimos. Sentados ambos al borde del lecho, empezaron por el pan y en menos de un minuto dieron fin con él. Quedaba el pastelillo.

—¡Cómetelo! —dijo Luis. Y Luciano repuso:

—Cómetelo tú.

—No, tú.

—Tú, hombre, cómetelo.

—A mí no me gusta.

—A mí me repugna...

Y ambos se habían levantado de sus sitios, abandonando la golosina y jurando que no les gustaba, cuando, en realidad, los dos la codiciaban y sólo renunciaban a devorarla para dejársela el uno al otro.

Por las noches, refugiados en el fondo de alguna taberna hospitalaria, recitábanse mutuamente sus versos. Los de Luis eran ligeros, irónicos, y alocados, pero con algo en las aliteraciones, en los atrevimientos y en las imágenes, que hacía ver al poeta verdadero, completo, personal. Los de Luciano eran más correctos, más fríos, más artísticos.

Luciano pensaba alejarse de las musas para consagrarse por completo a la novela y al teatro. Soñaba en hacer comedias incoherentes en las cuales la vida apareciese cortada y nerviosa, como lo es en efecto. Deseaba escribir novelas relativamente cortas, atrevidas, algo descuidadas aparentemente, pero en el fondo muy artísticas, muy perversas y muy crueles...

El ideal de Luis era la pantomima. Quería hacer pantomimas trágicas, pantomimas psicológicas, pantomimas profundas. Deseaba compendiar todas las pasiones de la humanidad, todas las ideas de los hombres, todas las sensibilidades de las mujeres, en dramas mudos y evocadores, representados por Pierrot y Colombina.

En el fondo eran dichosos. Se querían mucho y tenían por el arte una adoración supersticiosa. Cuando Luciano estaba triste, Luis le decía bromas para animarle. Cuando Luis se sentía desesperanzado y débil, Luciano le reprendía con ternura.

Luciano era más joven que Luis. También era más serio y más triste. Tenía veinticuatro años; era moreno, casi imberbe, ni guapo ni feo, pero con dos ojos de ámbar muy tristes, muy seductores; con una cabellera castaña rizada y abundosa; con unos dientes blancos, iguales, cuadrados, lucientes. A primera vista las mujeres le encontraban insignificante; luego se fijaban en sus ojos; en último término se sentían atraídas por su voz velada, por su sonrisa irónica, por su mirar melancólico, por lo que había en él, en fin, de personal y de noble.

—¿Me quieres mucho, Luciano?

—Te quiero mucho, Luis.

Y en el café, ante las mujeres que reían burlándose de ellos, abrazábanse, a veces, como dos hermanos que van a separarse para siempre.

IV

—Al fin, ¿te decides a colaborar con ese señor tan rico y tan borrico?... Hay que decirle algo... Me está exasperando desde hace tres días con sus exigencias y hoy quiere una respuesta definitiva: ¿Qué debo decirle?

—Que no. Luis continuó:

—Está bien, le diré al señor Durán que no aceptas ningún arreglo. Pero tú, ¿has encontrado algo? Javier Blemont me aseguró ayer que te había visto entrar en casa de Hachette. ¿Qué hay?

—Nada —repuso Luciano—, nada.

—Entonces o estás loco o te arreglas con Durán. ¿Qué te importa sacrificar un drama? Hoy me ofreció darte mil francos en cuanto le entregues el manuscrito y cederte luego todos los productos de las representaciones. Lo que a él le interesa es la fama: quiere que los periódicos hablen de él; quiere ser autor dramático... ¿Te decides?

—Tal vez, pero no hoy. Dile que espere unos días. Por ahora aún nos quedan algunos cuartos... ¿Cuánto tienes?

—Diez duros.

—Bueno, pues si tienes diez duros ¿para qué tratar de tener más?... Lo que me extraña es verte tan rico y no saber de dónde sacas el dinero.

—Te voy a decir de dónde, pero no te enfades... ¿Me aseguras que no te enfadas? Lo saco del bolsillo de Durán.

—No sé por qué había de enfadarme.

—Es que Durán me lo da, porque yo le prometo llevarle tu drama.

Luciano se echó a reír y, cogiendo cariñosamente a su amigo por el cuello, le llamó «granuja».

Luego hubo un largo silencio. El poeta iba y venía por la estancia, arreglando papeles y abriendo cajones. Buscaba inconscientemente su drama.

Cuando lo encontró, entregóselo a Luis, diciéndole:

—Aquí está: te lo regalo; tú cobrarás el dinero y me darás de comer durante algún tiempo. Te doy mi palabra de que si me decido, es por ti, por no hacerte correr más de casa de Durán a mi casa, porque logres, al fin, berte todo un café y comerte un restaurante entero. Llévate enseguida y ven a buscarme esta noche para cenar. Vete, Satanás tentador, vete enseguida y cobra nuestra fortuna.

Al quedarse solo, Luciano principió a hacerse discursos mentales para probarse que debía ser dichoso.

¡Mil francos!... ¿Cuándo hubiera podido él soñar en tener mil francos? Con mil francos se podía, en rigor, comer mil días, tres años. Sin ir tan lejos, trataría de ser económico, de vivir algunos meses sin amarguras miserables, almorzando humildemente, pero almorzando siempre... Y pagaría algunas deudas ¡oh, muy pocas, las menos posibles, dos o tres, para poder decir en seguida que no dejaba de pagar cuando podía!... Pagaría algunas deudas y

no contraería ninguna más... Y su madre... eso sí, un regalo para su madre, un gran regalo, algo que la dejara espantada, que la hiciera ver lo muy rico que era su hijo, lo mucho que la literatura producía, un regalo suntuoso, algo en que hubiera seda, dorados, chapas de plata, cordones admirables, cintas magníficas: una caja que fuese al propio tiempo un traje y un manto; algo que pudiese ser un recuerdo de familia y que lo viera todo el pueblo... ¿Qué?... nada, todo, algo de raso y de oro... ¡un gran regalo!... ¡Los regalos fomentan el cariño! Otro regalo, menos lujoso, para Matilde que solía quererle gratis cuando, por casualidad, le encontraba en los cafés de Montmartre y él estaba solo y ella estaba sola —¡la buena Matilde, tan morena, tan alegre y que sabía decirle con tanto ardor que lo adoraba como una loca!—. Sí, un regalo para Matilde, un regalito... ¿Y luego? Luego venían los amigos, los compañeros, los bohemios... Para esos un susto también... Llegaría en coche al café en que todos tomaban el ajenjo, y después de charlar algunos instantes con ellos, sacaría un billete de quinientos francos para pagar las copas... ¡La cara que iban a poner!... Blemont se moriría de espanto, Terciet se moriría de envidia, Martín se moriría de gozo... ¡Una hecatombe!... Y para hacerles revivir, una comida opípara en el restaurante de la esquina, una comida con Burdeos, con ostras, con cangrejos... «¡mozo, traiga usted más ostras!». Las ostras dejarían de ser un mito para Blemont... Y cuando los amigos estuviesen borrachos, él tomaría de nuevo un coche y se haría llevar al Gran Hotel.

Al llegar al Gran Hotel, en alas de sus magníficos y fantásticos ensueños, Luciano se despertó, comprendiendo que acababa de decirse muchísimas tonterías y que los mil francos, repartidos entre Luis y él, no podían dar tanto de sí.

Una idea muy vulgar llamó su atención: lo mucho y lo poco que valía el dinero. Un duro era una fortuna en ciertos casos; mientras que mil francos, doscientas veces un duro, no bastaban ni aun para realizar durante un solo día el más modesto ideal de riqueza y esplendor.

Para no atormentarse, se decidió a dejar los mil francos entre las manos de Luis y a irle pidiendo, día por día, lo que necesitaba indispensablemente.

V

René Durán había invitado a comer, en un restaurante del Bosque de Bolonia, a algunos de sus amigos. Quería celebrar la conclusión de su primera obra dramática y deseaba también que su colaborador conociese a los actores que iban a interpretar su comedia.

Luciano y Luis llegaron en carruaje, y al ver que el anfitrión y los demás invitados no estaban aún allí, fueron a sentarse bajo un árbol para gozar, en silencio, de la belleza del sitio y de la tranquilidad de la hora.

Eran las siete de una de esas tardes parisienses en que la claridad vacilante del crepúsculo no está hecha de luz y sombras combinadas, sino de rayos rosados que flotan sobre la penumbra, sin mezclarse, y de opacidades grises que se esfuman en el horizonte invadiendo los celajes claros, entrando en ellos, cubriéndolos, envolviéndolos y robándoles franjas o rincones, pero sin enturbiarlos y sin confundir su obscuridad con sus luminosidades.

Allá, en el fondo del bosque, sobre las copas azuladas de los árboles, veíanse delicadas curvas lilas, muy pálidas, blancas en los extremos, casi moradas en el centro, vaporosas y suaves; veíanse manchas rosadas detrás de grandes rayas celestes; veíanse corrientes de un verde fluido, que

más que un color parecía el reflejo de un matiz en el éter y algo como un arroyo de gases ideales; veíanse largos y ondulantes velos de nácar; veíase, en fin, toda una gama de tonos claros que, superpuestos en la curva voluptuosa del infinito, hacían pensar en un inmenso arcoíris de notas apagadas y como moribundas.

El perfume que se desprendía de las frondosidades, estaba en armonía con el paisaje visible y hasta pudiera decirse que lo completaba con sus emanaciones de lilas, de musgo, de hojas tiernas y de humedad vegetal.

Luciano sentía, con una emoción voluptuosa, con una sensibilidad en que había algo de placer físico, la belleza de ese cielo y la dulzura de ese ambiente que, sin tener nada de lujurioso, producía cierto cosquilleo en las sienes y oprimía levemente la garganta. Para ser feliz por completo no le hacía falta, sino el contacto de una mano de raso y el aliento de una boca amada. Un suspiro muy profundo se escapó de su pecho.

—¿Estás triste? —preguntóle Luis con solicitud.

No; no estaba triste... al contrario. Casi estaba alegre, con una de esas alegrías íntimas y nerviosas, producidas por causas infinitamente menudas. Todo le encantaba. El aleteo microscópico de un insecto en la claridad del crepúsculo; el roce de dos hojas que se acariciaban con ingenua monotonía; el parpadeo de un punto claro entre las ramas; la ráfaga ligera que iba empapada de perfume y que antes de ser respirada por completo desvanecía en la at-

mósfera; lo más pequeño, en suma, lo más sutil y lo más incorpóreo, era lo que más atractivos le ofrecía.

—¡Mírales! —exclamó de pronto Luis señalando a un grupo que corría hacia ellos hollando la hierba de un sendero.

Todos estaban allí. René Durán, vestido cual un figurín, con un sombrero de copa gris y una larguísima levita del mismo color, iba delante, guiando a sus comensales. Luego venían, de dos en dos, charlando en voz alta, hasta seis caballeros y otras tantas mujeres vestidas de blanco, de rosa y de celeste.

Violeta estaba más bonita que nunca. Sus ojos, de un azul de zafiro, revelaban la ventura de su alma. Sus mejillas pálidas parecían iluminadas interiormente por una luz de ámbar y de rosa. Su cuerpo alto, delgado y grácil, envuelto estrechamente en un vestido de lino blanco, plegábase, al andar, con esbelteces liliales.

—¡Lástima que los trajes albos no duren immaculados sino un día! —dijo Luis con acento de cómica congoja.

Ella sonrió enseñando la punta encarnada de la lengua entre las hileras de sus blancos dientes, y fue a ponerse al lado de Luciano, preguntándole por qué no había ido a verla.

—Por miedo.

—¿Tiene usted miedo de que se incendie la sala?

—No, pero tengo miedo de incendiarme yo mismo. Cuando una mujer me gusta mucho, comienzo por huir de ella,

—¿Y luego?

—Luego sigo huyendo...

VI

Después de leer dos veces consecutivas la pieza de Luciano, con objeto de empaparse bien del asunto y de intimar con los personajes que habían de moverse en la escena, Violeta llegó a sentir, en su alma, algo del alma de la heroína. Encontrábase fatigada cerebralmente y al mismo tiempo experimentaba una sensación especial de actividad de los sentidos. Su sangre corría más de prisa que de costumbre, y las rosas de té de sus carrillos animábanse con matices de rosa-rosa. Sin pensar en lo que hacía, fue a sentarse en las piernas de su amante, preguntándole dulcemente si le molestaba.

—No —repuso Durán— no me molestas; ya sabes que te quiero mucho. —Y en seguida comenzó a hablarle de su comedia, de su teatro, de su colaborador, de lo único que interesaba entonces a su imaginación egoísta.

Violeta respondía con frases breves y evasivas. Lo que quería en ese momento no era charlar de literatura, sino de sí misma y de su alma. Quería que la mimasen, que la acariciasen, que la halagasen: necesitaba que le hablaran al oído, rozándole la nuca con el aliento fogoso de una boca enamorada; anhelaba que le dijeran palabras amables y frívolas, que le murmurasen diminutivos deliciosamente disparatados...

Una humedad muy leve, imperceptible casi al tacto y que ella sentía empero con gran intensidad, ablandaba su piel. Sus ojos cubiertos de puntos de oro, entornábanse bajo la pesadez de los párpados irritados. Con un movimiento felino de gata humana, pasó el brazo desnudo alrededor del cuello de René y echó la cabeza hacia atrás. Su respiración corta, rítmica, angustiosa, denotaba el abandono momentáneo de todo su ser.

Durán le preguntó de nuevo si estaba contenta de su papel.

—Sí —contestó ella— muy contenta. Pero no hablemos de eso: vamos a acostarnos...

—Acuéstate tú, porque yo tengo aún que escribir algunas cartas... anda... Déjame trabajar...

Ante tal respuesta, el cuerpo largo y flexible de la actriz contrájose en un movimiento brusco, y sus ojos, variables como las piedras de la luna, tornáronse verdes. Era la primera vez que se sentía humillada o, por lo menos, era la primera vez que ella misma provocaba inocentemente la humillación. Levantose con rapidez y se dirigió a su alcaoba sin decir una palabra, moviéndose como en las tablas cuando tenía que representar un papel de reina ultrajada.

Metiose en su lecho y apagó la lámpara. Quería dormir, quería que los sentidos la dejaran tranquila, quería, sobre todo, que René, al llegar, la encontrara ya inmóvil... ¡Quería dormir! Cerraba los ojos, con rabia; respiraba violentamente; encogíase, alargábase; buscaba posturas cómodas, cubríase la cabeza con las almohadas, permanecía

inmóvil durante varios minutos, increpábase con la mente; quería dormir... y mientras más lo deseaba, menos próxima estaba a conseguirlo. Su imaginación y sus sentidos seguían trabajando con febril actividad. Los sentidos, sobre todo, atormentábanla con visiones alucinantes que flotaban en la oscuridad del dormitorio, silenciosas y seductoras, multiformes e incorpóreas, sin nada de humano, más vagas y menos carnales, en el sentido brutal de la palabra, que las que la habían atormentado en otro tiempo, durante sus noches solitarias del Barrio Latino. Su cerebro no deseaba nada.

Era su cuerpo el que se sentía agujoneado por una necesidad indefinible e imperiosa, que no era lujuria verdadera, ni aun deseo completo de placer, sino pura urgencia física de mimo y de apaciguamiento. Precisábale una caricia, en fin, como en otras ocasiones hábale precisado un frasco de éter o de sales inglesas.

Cuando René llegó a acostarse, rendido por haber pensado mucho en sus triunfos futuros de autor dramático, la mujer humillada sintió más fuertemente aún la ofensa recibida, e hizo como que dormía. Durante media hora permaneció inmóvil en su sitio, con los ojos cerrados. Luego, al sentir el calor de un cuerpo humano junto a su cuerpo, fue olvidando su humillación, su rencor, sus propósitos de tranquilidad, su deseo de dormir; fue fundiéndose toda ella en la humedad que suavizaba su piel; fue dejándose dominar por la bestia que latía en sus arterias, en sus sienes, en su sexo, y se acercó a su compañero de lecho poco a poco,

sin hacer ruido, evitando el frote ligero de las sábanas, moviendo primero un dedo, luego un brazo, luego una pierna, por fin el torso, y dejando siempre lejos la cabeza como para hacer ver que su pensamiento no tenía nada que hacer con su acción. Al cabo de algunos minutos, sintió en la epidermis de su cadera el contacto electrizador de otra epidermis... Y se acercó más todavía... Acarició, suavemente, con sus brazos finos y con sus piernas finas, los brazos y las piernas que estaban allí, a su lado. Agitada por un temblor interior se quedó quieta, un minuto, sin pensar en nada. Cuando pensó en algo, no pudo menos de comprender, por la uniformidad brutal de la respiración, que René se había dormido ya. Entonces se acercó más aún: pegose enteramente contra él, en un movimiento brusco, y permaneció así, con los ojos abiertos, con los labios secos, con las arterias del cuello febriles, agitada por una palpitación enfermiza de sus fibras y de su sangre.

—¡René! —dos o tres veces Violeta repitió el mismo nombre, creyendo decirlo en alta voz y suspirándolo apenas, en realidad—. «¡René!» «¡René!».

—Su amante no oía. Ella se figuraba que no quería oír y que oía. Verdaderamente, no oía: dormido como un lirón, soñaba, quizá, que los parisienses admirados decían su nombre al verle pasar. «¡René! ¡René! ¡René!».

Sobreponiéndose a su desvarío, la pobre mujer enloquecida volvió a su rincón y cruzó las piernas, como para resistir al ataque bestial de las tentaciones que querían violarla.

No pudiendo más, saltó del lecho; anduvo por todas partes, fue hasta la cocina en busca de húmedas baldosas que helasen sus pies descalzos; vagó por las habitaciones como una sombra cataléptica del pecado. Apoyó su cuerpo calenturiento contra los muros fríos del corredor; abrió los balcones; bañose, cual una bruja, en la luz glacial de la luna; buscó un calmante en las aljofainas y en las esponjas...

VII

Por un fenómeno muy común en casos análogos, la pobre actriz llegó a creerse, los días siguientes, curada para siempre del mal intermitente de sus sentidos. Todo lo que tenía que ver con el amor, le repugnaba. Repugnábanle las mujeres que pasaban junto a ella por la calle, y le repugnaban, más que todas, sus compañeras de teatro, las que se vestían ante ella, las que cultivaban sus encantos como flores, las que ejercían la belleza cual una profesión.

Su propio papel, en la obra de Luciano, había llegado a repugnarle. No se sentía con fuerza para ser amable con dos hombres ante el público, y hubiera dado cualquier cosa porque, en vez de hacerla aparecer vestida de baile, en un *boudoir* elegante, al lado de un caballero emprendedor y buen mozo, le hubiesen puesto un casco de Valquiria y no la hubieran obligado sino a hablar, con voz de clarín guerrero, en estrofas insexuadas que dijeran la gloria de la fuerza y la grandeza del combate.

VIII

Como apenas hacía quince días que René Durán había entregado los mil francos de la comedia, Luciano se levantó, una mañana, creyéndose aún muy rico. Registró sus faltriqueras y vio que no le quedaban ya sino algunas piezas de cobre. Era, pues, necesario llamar de nuevo a su cajero.

Luis no había ido a verle ni la víspera ni la antevíspera.

«¡Diablo de empleado! —pensó el poeta—. Probablemente está derrochando mis tesoros en algún jardín de delicias humanas». Y como estaba dispuesto a almorzar bien y a charlar mucho, dirigióse a casa de su amigo, diciéndose que cuando la montaña no va a Mahoma, lo más prudente es que Mahoma vaya a la montaña.

¡Cuál no sería su asombro burlón, al encontrar a Luis vestido de Pierrot, mimando desaforadamente, sobre una mesa, con la cara llena de harina y las melenas recogidas bajo un gorro de seda blanca!

—¿Estás loco? —exclamó Luciano cogiendo a su amigo por una pierna y haciéndole bajar de su cátedra polichinesca—, ¿estás loco o estás borracho?

—Estoy ensayando mi pantomima —repuso Luis gravemente.

Y sin esperar más interrogaciones, empezó a contar lo que había hecho y lo que iba a hacer.

—¡Un negocio espléndido, chico! ¿Te acuerdas de la pantomima que te leí hace un año y que te dejó patitieso de admiración? Pues voy a representarla yo mismo en la Bodiniera, ante todo París entusiasmado. ¡Qué demonio! No sólo tú has de ver tus obras en la escena. Yo también soy «autor», y aunque vosotros sólo queréis hacer caso de mis sonetos, hay algo más y algo mejor en mi tesoro literario. Hay pantomimas... Y la pantomima es la quinta esencia del arte, el más noble de los géneros, el más linajudo de los teatros. Los antiguos la estimaron más que la tragedia. En el siglo V antes de nuestro Señor Jesucristo, un contemporáneo de Aristófanes, llamado Sofrón, echó de ver que el público de Atenas no podía o no quería oír sus versos y se decidió a no presentar ante él sino escenas mudas explicadas por los coros.

»Yo quiero continuar la obra de aquel señor y el sábado, por la noche, tendré el honor ¡oh, poeta!, de representar ante ti una farsa trágica y moderna que ha de parecerte admirable, si no has perdido aún el gusto en compañía de René Durán y de su casta y flaca esposa.

Luciano, sentado en una butaca desvencijada, aplaudía a su amigo, llamándole «erudito» y «sacamuelas».

Luis continuó con exaltación sincera:

—Ríete, ríete... Te ríes porque para ti la pantomima es un arte de circo, porque ves aparecer a los ocho personajes grotescos en la pista en que han corrido antes

los caballos y los monos sabios. Polichinela viene delante con sus jorobas y sus cascabeles —viene corriendo— sonando su alegre carcajada sin carácter... Luego el marido viejo con su peluca blanca... En seguida la joven desposada en traje de novia... Por último la suegra, y el perro, y la mesa... Los ademanes son enormes. El perro se lo come todo, el polichinela se lleva a la novia y la suegra recibe los bastonazos que el marido destinaba al raptor... Esas pantomimas no son escritas por nadie. Son pantomimas que nacen como setas, gracias a la originalidad del primer payaso y de la segunda amazona... Y eso te hace reír a ti, sin embargo. La mía no te hará reír; te hará llorar. Mis pantomimas (porque he escrito varias, hijo mío) son verdaderos dramas sin palabras, en los cuales el ademán y el gesto hacen comprenderlo todo. El héroe es Pierrot y la heroína Colombina. Ambos se adoran, pero el amor que los atrae y que los une, no es nunca un amor sencillo.

»Colombina aparece en traje de baile, descotada, pintada, teñida. A su lado viene el marqués... Son las doce de la noche... A lo lejos la silueta de Pierrot surge. Vestida de frac, va corriendo tras su querida... Ya llega... ya se acerca... va a encontrarla... Pero el marqués toma un coche y Pierrot, que no lleva un cuarto en el bolsillo, tiene que quedarse boquiabierto solicitando consuelos de Nuestra Señora la Luna.

»Colombina aparece vestida de florista con un cestillo de violetas bajo el brazo, muy linda de rostro, muy delicada de talle... ¡pero tan pobre! Los caballeros gor-

dos y calvos o flacos y melenudos que salen del teatro, se limpian los lentes para verla. «Una flor, señorito, una flor, diez céntimos, una perra grande... una flor...». No: los caballeros no quieren esa flor. «Ven conmigo, divina ramilletera, dicen todos, y tendrás caballos y carruajes». No, no. Ella prefiere tener hambre... Y tiene hambre, mucha hambre... «Ven a cenar, divina ramilletera...». Sí... pero en el mismo instante Pierrot aparece con una pieza de cobre en la mano y compra una flor —todas las flores—...

»Colombina está vestida de novia y Pierrot de novio. Van a la iglesia, van a casarse... A lo lejos las campanas repican alegremente. Es el día de las bodas. De pronto —en pleno día— baja la Luna a quejarse del olvido de Pierrot... Baja la Luna. Y Colombina, tristemente, se echa a llorar y sus lágrimas forman un lago en el cual se refleja la imagen de su rival... «Pobre novia», dice el cortejo. Pero no... la novia es dichosa porque acaba de ver reflejarse en el lago de lágrimas, la imagen de Pierrot que llora también en el palacio de la Luna.

Luciano seguía riendo, divertido de la imaginación nerviosa, rara y loca de Luis.

—Perfectamente —díjole al fin— perfectamente; yo sé lo que es la pantomima y he de aplaudirte más que nadie. Pero ahora no se trata de eso, sino de almorzar. Yo no he almorzado aún, queridísimo Pierrot y necesito que me des dinero.

—¿Más dinero aún? Lo menos te he dado quinientos duros en estos días, ¿cuántas queridas tienes?

—Veinticinco, pero la verdad es que no me has dado sino cuarenta o cincuenta duros. Vamos, no seas avaro. Dame cincuenta francos.

—Toma lo que tengo —y le entregó siete duros.

—¿No tienes más que esto?

—Verás: los demás cuartos los he gastado en alquilar la sala de la Bodinniere y en comprar un traje para mí y otro para Colombina; pero es un préstamo, nada más que un préstamo. El domingo seremos millonarios. ¡Pues ya lo creo! Lo menos sacaré mil duros de mi función... ¿Estás enfadado?

—No, enfadado no. Estoy apenado. ¡Eres un loco, Luis! Vente, vamos a almorzar.

Sentados uno enfrente de otro en un restaurante del Barrio Latino, Luciano y Luis esperaban que el mozo hubiera acabado de servir a un grupo de estudiantes y de grisetos que comían en la mesa vecina.

De vez en cuando, Luis gritaba con acento cómico:

—Mozo, mozo; sea usted cristiano y dé usted de comer al hambriento.

El mozo llegó al fin, cargado de manteles, de servilletas, de panecillos, de platos, de vasos, de cubiertos; y en un santiamén, arregló la mesa, preguntando si «los señores» «almorzaban» «a precio fijo» o «a la carta».

—A la carta —repuso Luciano— ... Huevos fritos... una anguila... un rosbif a la inglesa... enseguida veremos lo demás... ¡ah! y una botella de Chablis... del mejor.

El primer plato fue triste. Ambos pensaban en los mil francos, uno apenado por haberlos gastado; otro apenado por no haberlos podido gastar.

De pronto, al comenzar a abrir el lomo fino de la anguila, el poeta preguntó, pensando en su drama:

—¿Crees que tendrá éxito?

—Un éxito enloquecedor —repuso Luis, refiriéndose a su pantomima. Cuando notaron sus equivocaciones egoístas, echáronse a reír.

—¡Estamos chiflados! —exclamaron ambos a la vez.

Y para no caer de nuevo en semejantes errores, dispusieron charlar de otro asunto.

—De mujeres ¿te parece?

—Hablemos de mujeres.

—Me he encontrado una preciosa, pequeña, elegante y aristocrática, que canta romanzas estúpidas en el concierto de los Decadentes y que cree en los poetas. Será una Colombina admirable... ya la verás.

Era Luis quien hablaba.

Luciano preguntó.

—¿Cómo se llama?

—Sonia.

—¡Ah! ya sé; una morenita de ojos rasgados que se peina como los pajes del Renacimiento y que lleva siempre un libro para leer en el café... Es una buena muchacha y sería mejor aún, si no se emborrachara tanto... ¿Dónde la conociste?

—En el hotel en que vivía Matilde.

Al oír el nombre de Matilde, Luciano dejó escapar un ligero suspiro. Acordose de las noches de invierno que había pasado con ella en un cuarto sin fuego; acordose de las cartitas llenas de juramentos que ella le había escrito hacía ya muchos meses y a las cuales no había respondido por no querer darle una cita sin estar seguro, al menos, de poderla invitar a comer; acordose, en fin, de los propósitos que había tenido de comprarle algo con los mil francos de Durán, y sintió profundamente que su amigo lo hubiera gastado todo, sin dejar siquiera diez duros para hacer un regalo. Luego preguntó por ella.

—¿En dónde está?

—¿Matilde? Está en el hospital. Yo creí que te lo habían dicho... Hace tres días que se refugió en el Hotel Dieu, muy enferma y muy pobre... Dicen que va a ser necesario hacerle una operación, la ovariectomía probablemente. Sonia debe haber ido hoy a verla y llevarle naranjas... Se quieren mucho y se protegen mutuamente, cuando, por casualidad, son capaces de protegerse.

—¡Pobrecilla! —murmuró Luciano—. Si quieres iremos a verla el jueves; aunque con tu endiablada idea de meterte a empresario de pantomimas, no podremos ni siquiera llevarle un duro para que se lo dé a la enfermera... La vida de esas pobres muchachas es terrible.

—Tan terrible como la nuestra.

—Es verdad y por eso las consideramos cual si fuesen nuestras hermanas... Viven igual que nosotros, vendien-

do belleza, haciendo sentir, excitando los sentidos. Sus cuerpos proporcionan tantas sensaciones estéticas como nuestros libros, y tienen la ventaja de producirlas directamente. Nosotros escribimos todo un poema para hacer ver un torso desnudo y causar placer; ellas no tienen más que desabrocharse, para obtener el mismo efecto. Los escultores se matan tratando de dar vida a un cuerpo de mujer, y cuando lo consiguen, sus obras se exponen en los jardines y en los museos, con objeto de que el público se deleite. Las mujeres bonitas podrían causar igual deleite desnudándose sencillamente en el Louvre o en el Luxemburgo. Cuando yo sea rey de París, escogeré a las más lindas muchachas de la ciudad y las expondré, sin velo ninguno, bajo los árboles de las Tullerías.

—¿Y si se mueren de frío?

—Aunque se mueran. Por el culto a la belleza pueden cometerse algunos crímenes sin importancia. París produce muy bien cien venus vivas por día. Además, ¿se morirían con tanto gusto, las pobres!

Al cabo de media hora de charla, habíanse ya olvidado de Matilde, y volvían a la literatura y al arte.

—¿Has leído el artículo de Zola sobre la inmoralidad? Dice que en un libro se puede decir todo, puesto que todo pasa en el mundo; y que hacer dormir juntos a dos amantes, en una novela, no tiene nada de reprehensible.

—Justo...

—Sí; pero en la vida los que quieren ver escenas de esa clase tienen que ponerse detrás de una cortina y generalmente son viejos lascivos y acabados.

—No sé por qué; yo vería con mucho gusto todo eso. La pasión es siempre sagrada, santa puede decirse, y el apetito carnal es la más grande de las pasiones.

De pronto Luis preguntó:

—¿Qué te parecería si yo me casase, detrás de la iglesia, se entiende, con Sonia?

—Me parecería muy digno de ambos... os moriríais de apetito.

«¿De apetito? Eso nunca. ¿Acaso no iba a ser él muy rico gracias a sus pantomimas?... Y uno de los encantos de sus pantomimas sería ella, la chiquilla morena, vestida de Colombina, con una falda corta que dejaría ver sus pantorrillas gordas, sus delicados tobillos, sus piececitos de duquesa... Entre los dos, al contrario, lograrían ser muy ricos... Primero seducirían a París con sus gestos y sus ademanes, mimando, ante el público del bulevar, todo el repertorio de Pierrot... Luego viajarían, darían la vuelta al mundo; irían a Inglaterra para conocer a la reina Victoria... irían a España para que las manolas les arrojasen sus abanicos, como a los toreros... irían a Noruega para dar una representación de gala en honor del viejo Ibsen... irían por todas partes, en fin... En cuanto al apetito, ya se había acabado... «Mozo, dos cafés y dos copas de *chartreuse*... ».

—¿No te parece?

Luciano, siempre escéptico en cuestiones de dinero, sonreía dulcemente, sin atreverse a decir lo que pensaba, por miedo de despertar a su amigo.

—¿No te parece?

—Sí; ya lo creo que me parece...

IX

Después de sufrir durante algunos días de su crisis moral, Violeta fue recobrando, poco a poco, con lentitudes melancólicas de convaleciente, su carácter suave y su humor agradable.

Luciano iba a verla todos los días para enseñarle su papel, y muy a menudo salía de su casa desilusionado, creyendo que había sido una verdadera locura confiar la representación de un personaje modernísimo a una mujer que sólo decía con entusiasmo las cláusulas brutales de los *Nibelungos*.

Al fin, una mañana, después de quince ensayos vanos, la actriz se mostró admirable de gracia, de modernismo, de elasticidad, de encanto frívolo y de ligereza perversa.

—¡Perfecto! —dijo el poeta—. ¡Perfecto!... ¿Por qué no ha sido usted así desde el principio? Ese es el matiz, esa es la voz, ese es el gesto... Repitamos todo el tercer acto, que es el más importante. Yo le «daré a usted la réplica»... comencemos...

Y entusiasmados ambos, vibrando realmente con vibraciones humanas, fueron, durante media hora, en el aislamiento discreto de un *boudoir*, el amante febril y la amada desfalleciente.

«Él. —¿Quieres sentarte a mi lado, Laura?... Mírame... Toda mi angustia se ha desvanecido al entrar en tu alcorba. Tus ojos tan bellos me hacen olvidar las tristezas de mi vida...

Ella. —¿Por qué me hablas siempre de mis ojos? Parece que en todo mi ser no hubiera más que ojos. Y hay otras muchas cosas, que son tuyas, que quieren ser tuyas... y que están celosas de mis ojos. Ve mis labios... son tuyos... ¿Y mis brazos?... cuando no pueden estrecharte, no viven sino automáticamente...

Él. —¡Laura! ¡Laura!...

Ella. —Y mis senos son siempre las ánforas de otro tiempo, llenas de miel que embriaga y que sólo tus labios saben libar.

Él. —¿Y el otro, Laura?

Ella. —¿El otro?... ¡ah, sí!... ¡El otro!... Cada vez que me hablas de eso, me obligas a hacer un esfuerzo de memoria... A tu lado no me acuerdo de nadie y para ver con la imaginación a un hombre a quien por deber tengo que hablarle todos los días, me siento forzada a alejarme de aquí... ¡con tanta pena!... ¿Por qué haces siempre vagar un fantasma odioso en los rincones de nuestro idilio?...

Él. —Si no soy yo quien le llamo... Es él mismo quien viene, quien se impone, quien llena todo el espacio, quien se atraviesa entre nuestros labios...

Ella. —Cierra los ojos.

Él (*cerrando los ojos*). —Pero así no te veo a ti tampoco.

Ella (*acercándose*). —¿No me ves?... ¿No me sientes?... ¿No

estoy aquí, aquí muy cerca, junto a ti (*besándole en los labios*)... en ti mismo?...

Él. —¡Laura! ¡Laura!...».

Violeta estaba vestida con un amplio peinador de batista ligera y vaporosa, a través del cual se veían los matices rosados de la camisilla de seda, los matices celestes de las enaguas y la opacidad oscura de las medias negras. Las mangas flotantes y cortas dejaban descubiertos, hasta el codo, los brazos redondos y blancos. Un escote ligerísimo hacía ver el principio del pecho.

Luciano sentíase a la vez contento y triste. Su alma de artista, de autor comprendido e interpretado con talento, era dichosa. Pero no así su cuerpo que sufría de una inquietud nerviosa producida por el contacto de un cuerpo joven y por el perfume penetrante de violetas y de Chipre, que llenaba la estancia. Al sentir, al final de la primera escena, los labios de la actriz cerca de sus ojos, en un simulacro de besos apasionados, hubiera querido hacer un movimiento y acercar su rostro a la boca que estaba allí mismo, rozándole la piel con el aliento, para robar el beso que sólo le enseñaban. Las últimas palabras, la exclamación apasionada y desfalleciente, el nombre de Laura pronunciado dos veces para expresar lo que no se expresa con frases, fueron, dichas por él, dos verdaderos suspiros en los cuales se exhalaban todos sus anhelos y todos sus deseos del instante. «¡Laura!... ¡Laura!...».

Violeta lo comprendió así cuando los ojos del poeta se abrieron de nuevo, después de la escena, y aparecieron ante ella, húmedos y tenuemente enrojecidos. Comprendió que la emoción de su amigo no era pura emoción de arte. Comprendió que la sangre joven se enardecía en las venas del hombre... Y tuvo miedo.

Tuvo un miedo vago, más que miedo desconsuelo... Sintió que acababa de perder a su único compañero, a su más fiel amigo, al que mejor sabía hablarle de arte, darle consejos desinteresados y exaltar su alma literaria...

Con verdadero disgusto, figuróse que Luciano estaba enamorado de ella, pero no de ella como actriz, sino de ella como mujer: y su repugnancia de la carne, de los besos, de las caricias sensuales, la hizo padecer lo mismo que en días anteriores. «¡Lástima! —se dijo a sí misma—. ¡Yo hubiera deseado quererle tanto!... ¡Y la carne nos separa!».

—¿Continuamos? —preguntó Luciano tímidamente, después de una larga pausa, durante la cual había logrado sobreponerse a su instinto fogoso—, ¿continuamos?

—Sí; continuemos.

La respuesta fue dicha en tono muy frío, sin ese acento de intimidad que había endulzado los primeros momentos del ensayo.

Los ojos azules de la actriz no indicaban rencor ninguno, sino únicamente una gran melancolía resignada y benévola.

El ensayo prosiguió:

Él. —He pensado en todo, Laura: he pensado en morir...

Ella. —¿En morir?... Yo, al contrario, no he tenido nunca tanto deseo de vivir como ahora. Quiero aprovechar la vida, quiero tener más vida que nunca, para ti... para que la vivamos juntos.

Él. —Es que cuando pienso en morir, es por ti, para hacerte ver la inmensidad de mi amor.

Las frases apasionadas de la comedia iban y venían, en sus labios jóvenes, sin fuego ya y sin vida, como si las emociones de la primera escena hubieran agotado en sus almas todo el entusiasmo y toda la sinceridad... Iban y venían, las pobres frases, sin significar ya casi nada; iban pálidas, iban vacías, iban muertas...

Cuando una criada anunció que el almuerzo estaba servido, ambos sintieron un gran alivio.

El resto del día fue amargo para Violeta. Trató de estudiar y no pudo, porque las palabras de su papel le quemaban los labios con su fuego malsano de moderno cantar de los cantares.

Para distraerse, después del almuerzo, quiso escribir una carta a su amiga Niní, que a la sazón se encontraba en Rusia diciendo las coplas obscenas de su repertorio, en un café concierto frecuentado por las damas de la corte del César. Comenzó a escribir y lo primero que llamó su atención fue la fecha que ella misma acababa de poner: «París, 27 de agosto»... Viviendo muy ocupada, la actriz no sabía nunca la hora, ni el día, ni aun el mes en el que vivía. Su reloj era la voz de la fámula anunciando las comidas, y su calendario el periódico a cuyo encabezamiento recurría cada vez

que le era indispensable datar una esquila. El *Fígaro* de esa mañana decía «27 de agosto», lo que para ella era casi una revelación, de tal modo el tiempo pasaba por su casa sin ser visto... «¡27 de agosto!»... La última vez que escribiera una carta, había sido tres meses antes, en junio, a pesar de lo cual figurábasele que había sido la víspera.

«¡Qué de prisa pasa todo!».

Y lo que más extrañeza le causó, fue que corriese rápidamente para ella, que ni siquiera había podido, ese año, ir a respirar, durante los primeros meses del verano, el aire del campo y el aliento de las lilas nuevas.

«¡27 de agosto!».

Una claridad persistente de estío iluminaba las calles de París, en las horas de la tarde, constelando las fachadas de piedra de puntos minerales que atraían la vista y producían una sensación de ceguedad pasajera. En los jardines públicos, las plantas bañábanse en luz, con palpitaciones voluptuosas, inclinándose fuera de las platabandas como para huir del inmenso parasol de los castaños, cuyas copas resplandecían absorbiendo los reflejos del gran astro. El cielo blanco, incendiado en llamas claras, sin notas suaves y sin alteraciones de tonos, parecía, en su magnificencia canicular, una lámina de plata bruñida.

No sabiendo qué decir a su amiga, Violeta dejó caer la pluma después de haber escrito cinco líneas insignificantes, y se asomó al balcón.

La casa de Durán ocupaba uno de los sitios más admirables de París, en la esquina misma del Luxemburgo,

entre la calle Monsieur-le-Prince, que conserva aún, en su brevedad tortuosa, algunos vestigios del antiguo país latino de la Edad Media, y el bulevar San Miguel que representa, con su magnífica amplitud, el lujo y la elegancia de la nueva capital del mundo. Los coches iban y venían en todas direcciones, rozándose, confundiéndose, cortando la corriente humana que baja de las aceras, y no dejando sobresalir sino las altas siluetas de los ómnibus. Un murmullo vago, entrecortado de gritos de vendedores ambulantes y de imprecaciones de aurigas, subía del arroyo y llenaba el espacio. Era el murmullo de París, cuyo timbre especialísimo tiene algo de argentino y de risueño, aun en los lugares en que la vida callejera es más vertiginosa y menos alegre.

Violeta se fijó de nuevo en la fecha del periódico y vio que era día de fiesta. Era día de fiesta para los demás, para todo el mundo, para la Francia toda, para el Universo entero... ¡y no para ella! Entre tanta alegría exterior, su aburrimiento parecióle más grande aún, y se tuvo lástima.

Con objeto de distraerse, tomó un libro; luego tomó otro; en seguida otro; los hojeó; ninguno la entretuvo largo rato; todos le parecieron, vacíos, pálidos, y sin interés verdadero. Las frases mismas de Verlaine, que generalmente le producían una impresión deliciosa de ternura cruel, antojáronsele complicadas, llenas de adjetivos contradictorios, de sutilezas puramente retóricas y de flores de escuela. Anatole France, que era uno de sus autores favoritos, tampoco supo satisfacerla por completo. Leyó cinco o seis páginas del *Lirio rojo*; oyó las palabras melancólicas y

sensuales de Teresa exaltando la belleza de la alegría: «Te adoro. Hoy has estado riente y alegre. La alegría te sienta bien porque en ti se vuelve fina y ligera. Querría alegrarte siempre, porque tengo tanta necesidad de alegría como de amor; y ¿quién me dará la alegría, joh, bien amado! si tú no la das?». Oyó también las frases de Santiago diciendo la majestad del dolor: «He puesto en esta figura la emoción de mi amor. Es triste y yo quisiera que fuese bella. La belleza es dolorosa, y desde que mi vida es bella, sufro mucho».

Violeta pensó que también ella sufría mucho, desde que su vida era bella.

«Sufro muchísimo» —se dijo—. En realidad sólo sufría a intervalos, sin causa verdadera, con un sentimiento enfermizo de mujer sensible y nerviosa.

«En otro tiempo —continuó diciéndose— cuando no estaba segura de comer todos los días, cuando era modelo, cuando vivía vendiendo mis caricias en los bailes del Barrio Latino, casi no sufría. Porque estar pobre no es el peor de los sufrimientos. El sufrimiento verdadero es el que se siente sin razón, porque sí, porque un amigo me hace comprender que le gustaría más darme un beso que oírme recitar; por fastidio, en fin... ¡Oh!... en otro tiempo!...».

Recostada perezosamente en el diván que le servía de «sufridero» y respirando el aire estival que penetraba por la ventana abierta, dejó vagar con verdadera complacencia su imaginación por el país encantado de los recuerdos.

... Y vio los talleres de Montparnasse, en los cuales se había desnudado con un temblor casi místico, para que sus amigos copiasen las líneas sinuosas de su cuerpo de madona adolescente... Y gozó con su recuerdo. Y vio los grandes cafés dorados, en cuyos escaños se había pasado las noches, repartiendo besos y hablando de arte, excitada por la luz, por el calor, por el alcohol... Y gozó con su recuerdo. Y se vio ella misma, muy jovencita aún, recién escapada de su casa, envuelta en un largo traje de lana purpura, esbelta, ligera, yendo de un museo a una biblioteca en busca de impresiones estéticas o de datos eruditos para «epatar» a sus amigos... Y gozó con su recuerdo...

Ante ese panorama del pasado, toda su existencia de teatro se esfumaba, para que las visiones más antiguas pudiesen tomar un relieve completo en su retina calenturienta.

En realidad, «¿qué era lo que necesitaba para ser dichosa?». Haciéndose ella misma esa pregunta, quedábase perpleja sin saber a punto fijo qué responderse.

Había deseado la gloria y tenía la gloria; había deseado la riqueza y tenía la riqueza... ¡Pero no era feliz!... Una frase de Niní la hizo sonreírse. «Para ser feliz —háblele dicho su amiga— es necesario no tener camisa. Las mujeres no son felices sino cuando, en las noches de amor, se quitan la camisa...». Sin embargo, ella, Violeta, no sólo no era feliz en tales momentos, sino que, al contrario, experimentaba goces casi dolorosos, como los de su última noche pasional, o padecía de no poder gozar.

Deformada sentimentalmente por los libros, la infeliz sufría, en sus instantes de crisis, de los sufrimientos de muchas almas de ficción. Sufría como Delrío, y creía que el secreto de sus dolores estaba en no sentir las cosas sino desde el punto de vista de la eternidad; sufría como René Vinci, figurándose que su ser no podía alimentarse sino de sentimientos etéreos, difíciles de encontrarse en el mundo; sufría como Regina Sandri y se decía a sí misma que los hombres la humillaban al desearla; sufría como la Faustin, del germen de bajezas que subsistía en su ser, a pesar de la elevación de sus ideas... Necesitaba sufrir, en fin, y sufría de todo.

Viendo que los instantes transcurrían ese día con una lentitud que no estaba en relación con la rapidez del tiempo en su conjunto de semanas y de meses, recurrió de nuevo a la lectura, y devoró, en dos horas, la *Sonata a Kreutzer*, saltando capítulos enteros y buscando únicamente las frases brutales del asesino enemigo del amor, que explica con una sequedad notarial, su odio contra la mujer, como instrumento de deleite sensual. A medida que las páginas pasaban ante sus ojos, su exaltación redoblaba; y leyendo con interés y sin gusto, decía que «todo era verdad en el fondo», pero no por las razones que Pozdnychev invocaba, sino por otras más sutiles y femeninas, que ella sentía perfectamente y que, sin embargo, no podía explicar.

Cuando, ya muy tarde, oyó el paso de René en el vestíbulo, corrió a encerrarse en su alcoba, diciendo que estaba

enferma y que no tenía apetito. La frescura de las sábanas produjo en su epidermis una sensación deliciosa.

Luego el sueño cerró sus párpados irritados y regularizó las palpitations de sus arterias.

X

—«La señora no está».

Al oír esa respuesta, Luciano bajó de nuevo las escaleras de la casa de Durán, cavilando incrédulamente. Figuróse primero que René comenzaba a ver con disgusto sus visitas cotidianas, y que, por celos, había obligado a su querida a no recibirle; figuróse enseguida que era la misma Violeta la que trataba de huir de él, temerosa de ser demasiado expresiva en la escena del beso y de comprometer así su porvenir de mujer ricamente colocada; figuróse, en suma, que la frase de la doméstica escondía algo. Lo único que no se figuró fue que Violeta hubiese salido, sencillamente.

Esta era la verdad, empero.

Después de dormir, sin ensueños y sin agitación, durante más de doce horas, la actriz se había levantado más temprano que de costumbre y más fresca que nunca, considerando su crisis de la víspera como la última llamarada de la enfermedad nerviosa que comenzara en su noche de lujuria. Pensando en eso, se reía de sí misma: «¿Ser desgraciada porque un chico amigo suyo le hacía sentir su deseo de darle un beso? ¡Qué necesidad!».

Y dispuesta a no ser nunca más tan niña, había ido a renovar el aire de sus pulmo-

nes bajo los árboles de Luxemburgo, acompañada por una chiquilla que habitaba en la vecindad.

Luciano también se dirigió hacia el Luxemburgo por ser el lugar más propicio a la meditación y a la lectura. Sentose bajo un árbol, en un banco solitario, y desplegó su periódico buscando las noticias de la víspera.

—¿Quién soy? —preguntó una vocecita contrahecha, al mismo tiempo que dos manos delicadas le tapaban los ojos.

Él no sabía quién era, ni siquiera podía suponerlo. Haciéndose ronca, la vocecilla preguntó de nuevo:

—¿Quién soy?

No lo sabía, no lograba adivinarlo; ningún nombre femenino acudía a su mente. ¿Quién podía ser, en tal sitio, a aquella hora?

Una ligera carcajada estalló a su espalda. Las manecitas se separaron de sus ojos y una mujer apareció ante él. Era Violeta.

—¡Violeta! —exclamó Luciano.

—Sí —repuso la actriz—, Violeta de Parma, que necesita respirar un poco de aire libre... ¿Quiere usted que nos paseemos juntos?...

Sin darse el brazo, sonriendo ambos del azar del encuentro, echaron a andar por los senderos floridos del jardín. La «vecinita», como ellos decían, acompañábalos en silencio.

Violeta dijo:

—La pieza de usted me cuesta ya más de mil disgustos; todas querían mi papel y todas se consideran superiores a mí; todas dicen... pero eso no le interesa a usted...

—Sí me interesa muchísimo.

—¡Dicen tantas cosas!... Lo de menos es que usted es mi amante, y que por eso me prefirió a las demás.

—Puesto que la pieza no es sólo mía, sino también de René, me parece que podrían muy bien acusarle a él y no a mí.

—Mis compañeras están en el secreto de la colaboración. Luciano, muy halagado en el fondo, indignóse en apariencia.

—Hacen mal —dijo—, muy mal... la pieza es de Durán y mía...

Violeta, por delicadeza, no quiso agregar nada sobre el mismo asunto y guardó el más completo silencio durante algunos instantes.

Luego continuó:

—¿Qué efecto cree usted que produciré en su comedia?

—Eso depende...

—¿Depende de mí?

—De usted y de sus nervios. Ayer fue usted admirable al principio, pero luego se enfrió y volvióse indiferente. Para interpretar bien a nuestra heroína, es necesario ponerse su piel y su alma; sentir como ella, aunque no sea sino en la escena; ser algo cruel, algo viciosa y muy apasionada.

—Usted...

—Ya sé lo que va usted a decir.

—¿Qué cree usted que voy a decir?

—Que soy muy fría.

—No, fría justamente no; pero creo, no sé por qué, que carece usted de humanidad en el sentido que dan a la palabra los autores dramáticos... que no quiere usted plegarse a todos los papeles... que tiene usted simpatías y antipatías por tal o cual personaje, y que...

—¿Qué?...

—Que el personaje de nuestra pieza no le gusta para usted. ¿Es cierto?

—No, no es cierto. Lo que sucede es que estos días he estado enferma, nerviosa, malhumorada. Pero ya me verá usted mañana. ¿Vendría usted mañana?... Mañana comenzaremos seriamente, para poder ensayar con los trajes dentro de un mes y estar listos el 15 de octubre.

Luego la actriz preguntó:

—¿Y su amigo?

—¿Luis?

—Sí, eso es; Luis, ¿qué ha hecho usted de él?

—El pobre debe de estar ocupadísimo con su pantomima de mañana. ¿No les ha invitado a ustedes?

—No, ¿qué pantomima?

—Una pantomima suya que va a representar él mismo en La Bodinniere.

—Yo le mandaré a usted un palco, para que venga con René.

—René no sale ahora por las noches; está muy ocupado buscando documentos para un libro sobre la bohemia... ya usted sabe, su manía... Pero si no tiene usted otro compromiso y me lleva usted... ¡Me gustaría tanto ver a Luis ves-

tido de Pierrot!... ¡Él que es tan divertido!... ¿No tiene usted otro compromiso?... francamente...

—Ninguno, no; y aunque lo tuviera...

—Entonces mañana, sin falta, a las ocho, ¿verdad?

—No, a las nueve. A las nueve en punto pasaré por usted.

Charlando así, habían llegado hasta la puerta del jardín que daba frente a la casa de Durán. Al despedirse, se estrecharon las manos con más efusión que nunca.

Luciano pensaba:

«Verdaderamente es admirable esta mujer!».

Violeta se decía: «¡Es muy simpático este hombre!».

Ambos recordaron, luego, no sin cierta nostalgia, la escena del día anterior; y antes de cruzar cada uno por una de las esquinas, volviéronse, para sonreírse, de lejos, con rápida ternura.

XI

Cuando Luciano y Violeta llegaron a la Bodinniere, ya la representación había comenzado.

—¿Hace mucho tiempo? —preguntó el poeta en la puerta.

—No, diez minutos; están en la conferencia.

La conferencia no tenía gran importancia, al menos para Luciano, que, en más de una ocasión, se la había oído recitar a su amigo.

—¿Entramos en seguida o esperamos la pantomima?

Violeta prefirió esperar en la sala de exposición, admirando una serie de retratos de Sara Bernhardt, dibujados por el húngaro Mucha.

—¿Le gusta a usted este artista? —preguntó Luciano a su compañera, después de haber visto todos los cuadros expuestos.

—Sí, me gusta; pero prefiero, en el mismo género, a Marcel Lenoir.

—Lo que dice usted es muy justo desde un punto de vista personal. Yo también preferiría verla a usted retratada por Lenoir que por Mucha. Este último es muy atormentado, muy ondulado, muy felino, mientras que el otro es enteramente hierático... como usted.

—Usted persiste en considerarme como una mujer muy seca y muy fría... Luciano no contestó. Los aplausos, resonando en el fondo de la sala, le hicieron olvidar a los pintores a la moda, para pensar de nuevo en Pierrot.

—Entremos —dijo—. Ya la conferencia ha terminado.

Violeta dio el brazo a su amigo, y ambos penetraron, entre la multitud que llenaba los pasillos.

—«¡Cuánta gente!» —Era la exclamación general. Todo el mundo estaba admirado de ver una concurrencia tan numerosa para asistir a una fiesta tan poco anunciada. «¡Cuánta gente!» —En las butacas, en efecto, los sombreros floridos de las mujeres abundaban tanto como las cabezas descubiertas de los hombres. La galería estaba llena y sólo quedaba aún libre el único palco del teatro, el palco oscuro, alto, profundo cual una alcoba, que Luis había reservado para el más íntimo de sus amigos.

Luciano y Violeta acomodáronse en sus sitios, muy satisfechos de ver el éxito de la velada.

—¿Cuántos son los personajes de la pantomima? —preguntó la actriz.

—Dos —repuso el poeta—: Pierrot y Colombina. Colombina es una chiquilla de nuestro barrio, que, según creo, está volviendo loco a nuestro amigo.

—¿Es bonita?

—Sí, y además tiene talento. Se llama Sonia.

—¡Ah! ya sé, una morenita que hace versos y que venía siempre a los cafés del bulevar San Miguel con Amelia y con Matilde.

—¿Conoce usted a Matilde, la de Montmartre?

—Sí; la conocí en otro tiempo, cuando yo era modelo. Luciano ignoraba la historia de Violeta.

—¿Modelo?

—Sí; modelo,

Inconscientemente algo del respeto que siempre había tenido por la querida de Durán, desapareció, como por encanto, del alma impresionable del poeta. «Había sido modelo... había conocido a Sonia y a Matilde... luego no era hija de una princesa»... «¡Mejor! —pensó—. Así podría hablarle con más confianza, y tal vez... tal vez...». El recuerdo del beso deseado y no obtenido, acentuóse en su memoria.

Al fin sonaron los tres golpes clásicos que anuncian en París el principio del acto, y el telón se levantó, lentamente, entre el murmullo de los espectadores que terminaban sus comentarios con cuchicheos irónicos. Y aparece Pierrot, vestido de blanco, pintado de blanco, bañado por la blanca luz de la luna.

Colombina no está aún allí, a pesar de ser el instante de la cita... «¿En dónde estará Colombina?». Todas las suposiciones, buenas y malas, pasan por la mente del enamorado. Su rostro indica la confianza, «debe de estar en su casa, vistiéndose, componiéndose, empolvándose, para llegar más bella que nunca»... Pero, ¿y si no estuviera en su casa?... La duda frunce el albo entrecejo del que espera... ¡Si estuviese en casa del marqués!... Dos chispas negras brillan en sus pupilas, entre los párpados blancos...

Transcurren cinco minutos durante los cuales Pierrot ve moverse las agujas de todos los relojes con una rapidez vertiginosa... ¿Cinco minutos?... Para su alma son cinco horas, cinco días, cinco siglos... ¡Es necesario llamarla!... La llama, la implora, la suplica, la amenaza... ¡Nada!... Con las manos devotamente unidas sobre sus labios hambrientos, ofrécele mil besos... ¡Nada!... Al fin saca de la faltriquera un collar de piedras preciosas que acaba de robar en un escaparate: lo hace brillar a la luz de la luna, se lo pone en la garganta, lo sacude, lo ofrece... ¡es para ella!

Atraída misteriosamente por el reflejo de las gemas, Colombina acude rosada de rostro, rosada de manos, dentro de la rosa ligera de su traje...». ¿Son para ella las joyas?». —Pierrot dice que no, con la cabeza... «No, no, no»... Ella se acerca, le acaricia, y, sin hacer caso de sus negativas, le tiende el cuello desnudo, para que le ponga el collar... «¿Besos?... No, primero el collar... después los besos... «¡Tus labios, Colombina!»... «¡El collar, Pierrot!...» ... Luego los besos que él da con fervor místico y ardiente... que ella recibe como las gotas de una llovizna estival, sonriendo con su perversa sonrisa color de rosa...

La primera parte había terminado.

—¡Admirable! —exclamó Violeta, volviendo la cara hacia Luciano, que se recostaba en el respaldo de su asiento, en el fondo del palco.

—¿Quién de los dos le gusta a usted más? —preguntóle el poeta al oído.

—Los dos. Él es un artista verdadero y explica perfectamente las complicaciones de su alma atormentada. Pero ella, en la sencillez instintiva de su papel, se expresa con más claridad que él... ¿No le parece a usted extraordinaria la facilidad, que tienen las parisienses para ser coquetas en las tablas?...

—No sólo en las tablas...

—Sí; pero fuera de las tablas, en la intimidad, todas las mujeres del mundo son iguales. Lo raro, en las muchachas de París, es la confianza en sí propias, que las permite moverse lo mismo en el escenario de un teatro, ante mil personas, que en sus dormitorios, junto a un amante... Yo soy parisiense y me acuerdo de mi debut. ¿Por qué he de negar que tenía miedo?... Sí, lo tenía, muy grande... Pero al verme ante el público, el sentimiento de la coquetería pudo más en mí que el miedo de los espectadores... y fui natural... Me acuerdo de un viejecito, muy elegante, que estaba en el primer palco de la derecha y que parecía mirarme con interés. A mí se me figuró que no había más que él en el teatro: que él era la crítica, la Prensa, la aristocracia... y durante toda la representación no pronuncié una sola palabra sin fijarme en su rostro apergaminado. Cuando él aplaudía, yo estaba contenta, como si todo París me hubiese aplaudido...

—Es cuidadoso...

Luciano seguía pensando que Violeta había sido modelo de pintor, en Montparnasse; que muchos hombres habían visto su cuerpo desnudo, que Matilde y Sonia habían sido sus amigas... tal vez sus compañeras... Eso era, para él,

una revelación que le obligaba a reírse de sí mismo, de su antiguo respeto y de sus reverencias de la víspera... ¡Había sido modelo!... ¡Todos la habían visto desnuda!... La visión del cuerpo fino de la actriz apareció, neta, ante su retina: la vio de pie sobre una mesa de estudio, muy alta, muy delgada, muy tentadora, levantando los brazos como Afrodita, o inclinándose, como Diana, para atar los cordones de su sandalia...

De pronto, una vocecilla temblequeante le sacó de su sensual ensimismamiento. Era Blemont, que le decía buenas noches, al pie del palco.

—Buenas noches, Lucianito.

—¿Tú aquí? Hace dos horas te dejé en una esquina, sin embargo...

Sí, pero al llegar a su casa el pobre bohemio, había encontrado cuatro billetes para asistir a la pantomima. Su deseo era aplaudir a Luis... allí estaban todos los amigos... Y todos muy contentos... muy entusiastas... Pierrot tenía genio... Le harían una ovación al final.

El telón se levantó de nuevo... Y Pierrot, más blanco todavía, blanco con la blancura cadavérica de los celos, blanco como la hostia de la comunión de los agonizantes, blanco, cual un muerto, en su túnica color de sudario, apareció tras una puerta. Sus ojos brillaban, en la máscara de yeso, con resplandores lamentables de cirio. La contracción de sus labios tenía algo de macabra... Oía...

¡Pobre Pierrot!... Pegando el rostro contra la puerta cerrada, oía lo que pasaba en la alcoba... Oía los suspiros de

Colombina y oía las palabras del marqués... Su frente, su boca, sus manos, todo su ser iba indicando las impresiones que producían en su alma doliente las escenas de la traición...

Cuando un beso sonaba adentro, Pierrot sentía el beso... cuando una risa llegaba hasta él, Pierrot reía... cuando las manos de Colombina estrechaban las manos del marqués, Pierrot unía sus manos... Y ese simulacro de amor, indicando el amor de la mujer amada y del hombre aborrecido, tenía, en su elocuencia silenciosa, un aspecto trágico y alucinante.

Los ojos de Violeta estaban húmedos de lágrimas. Luciano se acercó a ella, y, sin decirle una palabra, impulsado por la pasión que flotaba en la atmósfera, le cogió una mano y la acarició largo rato entre las suyas. Sus ojos se encontraron y contempláronse tiernamente...

En el fondo de la sala, Pierrot seguía sufriendo. De pronto, todo su cuerpo se irguió. ¡Ya era bastante! Con los puños crispados, precipitóse sobre la puerta y llamó, llamó con insistencia, hiriéndose las manos, apoyando las rodillas, la frente y el pecho contra la madera impasible... Llamó, llamó, llamó...

Cuando el telón comenzó a caer, Pierrot llamaba todavía...

Al oír los aplausos que saludaban al altísimo actor mudo, Violeta retiró, en un ademán rápido, la mano que había abandonado durante el acto entre las manos del poeta. Luego, con voz alterada por la emoción, dijo su entusiasmo artístico y su infinito goce sensitivo.

Luciano la dejaba hablar, sin interrumpirla, sin oírla casi, fijándose únicamente en la palpitación de sus labios sensuales... Luego quiso responderle y ser elocuente como ella, pero no pudo. Su garganta tenía algo de febril y su boca estaba seca. Cambió de sitio.

—¿Se aleja usted de mí? —preguntóle su compañera, mirándole dulcemente.

Él volvió a ocupar su silla detrás de Violeta, sin decir nada, sonriendo con una sonrisa de agradecimiento y de súplica.

Al fin, el telón se levantó para el último acto de la pantomima.

Allí estaba Pierrot, con una espada en la mano, nervioso, esperando a su rival. El rival llegó... ¿En dónde estaba?... Allí, frente al amante de Colombina, y sin embargo nadie le veía... Allí estaba: Pierrot saludábale con seca cortesía... poníase luego en guardia, atacábale...

En la escena no había sino un mimo armado, resistiendo a ataques ideales, lanzándose, furioso, contra el aire, y saludando de vez en cuando a la izquierda... Era un duelo solitario, pero hecho con tal brillo, con tal pasión, con tal arte, que los espectadores llegaban a ver (visionarios tiranizados por el genio) las siluetas del enemigo y de los testigos.

El duelo duró mucho tiempo. Al fin, Pierrot soltó la espada, levantó los brazos para que las sombras de sus amigos le sostuviesen, comenzó a agonizar... Sus ojos se dilataron horriblemente, haciendo dos manchas violáceas

en la blancura del rostro; su nariz se adelgazó, su labio inferior se agrandó, ablandándose y contrayéndose en un gesto de precoz descomposición...

Iba a caer Pierrot; ya no tenía fuerzas; su sangre, escapándose por una herida invisible, vaciaba su cuerpo como una vejiga agujereada... Iba a caer, cuando Colombina apareció, despeinada y sin sombrero, vestida apenas con una enagua y un corsé... El marqués trató de agarrarla, pero ella resistió, colérica, precisada, y llegó hasta Pierrot, que se precipitó sobre ella, ofreciéndole aún sus labios, ya muertos, pero llenos aún de besos.

Al final de la escena, Violeta buscó la mano de su amigo y la acarició febrilmente durante un minuto. Luego se puso de pie, pálida, temblorosa, con las pupilas ahogadas en la humedad de sus lágrimas.

—¿Nos vamos? —dijo, Luciano repuso, dominando su emoción:

—Luis nos espera... Es imposible marcharnos sin felicitarle... ¡Nos quiere tanto, el pobre!

—Es verdad —murmuró Violeta.

Entre bastidores fueron recibidos con entusiasmo por Pierrot y Colombina, que principiaban ya a limpiarse la pintura que cubría sus rostros.

Sonia estaba radiante de alegría con su primer triunfo, obtenido en un teatro verdadero, ante un gran público. Sus éxitos anteriores, en el concierto de los Decadentes, parecíanle puras niñerías. Lo que deseaba ahora era seguir

siendo aplaudida al lado de Pierrot, por todo París el artístico de los extremos del bulevar.

Violeta le hizo muchos elogios.

—¿De veras, te gusto?

Sus ojos negros indicaban la satisfacción orgullosa de su alma. Creíase una gran actriz, y la misma Violeta, en quien antes había visto una mujer superior a quien ni siquiera tenía derecho de envidiar, aparecióle como una compañera suya, ni más ni menos grande que ella.

—¿De veras, de veras, te gusto? —preguntó de nuevo.

—Eres admirable —repuso con convicción la querida de Durán.

—¿Y Luis?... ¿Qué dices de Luis?... ¿No te parece genial?...

—Sí, soberbio...

En la expansión de su dicha, Pierrot repartía abrazos a diestra y siniestra, ensuciando, con el blanco de su rostro, la levita de Luciano, estrujando el talle de Violeta y magullando a Colombina.

Sonia, por su parte, ocupábase más de Pierrot que de ella misma, mojándole las toallas, arreglándole la camisa, sacudiendo sus vestidos, ayudándole, en fin, en su *toilette*, con una solicitud enternecedora. «¡Mi Luisito» decía —«mi Luisito adorado!»— y con un impudor ingenuamente parisiense, acariciábale las manos y se frotaba contra él como una gata enamorada.

Mientras Pierrot y Colombina cambiaban de traje, Violeta y Luciano pasaron a un saloncillo mal alumbrado. Sentados en el mismo sofá, charlaron... Dijéronse, sin notarlos,

y hablando a medias palabras; muchos secretos; descubriéronse algunos rincones de sus almas orgullosas; luciéronse traición a sí mismos, abriendo, más de lo que hubieran querido, las puertas, generalmente selladas, de sus jardines secretos...

Desde que su amiga le había confiado su antigua profesión de modelo, Luciano sentía por ella un cariño casi compasivo. Sin saber por qué, la estimaba menos y la quería más, ya no veía en ella frialdad ninguna, sino una gran melancolía y una resignación silenciosa, que la obligaba a tolerar a René para no perder su posición y su tranquilidad...

Violeta, a su vez, comprendía que, al revelar su antiguo oficio y sus antiguas relaciones, había entregado algo de ella misma a su compañero de esa noche; y, resignada, decía mentalmente que nadie hubiera podido merecer más que Gramont, su cariño y su confianza.

Después de un largo silencio pensativo, el poeta preguntó:

—¿En qué piensa usted?

—En nada —repuso ella—. ¿Y usted?

—Yo... en usted.

Sus manos se buscaron instintivamente, como antes lo habían hecho, en la penumbra del palco, y sus miradas se confundieron de nuevo.

—¡Luciano!...

—¡Violeta!...

Era la primera vez que ambos se llamaban por sus nombres, a pesar del deseo expresado por ella, desde un principio, de ser tratada con confianza.

De pronto, cuando menos lo esperaban, oyeron llamar a la puerta, y simultáneamente dijeron: «adelante».

Un empleado del teatro llevaba un sobre para Luis. Abriólo Luciano y leyó: «Producto de la velada... Butacas obsequiadas por el autor... 200. Butacas vendidas... 102... Producto líquido... 306 francos».

En el mismo sobre iban tres billetes azules del Banco de Francia.

—Está bien —dijo el poeta, dirigiéndose al empleado, después de enterarse de la cuenta.

—Necesito un recibo, caballero.

Fue indispensable llamar a Luis, que llegó, ya «vestido de paisano», siempre nervioso y siempre contento, a firmar lo que le pusieron delante, sin fijarse en las cifras. «¡Un recibo! —pensaba— es la primera vez que doy un recibo!... Mi vida nueva, rica y gloriosa, se inaugura brillantemente».

—Luego preguntó al oído, a su amigo, cuánto le habían dado.

—Trescientos francos —repuso Luciano.

—¿Nada más?

—Nada más.

—No importa; ya ganaremos muchos millares... Esta vez ha sido necesario regalar algunas butacas... Por lo pronto, guárdate eso para ti.

—¿Para mí?... No seas tonto... Tú tienes más necesidad que yo, con tu Colombina.

—Guárdate la mitad entonces.

Luciano se guardó cien francos y entregó los otros dos billetes a su amigo. Violeta, viendo que ya era muy tarde, quería marcharse.

—Vámonos— dijo el poeta.

En el coche que los conducía de nuevo hacia el Luxemburgo, la actriz y su compañero hablaron con íntima ternura de Luis y de Sonia.

—¡Qué dichosos son!

—Sí, muy dichosos.

Sus manos no se juntaban ya para acariciarse; pero, en cambio, cada una de sus palabras era una caricia.

Al despedirse, en la puerta de la casa de Durán, sintieron una gran congoja, como si el adiós que se decían fuese el último.

—¡Adiós, Violeta!...

—¡Adiós, Luciano!...

Por fin, el poeta, se llevó a los labios la mano ardiente de su amiga, rompiendo así, con la brusquedad de un beso sonoro, el dulce ensueño que mecía silenciosamente sus almas...

XII

Desde la noche en que, sintiéndose embriagada por el aliento erótico que animaba la obra de Luis, había dicho sus secretos a Luciano, Violeta no volvió a sufrir de los nervios. Su vida era ya más animada.

Rápidamente, su amistad por el poeta había crecido y se había arraigado en su corazón. De lo que no se daba una cuenta muy exacta, era de la naturaleza de su cariño: sentía quererle mucho y eso bastaba. Queríale por la ternura de sus ojos, por su aspecto melancólico, por su talento, por su modo de hablar, por sus cabellos, por todo lo que había en él de seductor, en fin. Las frases preñadas de fuego que antes le habían chocado en la comedia, llegaron a parecerle bellas como caricias. «Un hombre que escribe así —decíase— debe de ser el más dulce y el más ardiente de los amantes».

Sin embargo, no lo deseaba como amante, o por lo menos no creía desearlo. Lo que deseaba era su amistad, su simpatía, su compañerismo y su confianza. Creía quererle como a un hermano, y le quería mucho.

A veces, después de los ensayos, aprovechando la intimidad perezosa de su *boudoir*, pedíale detalles sobre su vida anterior, sobre sus costumbres de poeta, sobre su fa-

milia, sobre sus amigos, sobre todo lo que tenía algo que ver con su alma:

—Hábleme de usted —le decía.

Y Luciano, dichoso del cariño que inspiraba y del cariño que sentía, abandonábase por completo, diciéndole sus esperanzas y sus congojas, sus tristezas y sus alegrías, sus recuerdos y sus deseos; desnudándose psíquicamente ante ella, con una voluptuosidad exquisita.

Una tarde la hizo reír y llorar a un tiempo mismo, refiriéndola la tragicomedia de sus primeras pobreza, contándole la historia de sus hambres no saciadas, trazándole los itinerarios de sus viajes a las casas de empeño.

—¡Pobrecito! —murmuró la actriz, con los ojos llenos de lágrimas— ¡Pobrecito!

¡Haber sufrido tanto, siendo un hombre de verdadero talento, mientras una infinidad de imbéciles tienen más oro del que necesitan!...

Luego, para consolarle, le dijo lo que aún no se había atrevido a decirle:

—Yo también fui pobrísima, Luciano... Fui tan pobre como Sonia y como Matilde, y ni siquiera tuve el supremo consuelo de sacrificarme en aras de un ideal. Mi naturaleza cobarde me obligó a venderme al primero que pasaba por la calle, para no acostarme sin cenar... Fui la más infame de las mujeres perdidas, porque lo fui conscientemente, inspirándome asco, sin locura ninguna, por pura necesidad. ¿Verdad que es horrible todo eso?... Sí... es

horrible... y hago mal en contárselo a usted, porque va usted a despreciarme...

Luciano la tranquilizó besándole las manos en silencio, con un respeto verdaderamente fraternal.

«¿Despreciarla?... No; no la despreciaba; le tenía lástima... Si él hubiera sido mujer, es probable que hubiera hecho lo mismo. La vida de las cortesanas no le inspiraba repugnancia ninguna... Eran hermanas suyas las cortesanas».

Enseguida, la conversación fue más abstracta, sin dejar de ser personal de un modo indirecto.

—¡El alma de la cortesana! —exclamó el poeta, enardecido—. Los moralistas de profesión no creen en ella, y los legisladores tratan de reglamentarla, como han reglamentado ya el alma del funcionario. «Es un alma falsa»— dicen los escépticos... En realidad, es un alma como todas las almas, incomprensible y multiforme, buena y mala, generosa y egoísta, alegre y lamentable, cobarde y heroica; una pobre alma humana que sufre, que desea, que cree y que anhela. Es un alma de poeta... ¡Las cortesanas de la antigüedad!... No sólo no las desprecio, sino que las venero. En sus salones, encontraron mis abuelos los poetas, un refugio tibio y perfumado para cultivar sus ensueños. Sus lechos fueron hospitalarios para los artistas sin fortuna. Sus ojos inspiraban madrigales, y sus blancas manos sabían vendar las más crueles heridas del corazón... ¡Piense usted en Thaís, en Laís, en Marión!

Moviendo la cabeza con amargura, Violeta respondió:

—Sí... las antiguas... las «locas de su cuerpo». Pero no me hable usted de la cortesana moderna, de la loreta, de la cocota, de la vorágine que considera sus encantos como una colección de piedras preciosas, y que pone tienda de besos a precio fijo... No me hable usted de esas mujeres que saben contar, que saben calcular, que carecen de fantasía y de locura, que son comerciantes más o menos ricas, más o menos pobres, y que juegan metódicamente a la Bolsa de la Lujuria, como banqueros...

Para no caer de nuevo en personalidades, hablaron de otra cosa. Muy a menudo, la conversación recaía sobre la pobreza.

Luciano decía:

—¿Qué importa la pobreza? Todos los grandes poetas han sido pobres al principio y luego ricos, muy ricos... Yo seré rico más tarde.

—Sí, lo será usted.

Violeta, en efecto, tenía confianza en el porvenir de su amigo: estaba segura de que, andando el tiempo, sería académico y autor a la moda... pero, ¿y entretanto?

Un día se lo dijo con franqueza:

—¿Y entretanto?

—¡Ah!... Entretanto, lo que Dios quiera... Yo no soy exigente, y un puestecillo en cualquier periódico, para esperar, no es cosa imposible.

—Es muy fácil... mas hay que moverse... ¿Quiere usted que yo hable con algunos directores amigos míos?

—No, no; de ningún modo, muchas gracias...

A pesar de su amistad fraternal con Violeta, Luciano no podía hablarle de cuestiones de dinero sin ruborizarse y sentirse humillado.

Violeta insistió:

—Yo conozco mucho al director del *Fígaro*... Deme usted un artículo para llevárselo en su nombre... Porque lo que se necesita es dar el primer paso.

—No hablemos de eso... Si me habla usted así, no vuelvo a verla.

—Prefiero que usted no me vuelva a ver, y que esté usted bien.

—Yo no lo preferiría.

—Porque usted es muy egoísta.

Y realmente lo era. Tenía el egoísmo de sus amistades, y hasta sentía que Luis fuera dichoso al lado de Sonia, porque iba a verle con menos frecuencia:

—Colombina nos ha separado —decía—. Colombina me roba la mitad del corazón de Luis, y aunque él lo niegue, sé que ya no me quiere como antes.

—En cambio —respondíale Violeta—, hay otros que le quieren a usted más cada vez.

—¿Otros?

El poeta sonreía con escepticismo. La única que le quería era ella; pero no como él lo hubiera deseado... Le quería con cariño y con admiración, como a un hermano mayor, y él quería ser querido de otro modo: con toda el alma, con todo el cuerpo, de un modo absoluto... ¡Eso era imposible!

Muchas veces, cuando en los instantes de expansión cogía entre las suyas las manos de la actriz, y las cubría de fogosos besos, ella se mostraba más resignada que contenta...

—Usted no me quiere como yo la quiero a usted —decíale a menudo.

Ella respondía llamándole «niño» y estrechándole cariñosamente las manos.

XIII

Al despedirse, por la noche, en la puerta del café que les servía de punto de reunión, Sonia dijo a Luciano:

—¿Quieres venir mañana conmigo al hospital? Matilde me pregunta muy a menudo por ti, y dice que no se puede morir sin verte.

—Yo también tengo grandes deseos de verla... pero mañana... ¿qué día es hoy?

—Miércoles.

—Está bien: mañana. Espérenme ustedes aquí, a la una. ¿Vienes tú, Luis?...

—Sí; yo no me separo nunca de mi Colombina —repuso Pierrot.

Al entrar en su casa, Luciano pensó en todo lo que tenía necesidad de hacer al día siguiente y, para no olvidarlo, fue apuntándolo en un papel: «A la una al hospital..., a las tres pasar al Gil Blas a tratar de colocar un artículo... a las cinco ir a buscar a Blemont, que por una de esas casualidades incomprensibles, había logrado que Hachette le comprase sus *Poemas Primitivos*... Anegó comer con un actor que quería que le modificase una escena de su papel».

«¡Quién tuviera un carruaje!» pensó el poeta, metiéndose en la cama y sintiendo de antemano la fatiga de sus futuras diligencias.

Luego, ya envuelto entre las sábanas, cuando se disponía a leer algunas páginas de un libro nuevo, recibió, sin extrañeza, la visita de la imagen de Violeta. Con mucha cortesía dirigióse a la sombra blanca de la actriz, y le ofreció una de las dos sillas de su estancia: «¡Siéntese usted, señora!». Pero ella no quiso sentarse; era una sombra muy íntima, que tenía la costumbre de meterse en su cama, al lado de él. «¡Muchas gracias!» murmuró el poeta, sintiendo un sabrosísimo escalofrío en todo su cuerpo joven.

Un largo silencio reinó en su mente.

Al cabo de muchos minutos, continuó pensando: «¡Es extraordinario lo que me pasa!... Violeta viene a verme por las noches... se mete en mi cama... me toma la diestra... me incendia... ¡y luego me habla como a un hermano!... Yo también la quiero fraternalmente... pero no a todas horas... Y es ella la que tiene la culpa de que en mi cariño haya, por lo menos, tanto de cuerpo como de alma... ¿Para qué me contó que había sido modelo?... ¿Para qué me hizo la confesión de su vida horizontal?... Todo eso me ha hecho ver que hay en ella algo más que una mirada y una sonrisa...». Burlándose enseguida de sí mismo, murmuró: «Puesto que eres mi hermana ¡oh, sombra! déjame leer y conténtate con acariciarme la mano!».

¿Leer? ¡Imposible!... La imagen de Violeta le acariciaba la mano, nada más que la mano; pero la caricia resbalábase sutilmente a lo largo del brazo, subía hasta el pecho y se extendía, al fin, por todo su cuerpo llenando su epidermis de picaduras exquisitas.

«¡Oh, sombra!... Sombra adorable y mimosa, ¡dime cómo haces para apoderarte de mí sin permitirme que yo te posea!... Tú eras mi dueña y yo no soy el tuyo. Una formidable injusticia reina en nuestra amistad... ¿Nuestra amistad? La mía no es sólo amistad: es algo más y algo mejor: es cariño, es simpatía, es ternura... Vas a decirme que todo eso lo sientes tú por mí... Muchas gracias, sombra... Pero mi carillo no es respetuoso como el tuyo, y en ciertas ocasiones llega a ser irreverente hasta el punto de levantarte las faldas... ¡Oh, no te ofendas, puesto que en el fondo la culpa es tuya!... ¿Por qué tienes faldas, oh, sombra?».

Un nuevo silencio voluptuoso... Luego:

«¿Dices que no lea, que te atienda, que te diga mis secretos?... Está bien. Obedecerte como un esclavo, es para mí el más dulce de los placeres; habla con tus labios invisibles, con tus labios avaros de besos, y dime tus caprichos, que para mí son órdenes... ¿Nada más?... Mis secretos son todos tuyos... menos uno que no quieres oír o que no sabes comprender: el secreto de mi deseo... ¿Te ruborizas?... Perdóname, entonces ¡oh, sombra!... Pero, en verdad, ¿por qué tienes un cuerpo que fue en otro tiempo de todo el mundo?... La idea de que muchos hombres, que ni siquiera eran poetas, hayan acariciado tu seno, me hace desear acariciarlo yo también... Es una idea vulgarísima, ya lo sé; pero es una idea y todas las ideas son sagradas... ¿Dices que tu cariño fraternal vale infinitamente más que lo que en otro tiempo dabas a los hombres? ¡Quién lo duda, oh, sombra adorable y adorada!... Sólo que yo... ¿Me tapas la boca con tus manos

perfumadas y ardientes? Está bien... Ya no podré hablar, pero siempre sentiré el calor de algo tuyo sobre mis labios... ¡Buenas noches, oh, sombra!».

Y divagando así, irónica y tristemente sobre sus sentimientos y los sentimientos que él creía ver en su amiga, el poeta se quedó dormido, acariciando en sueños la blanca imagen que se abandonaba entre sus brazos...

XIV

El ensayo había terminado lo mismo que todos los días y, lo mismo que todos los días, Violeta buscaba, entre los cojines blandos de su diván, una postura propicia a la charla y a la molicie. Sentado junto a ella, en un taburete muy bajo, y apoyando los codos en el borde del sofá, Luciano parecía más triste que de costumbre.

—Hoy está usted de mal humor —le dijo la actriz— ... está usted de mal humor y yo sé por qué.

—¿Por qué? —preguntó el poeta.

—Porque ningún director de periódico ha ido a buscarle...

—No, no es por eso.

—Entonces es porque se ha peleado usted con su novia...

Luciano comprendió que lo que su amiga deseaba, al hablarle como a un chiquillo, era obligarle a sonreír. Haciendo un esfuerzo, sonrió.

—¿No es por eso?

—No, tampoco es por eso. Estoy de mal humor sin saber por qué, sin causa ninguna, porque me he levantado así. Pero mi mal humor no se opone a mi dicha y en el fondo estoy tan contento como ayer y como todas las mañanas en que tengo el gusto de hablar con usted.

—¿Serán verdades todas esas mentiras?

—Sí lo son, Violeta.

La actriz hizo un movimiento brusco para acostarse por completo. Su peinador blanco, enganchándose en el extremo de un cojín, arremangóse, dejando ver sus pantorrillas finas y redondas.

—¿Me hace usted el favor de tirarme la falda?... Mi pereza es tan grande como su mal humor...

Luciano no se movió, y con las pupilas dilatadas y fijas, siguió contemplando la pierna descubierta, hasta que, al cabo de algunos segundos, púsose de pie y cogió su sombrero.

—¿Se marcha usted tan pronto? Hoy, justamente, iba a pedirle a usted que me hiciese el favor de acompañarme a almorzar, porque René almuerza fuera de casa.

—Es imposible. Luis y su mujer me esperan a la una para hacer una visita.

—¿De etiqueta?

—No; vamos a visitar a Matilde, que está en el hospital.

Violeta no sabía que Matilde estuviese enferma, ni menos aún que hubiera tenido que pedir auxilio a la asistencia pública.

—¡En el hospital! —exclamó—. ¡Y yo que la creía tan buena y tan sana, en Montmartre!... ¿Me quieren ustedes llevar?... Yo también deseo ver a Matilde... Yo no soy orgullosa...

Luciano no encontraba cómo decirle que no, que era imposible, que él no podía llegar a ver a una antigua querida

suya del brazo de una mujer bonita y joven. Buscando un pretexto, guardaba silencio.

—¿Me llevan ustedes? En un momento estaré lista... ¡Pobre Matilde! ¿Por qué no me contesta usted nada?

—Porque me parece que usted no debe venir... que tal vez a la enferma no le gustaría que una amiga rica la encontrase en la miseria... ¡Son tan vanidosas las mujeres!

—¿Por eso?... No; Matilde no es tonta, y puesto que usted puede ir... Luego, viendo la impasibilidad de su amigo:

—A menos que usted tenga con ella mucha intimidad.

Luciano sonrió con malicia. Había reservado, por delicadeza, algunos de sus secretos ante la actriz y nunca en sus charlas confidenciales le había contado sus aventuras amorosas.

—¿Tiene usted mucha intimidad con ella? —preguntóle de nuevo Violeta. El poeta respondió al fin:

—Matilde ha sido mi querida en efecto, y si a pesar de mi pereza me decido hoy a visitarla, es porque me ha mandado decir que no quiere morirse sin volverme a ver. ¡Fúnebres niñerías!...

—¡Ah!... En ese caso hace usted muy bien.

—¿No es verdad que hago bien? Si me viera al lado de usted, podría figurarse que no somos únicamente amigos.

—No tenga usted cuidado de que le comprometa. Vaya usted solo. Él hablaba con sencilla sinceridad; ella con cólera contenida.

—Hasta mañana.

—¡Adiós!

Pero cuando el poeta había abierto ya la puerta de salida, su amiga le llamó de nuevo, con voz imperativa y descompuesta:

—¡Luciano!...

—¿Quiere usted algo? —preguntó el poeta, con una sequedad a mitad natural y a mitad fingida.

—Sí —le respondió ella—. Siéntese usted un minuto aún. Y mirándole con los ojos entristecidos, preguntóle:

—¿La quiere usted mucho?

—¿Por qué me interroga usted así? Cualquiera que no conociese la naturaleza puramente fraternal de nuestras relaciones, se figuraría que estaba usted celosa. ¿Qué interés puede usted tener en que yo quiera o no quiera a una mujer?

—Dígame usted francamente: ¿la quiere usted aún? ¿La quiere usted más que a mí?... ¿Sí o no?...

—La pregunta de usted me hace pensar en Sonia, que se pasa la vida preguntándole a Luis si la quiere más a ella que a su madre. A usted la quiero muchísimo, Violeta; usted es, para mí, la mejor y la más dulce de las hermanas; mi amistad por usted es verdaderamente fraternal.

—¿Nada más que fraternal?...

La pobre actriz, cegada por su repugnancia pasajera contra la carne, habíase acostumbrado a creer que su cariño hacía Luciano era el más puro, el más casto, el más ideal de los cariños. Gustábanle los ojos, la boca y los cabellos del poeta; pero se imaginaba que no era eso lo que inspiraba su simpatía, sino otras cualidades más íntimas, como la

sentimentalidad y el ingenio. Créale un amigo, nada más que un amigo... Y de repente, al saber que había tenido otra querida, que la tenía aún y que podía quererla todavía, la sensualidad latente de su cariño estallaba a pesar suyo en frases brutales e ingenuas. La parisiense instintiva y apasionada rompía su corteza artificial. Comprendiendo, al fin, el misterio de su alma, echóse a llorar, sollozando, en frases entrecortadas y nerviosas, la profunda tristeza de su desilusión:

—Es cierto. Yo no tengo derecho, ningún derecho. Yo no soy más que una amiga como cualquiera, como un hombre. Yo soy la que siempre parece fría; la que no es mujer. No como Matilde...

Sacudido por un estremecimiento de voluptuoso orgullo, el poeta se sentó al lado de Violeta estrechándola entre sus brazos, besándole los cabellos, oprimiéndola contra su pecho y diciéndole lo que había en el fondo de su alma:

—¡Violeta! ¡Violeta!... ¡Mi amor... mi vida!... Yo soy el que sufro desde hace mucho tiempo; desde que un día, ¿te acuerdas, Violeta?, sentí cerca de mis labios tus labios ardientes y esquivos... Tú no sabes, ni puedes siquiera figurarte, los esfuerzos que hago a cada instante para no gritar, ante todo el mundo, la intensidad de mi amor, el fuego de mi deseo, la fiebre de mis anhelos... ¡Te adoro!... ¡Te adoro!...

La actriz había cesado de sollozar y, con los labios entreabiertos, bebía las palabras del poeta. Sus ojos, aún húmedos, estaban constelados de puntos luminosos que nadaban sobre las lágrimas. Dos pliegues profundos baja-

ban de su nariz a las comisuras de sus labios, dando a su rostro un aspecto de enfermiza lividez.

Luciano continuó:

—¡Me hablas de Matilde!... Matilde fue para mí, en otro tiempo, un consuelo momentáneo, una mano tendida para ayudarme a atravesar el espacio de una noche... nada más. Hasta hoy no he querido a ninguna mujer; y si no ignoro lo que es el amor y la locura del amor, y la ventura del amor, y la amargura del amor, es porque lo he adivinado contemplando tus labios y tus pupilas... ¡Ah, Violeta!... Dicen que todas las mujeres a quienes no hemos poseído, tienen, para nosotros, algo de vírgenes. En ti, sin embargo, yo encuentro ahora a la antigua, a la única mujer a quien he amado. Anoche mismo te sentí en mi lecho y me dormí acariciándote con mi aliento de fuego, dejándome acariciar por tu aliento perfumado...

Siempre silenciosa, Violeta apoyó su boca contra la boca de su amigo, en un beso de ardiente languidez... En seguida quiso hablar, pero apenas acertó a decir el nombre del poeta:

—¡Luciano!...

Un «Luciano» murmurado con tal ternura, con tal amor, con tal abandono, que parecía surgir de lo más profundo de su alma y de su sexo.

—¡Luciano!...

Al cabo de algunos minutos, volvió a hablar; dijo: «Luciano» de nuevo, varias veces; y al fin le preguntó,

con una sonrisa en que había algo de la melancolía de un rayo de sol en un cielo lluvioso:

—¿Vas a ver a Matilde?

—No, mi Violeta, no...

XV

Durante más de una semana, la vida de Violeta y de Luciano fue un idilio constante. Las charlas matinales se prolongaban, sobre el diván propicio a los besos y a las ternuras, en la penumbra tibia del *boudoir*.

Un lazo tiránico de voluptuosidad los unía, haciéndoles creer que todo el universo comenzaba y terminaba en ellos, y que, fuera de ellos, sólo existían el fastidio y el dolor.

A veces, apoyada en la balaustrada de su ventana, viendo con indiferencia la animación de la vida exterior, Violeta se extrañaba de oír risas y palabras alegres. «¿Cuál podía ser la causa de semejante goce?» No siendo su amor, ningún sentimiento humano antojábasele digno de producir la alegría en un alma joven y ardiente.

El propio René desaparecía a su vista, esfumándose en la monotonía de la vida común, cual una sombra sin alma. ¡Pobre René! Luciano era muy amable con él, le corregía sus escritos, le hacía sonetos y le acompañaba a las redacciones. Violeta, por su parte, había cesado de odiarle. En su alma los malos sentimientos no tenían ya cabida. Era un alma demasiado llena de bellos ideales para poder fijarse en todo el mundo.

Muy sinceramente, la actriz decía al poeta:

—Tú eres el único hombre que ha logrado despertar mi corazón. Antes de conocerte, todo lo que hay en mí de sensible estaba aún virgen... Eres mi primer amante, mi único amante...

Y en efecto lo era.

El estudiante de Medicina, que muchos años antes la iniciara en los misterios sensuales, no había sido para ella sino un mensajero del acaso, enviado para ayudarla a escaparse de la jaula en que sus padres la encerraban. De sus primeras caricias, sólo conservaba un recuerdo muy vago de violencia y de curiosidad física. Luego los nombres de sus demás amantes del barrio latino, confundíanse en su memoria, dejando apenas flotar, en sus noches de nostalgia, algunos ojos azules, algunos bigotes conquistadores algunas bocas glotonas, imágenes todas incompletas y brumosas del naufragio de sus primeras aventuras.

Sin duda, a muchos de esos chicos cuyas imágenes huían de su recuerdo, habíalos querido con caprichos apasionados, durante toda una semana; pero, por encima de esos caprichos, había sentido siempre la grandeza de su amor artístico del teatro y de la gloria.

A Luciano le conoció cuando ya la gloria era suya; cuando ya la riqueza le pertenecía; cuando figurábase no desear ya nada.

Para hacerse comprender a sí misma la intensidad de su nuevo amor, decíase que le quería más que a su arte, sin fijarse en que el teatro no era ya para ella la pasión absoluta

y dominadora que llenara, en otro tiempo, todo su cerebro y toda su alma.

«¡Lo adoro más que a mi arte!» —repetíase—, pero no se confesaba que a su arte ya no lo adoraba tanto... ¿Podíalo acaso saber?

Lo único que le parecía extraño era la rapidez con que brotara, casi repentinamente, en su corazón antes dormido, la nueva pasión por un hombre.

«¡Fue un día de repente!» —pensaba.

En realidad, ese día no había sido sino el resultado de muchos días anteriores, de una larga cristalización y de un cultivo sentimental insensiblemente practicado. Luciano le gustaba. Ella no sabía cómo le gustaba Luciano; una mañana lo había sabido al fin. Pero su amor, hecho de admiración por el talento, de cariño por el hombre, de lástima por el bohemio, alimentado por las frases galantes de la charla cotidiana y por las palabras fogosas de los ensayos, monumentalizado en el secreto de su alma aburrida por las comparaciones, su amor ya hecho y ya maduro para los besos, existía mucho antes de que ella lo supiera. «Es mi primer amante» suspiraban sus labios, con fruición y extrañeza.

Sí, Violeta; es tu primer amante. Todos los amantes a quienes se adora son primeros amantes. El primero, en amor, es siempre el último... No me interrumpas... Tus razones me convencerían menos que tus sonrisas... Dices que lo adoras, porque lo prefieres a tu gloria y a tu arte. Eso casi no es un argumento. Lo adoras porque todo a su lado te resulta más bello; porque el sol que ilumina vuestros idilios te

parece admirable, y porque la sombra que os envuelve en la alcoba y hace más estrechos aún vuestros brazos, te parece más admirable que el sol... Lo adoras porque sus caricias te embellecen; porque tus senos, entre sus labios, florecen con palpitations nunca sentidas; porque a su lado deseas olvidarlo todo y desfallecer eternamente en el espasmo que sus besos te producen... Lo adoras sin saber por qué, y por eso le adoras.

¿Dices que tu amor será eterno?... No digas eso, Violeta. Cada juramento inútil se lleva un pedazo de nuestro amor... Dile nomás frases incomprensibles, de las que brotan del sexo enloquecido cuando la razón no existe, en el minuto supremo del placer; dile cosas que no signifiquen nada; hábale para hacerle sentir sin comprender; murmura a su oído palabras que sean suspiros y que sean besos, y que sean sollozos... El argumento supremo del amor, es el beso, Violeta... Bésale eternamente con tus labios adorables y adorados...

XVI

Al entrar en su casa, Violeta se sintió sola, más sola que nunca, como si estuviese en una de esas inmensas mansiones de ensueño en que viven los héroes visionarios de las novelas de Dickens. Nada de lo que veía a su alrededor, inspirábale el sentimiento afectuoso que producen los muebles familiares, los sillones que nos han ayudado a meditar, los veladores en los cuales hemos apoyado los brazos fatigados, los divanes hospitalarios, todo lo que prolonga nuestros recuerdos, conservando, entre sus pliegues o en sus junturas, el polvo sutil de nuestras intimidades.

No... ¡nada! Esos muebles no decían nada a Violeta. Abandonarlos no era para ella un sacrificio... Estaba dispuesta a abandonarlos y a abandonarlo todo, para ir a vivir, en la guardilla de su amante, la vida deliciosa y miserable del amor pobre y exclusivo.

Una frase de Luis hacía la sonreír. «Cuando los enamorados pierden su portamonedas, dejan de quererse». Ella quería pender su portamonedas; quería perder su gloria; quería perderlo todo, su alma de eterna bohemia anhelaba volar nuevamente con su vuelo caprichoso y libre. Quería vivir la misma existencia de Luciano y no comer sino cuando él comiera. Juntos serían dichosos a pesar del mundo.

Para que no la acusaran de informal, y para que vieran que su decisión no era el resultado de una locura, sino un acto previsto y calculado, propúsose escribir a René y al director de su teatro. Abrió su armario para buscar papel y plumas. Los encajes que llenaban los estantes, atrajeron su mirada. Nada de eso era de ella, sin embargo, todo pertenecía a Durán... Allí se quedaría... Lo único que sí le pertenecía a ella era un collar de perlas que tenía algún valor y que un millonario ruso le había enviado en su primera función de beneficio. Se lo puso; quitóse en seguida su traje de seda y, dejando libres sus divinos hombros, principio a escribir.

Para René: «René, amigo mío: comienzo pidiendo a usted perdón por la herida que su amor propio sufrirá mañana leyendo estas líneas de despedida. Me voy porque estoy enamorada de Luciano Gramont. Luciano es mi amante desde hace muchos días. Nos adoramos y siendo pobres seremos felices. No me busque usted, porque sería inútil. Su vanidad tendría que sufrir más de una respuesta desdeñosa o brusca ante todo el mundo, que de la resignación discreta que le aconsejo. Ni Luciano ni yo somos ingratos y cuando usted desee gozar del espectáculo de dos amantes que se adoran, se lo ofrecemos a usted en nuestra casa, que también es suya... Además, Luciano le regala a usted toda su comedia. Adiós, René. Su amiga, Violeta de Parma».

Para su director: «Estimado amigo: Por razones muy graves tengo que presentar a usted mi renuncia. Le ruego a usted que me la acepte, pues de lo contrario, tendría usted que despedirme dentro de poco tiempo a causa de la mala

voluntad con que representaría mis papeles. Durante algunos meses, quiero alejarme del teatro; luego, tal vez volveré a pedir a usted un puesto en su establecimiento. Mis compañeras desean mi papel en la comedia de Durán; déselo usted a Rosa, que es la mejor de ellas. Hasta pronto; muchas gracias por todo, y crea usted que soy siempre su amiga de corazón».

Cuando Violeta hubo acabado de escribir, escogió entre sus trajes uno muy modesto, de paño azul, y se lo puso. Asomóse enseguida a la ventana y vio que a lo lejos, entre la bruma gris, los rayos del sol comenzaban a barrer la obscuridad del horizonte. Un soplo fresco y perfumado subió hasta ella del Luxemburgo ensanchando sus pulmones. Su alma sentía la dicha activa de las mañanas de viaje. Parecíale que después de haber vivido mucho tiempo en una ciudad extraña, iba por fin a volver a su aldea natal; y la imagen de Luciano agrandóse en su imaginación, hasta convertirse en la imagen de toda una familia.

«¡Cuanto lo quiero!» —se dijo.

En ese instante no le quería como a un hombre, con amor sensual y tirano, sino tiernamente, con un sentimiento de pasión platónica, como a un hermano que fuese al mismo tiempo un esposo...

«¡Cuanto le quiero!».

Los celajes dorados del crepúsculo iban subiendo, poco a poco, con estremecimientos de suave claridad que hacía palpitar sus espirales e hinchaba sus curvas voluptuosas. Un murmullo de ramas vecinas que parecían temblar al

despertarse acariciadas por la brisa matinal, interrumpía con breves intervalos, la dulce paz del amanecer. A medida que las ondas claras invadían el vasto jardín del Luxemburgo, las amapolas surgían, entre la hierba pálida de las platabandas, en las vidrieras de los invernaderos, cual inmensas manchas de sangre...

Apoyada en el barandal de la ventana, Violeta seguía sonriendo ante sus ensueños de modesta ventura por venir.

«Serían dichosos... se pasearían cogidos de las manos cual dos niños... vivirían el uno para el otro, alejados del mundo entero... y él trabajaría mucho para que ambos pudieran comer... y Dios les protegería... el buen Dios que no abandona nunca a los enamorados».

La religión de su niñez, esa religión que se reduce en las almas sencillas a invocar en los momentos graves a la virgen Nuestra Señora y a esperar de Jesús el pan nuestro de cada mañana, surgía del corazón de Violeta, más pura que nunca, en plegarias mentales, llenas de diminutivos ingenuos, de súplicas primitivas, de consejos inocentes: «¡Virgencita mía, de mi alma, no nos abandones, te lo pido por él que es tan bueno y que te quiere tanto! ¡Ayúdalo a él, Virgencita!».

Los párpados de la actriz se humedecieron de lágrimas venturosas...

De pronto un ruido muy ligero la hizo volver la vista hacia el interior. Parecíale haber oído pasos en el salón y creyó que René, ya despierto, la buscaba... Fue a su *boudoir*, recorrió, en puntillas, los pasillos interiores. No

vio nada... Temerosa, sin embargo, de que una circunstancia cualquiera retardase la realización de su proyecto, salió huyendo por las escaleras.

XVII

Allá muy lejos, muy lejos, en un barrio perdido del París antiguo, detrás del Panteón, en las faldas de la montaña de Santa Genoveva, entre dos conventos de carmelitas, vivía el poeta. Su casa era muy antigua y las dos piezas que él ocupaba en el piso cuarto parecían las más humildes del edificio. Allí estaba contento, sin embargo, porque desde sus ventanas se veía un vasto jardín claustral poblado, a ciertas horas de la tarde, de sombras graves y silenciosas que iban y venían, lentamente, bajo los árboles.

«Estas son mis celdas», decía. Y sus celdas, desmanteladas y tristes, sin alfombras, sin cortinas, sin muebles lujosos, le eran queridísimas... Si hubiera tenido dinero, habríalas arreglado: las habría llenado de tapicerías, de profundos divanes, de cuadros admirables..., pero abandonarlas, ¡nunca!

Luciano había soñado entre aquellas paredes todos sus ensueños juveniles. Allí había sufrido: allí había gozado; había derramado allí sus primeras lágrimas y sus primeros besos habían estallado allí. Cada rincón contenía algo de su propia vida. Todas sus ilusiones y todas sus desesperanzas.

Viendo su amor por esas piezas, Luis le decía a menudo:

—Tú eres como Julio Janin, que comenzó por alquilar, en los alrededores del Odeón, en un edificio vetusto, una pieza de las guardillas; que cuando tuvo algún dinero, alquiló también las piezas del piso inferior, y que luego, a medida que su fortuna crecía, iba alquilando otros pisos hasta llegar a quedarse con toda la casa.

Luciano hubiera, en efecto, querido hacer lo mismo que Janin. Pero no tenía dinero, ni esperaba tenerlo pronto. En cuestiones materiales, el poeta era lo que se llama un resignado. Contentábase con su guardilla y su único deseo era no verse, un día cualquiera, en la obligación de abandonarla por falta de lo necesario para su humilde alquiler.

Violeta no había entrado nunca en la casa de Luciano, y si sabía en dónde estaba situada, era porque dos o tres veces había escrito su dirección en las cubiertas azules de las cartas-telegramas: «rue Lhomont».

—¿En dónde estará la rué Lhomont? —preguntábase la actriz al salir de su casa, al amanecer.

Con el instinto de la parisiense de raza, que adivina todo lo que se relaciona con la topografía de su ciudad natal, atravesó la plaza del Panteón y perdióse en el dédalo miserable de callejones y callejuelas del barrio Mouffetard. Por fin encontró la calle que buscaba. Luciano dormía aún cuando ella llamó a su puerta:

—¿Eres tú? —preguntó espantado al verla entrar ligera como un pájaro—. ¿Eres tú?... ¿Qué hora es?

Ella no sabía la hora. Lo único que sabía era que ya el sol había disipado las nubes del cielo, y que el sol del amor

completo, despuntaba en su alma para borrar definitivamente las brumas de la disputa de la víspera.

—Sí— repuso—, soy yo. ¿Estás contento de verme?

Y quitándose el sombrero y observando la pieza que servía a su amante de dormitorio:

—¿Esta es nuestra casa? Parece una ratonera y es preciosa. Yo seré muy feliz aquí...

Luciano la cogió entre los brazos y la obligó a sentarse en el borde del lecho, a su lado, diciéndole:

—¡Loca, local!... Este es un agujero en el cual solo un poeta muy pobre y muy humilde debe vivir. Aquí los ensueños alegres se mueren de fastidio, porque no pueden volar a sus anchas, ni asomarse a miradores pintorescos... Ven a pasarte un día entero conmigo, y veremos lo que dices en la noche.

—¿Y si digo que estoy contenta?

—Entonces es que me quieres mucho.

—¿Y si me quedo otro día y otro día?

—Entonces es que soy el hombre más locamente adorado de la tierra.

—Sí; lo eres.

Sus labios dejaron de hablar, para confundirse en un beso muy largo y muy tierno.

Al cabo de algunos minutos, Violeta se deshizo de los brazos apasionados de su amante, y con una frivolidad infantil, fue hasta la ventana y abrióla de par en par. Quería verlo todo. Todo desde allí le parecía bellísimo.

—¡Qué lindo es tu cielo! —murmuró en un suspiro.
Luego, bajando la vista:

—Y ese jardín, ¿es tuyo?

—Sí —repuso él—; es mío, porque puedo verlo; pero no es mío, sino de lejos...

Ya en el jardín no había ni árboles muy frondosos, ni flores resplandecientes. El aire de otoño comenzaba a podar las copas y a dispersar los pétalos, no dejando entre la grama sino las manchas doradas de las margaritas silvestres y las anémicas guirnaldas de los rosales del norte... ¡Qué diferencia tan grande entre esas avenidas casi rústicas de un patio conventual, y los arriates siempre artificialmente floridos del Luxemburgo!

Sin embargo, la mujer enamorada hubiera dado mil Luxemburgos por ese rincón de tierra mística.

—¡Qué lindo! —murmuraba—. ¡Qué lindo es todo esto... ¡Tu casa es divina!...

Profundamente emocionado, Luciano sonreía, entre sus sábanas, no atreviéndose ni a vestirse ante su querida para ir a besarla, ni a llamarla de nuevo a su lecho.

—¿Me permites que visite la otra pieza? —preguntó ella.

—Todo es tuyo aquí.

—Eso merece mil besos—, y antes de pasar a la segunda habitación, la actriz acercóse a su amante, cogióle la cabeza entre los brazos, acaricióle como a un niño, con brusquedades de madre enamorada, besándole los ojos, mordiéndole la punta de la nariz, haciéndole cosquillas en

las orejas, absorbiéndolo todo, en fin, entre sus labios insaciables.

Al cabo de un instante, su voz sonaba ya en la otra pieza, entusiasta y quejosa a la par:

—Este cuadrito es precioso, admirable... Pero ¿y la cocina? ¡Aquí no hay cocina! ¿En dónde puede mi señor marido hacer sus tisanas cuando está enfermo?

Violeta estaba realmente entristecida de no encontrar una cocina, por humilde que fuera, en las habitaciones de su amante... «¡No tenía cocina!». ¡Y ella, que se había propuesto encender el fuego y hacer el almuerzo para ambos en seguida!...

Al oírla, Luciano se echó a reír con ternura. Su admiración por la belleza frágil y delicada de su querida le hacía ver como una cosa imposible que sus blancas manos de actriz pudiesen ensuciarse con carbón.

Ella se defendió humillándose:

—¡Hacer el almuerzo! ¡Pero si es lo más natural!... ¿Acaso he sido siempre rica?... En otro tiempo yo misma me guisaba mis comidas en un hornillo muy pequeñito... Pero, puesto que hoy no podemos hacer eso, iremos al restaurante, ¿no te parece?

Un rayo de tristeza dilató las pupilas del poeta. «No, no le parecía..., no podía parecerle porque estaba en la miseria».

—Los únicos cuartos que me quedaban anoche —dijo al fin—, se los di a Luis.

—Bueno, eso no importa; vístete...

Un largo silencio reinó en la alcoba. De pronto, el sol apareció detrás de la cúpula gris del panteón y tomó por asalto las ventanas, llenando de llamas las habitaciones, prendiendo mil chispas doradas en la cabellera metálica de la actriz, iluminando el alma del poeta.

—¡El sol! —dijeron ambos, por decir algo.

Luego, cuando Luciano menos lo esperaba, su querida se arrodilló ante él y le pidió perdón, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Perdón! ¿Y de qué?

—De haberlo abandonado todo sin tu permiso para ser tuya toda la vida; de haber abandonado el teatro, de haber roto con Durán, de caer de improviso en medio de tu vida difícil, para hacerla más difícil aún...

Luciano no comprendía. Ella prosiguió:

—De hoy en adelante viviré aquí, contigo, pobre o rica, miserable o gloriosa; pero siempre junto a ti... ¡Ya era imposible, para mí, vivir con otro!... ¿Me aceptas?...

Luciano lloraba también. Sus rostros húmedos se juntaron.

—¿Me aceptas?... Yo estoy decidida a no irme, mientras no me despidas... Pero no me despedirás nunca... ¿verdad?...

—¡Violeta!... ¡Mi Violeta!

La emoción de Luciano era tan grande, que apenas acertaba a expresarla con palabras. Pero sus ojos decían su goce infinito y melancólico...

Ella dejó de hablar.

Las bocas enamoradas se buscaron, se encontraron, se unieron en un beso profundo, hecho de juventud y de infinito... La claridad, cada instante más intensa, los envolvía en su manto de oro líquido...

Al fin ambos cayeron sobre el lecho, desfallecientes, llorando de ventura, y entre lágrimas y besos, con voluptuosidad nunca antes sentida, celebraron enloquecidos sus nupcias verdaderas, bajo la franca caricia del sol...

DEL AMOR, DEL DOLOR Y DEL VICIO

I

—¿Entonces?...

—Entonces... ¡Curioso! ¿Quieres saber para qué? Pues bien: te necesito para que me ayudes a completar la instalación de nuestro nido; un nido que será enteramente nuestro; una casita que he alquilado en los alrededores de París, y en la cual nadie podrá escudriñar nuestra existencia. Porque lo que pone furiosas a mis amigas de otro tiempo, es vernos aquí, en este antiguo y oscuro hotel en el cual nació la abuela de mi marido, y la madre de mi marido y mi marido mismo... ¡Ah, el respeto, la sociedad, la aristocracia, la solidaridad de las altas clases, las manchas que deshonran a toda una casta!...

¡Imbéciles!... Pero, en fin, gracias a Dios, nosotros no somos hijos de príncipes ni necesitamos de ellos. Yo soy la Muñeca, tu Muñeca, y tú eres todo para mí. Allá lejos viviremos como se nos antoje; recibiremos los amigos que nos gustan y por la noche, al volver del teatro, no tendremos miedo de que estas horribles butacas apolilladas se derrumben cuando tú te sientes en ellas y yo en tus rodillitas. ¿Verdad que estos muebles son muy feos con dorados verdosos y sus esculturas grotescas?... Ya verás los que he hecho poner en nuestro nido. ¡Aquellos sí que son elegantes

y confortables! Después de almorzar nos marcharemos de aquí, y esta noche estrenaremos nuestra nueva cama. ¡Di que no estás contento!

Sí lo estaba... sí. Estaba contento de huir del barrio en el cual los lacayos de los hoteles vecinos señalábanle con el dedo; estaba contento de alejarse de todas las grandes señoras que volvían la cabeza para no saludarle, cuando le veían por la calle; estaba contento, sobre todo, de llevarse a su Muñeca, a su Lili, a su tesoro, lejos del sitio en el cual se había muerto de fastidio durante tantos años, de aquel sitio fatal rodeado de enemigos que hacían lo posible por separarlos... Lo único que le producía un ligero sentimiento nostálgico eran los muebles tan odiados por la marquesa: los enormes sillones, los inmensos armarios, las mesas monumentales de una elegancia algo pesada, pero de un estilo puro y severo.

Insensiblemente, Llorede había ido familiarizándose con la noble austeridad de la vivienda de su antiguo «patrón». Las puertas esculpidas por artífices anónimos; las vastas chimeneas, casi conventuales, de mármol rojo y madera envejecida; los taburetes sostenidos por macizas columnas pacientemente talladas como pilares de catedral gótica; las vidrieras luminosas hechas de fragmentos de vidrios multicolor, representando reales besamanos o suntuosas procesiones; los lechos imponentes; y los demás muebles, desde las sillas cubiertas de cueros blasonados hasta los cortinajes desteñidos, todo lo que contribuía a la

vetusta decoración de la casa solariega, en resumen, parecía venerable a su alma de artista.

Por otra parte, Carlos no acertaba a comprender las razones que su querida había podido tener para no recurrir a él en el momento de comprar los muebles de su nueva casa. «¿Qué habrá comprado? —decíase a sí mismo—. ¿Qué habrá comprado? Muebles Luis XV, sin duda, ligeros, bonitos, rococós, cubiertos de sedas claras, muy doraditos, muy lucientes... Mucho terciopelo, tal vez... Tal vez una colección inarmónica de piezas de mil estilos... En fin, ya veremos».

Su sorpresa fue así muy grande y muy agradable al penetrar en el diminuto palacio alquilado por Liliana en los alrededores de París, entre Bolonia y San Claudio, a orillas del Sena, en uno de los puntos más pintorescos del admirable círculo de árboles que encierra, como con un fresco cinturón de verde fieltro, a la inmensa ciudad de piedra.

—¿Te gusta el exterior?

—Me parece delicioso.

También el interior era delicioso, con su lujo moderno, artístico, raro; con sus balcones cubiertos de madreselva y de hiedra, y con sus chimeneas de mármol rosado. En vez de los sofás Luis XV y de los espejos Pompadour que Carlos previera con cierto espanto, la Muñeca había buscado, para alhajar las claras piezas de su discreto nido, muebles modernos, muebles estéticos, firmados por grandes artistas ingleses y franceses. En las ventanas no había cristales fragmentados, sino vidrios blancos de una sola pieza, velados por floridas muselinas diáfanas como pétalos de lirio.

Las paredes del comedor y de la biblioteca estaban cubiertas de finísimos tapices de oriente, ligeros y coloreados, mientras los muros de la alcoba, del cuarto de baño y de otras varias habitaciones, desaparecían detrás de telas de seda fabricadas por Lyberty, vaporosas, desfallecientes, exquisitas. Sólo el salón principal ostentaba antiguas tapicerías de Gobelíns, cuyos tonos pálidos parecían más apagados aún a causa de los cortinajes de oro y púrpura. Por todas partes las diminutas mesas de laca verde, de laca obscura, de laca color de fuego, sostenían vasos de Lachenal, lámparas de bronce, menudas figulinas de Sajonia o del Japón, floreros de hierro forjado, llenos de iris, de orquídeas, de amarilis y de asfódelos. Sobre los sillones esculpidos y sobre los divanes de seda de la India, abundaban los suntuosos cojines de damasco, de terciopelo, de brocado, todos de colores homogéneos, formando gamas completas de esmeralda, de crema, de turquesa, sin llegar nunca a la violencia de los azules profundos, de los amarillos vulgares, de los verdes chocantes. En todas las estancias el matiz prevalecía sobre el color. Los cuadros eran de Burne Jones, de Dante Rosseti, de Aman-Jean y de otros grandes pintores modernos, que han hecho revivir, con un gusto raro en nuestra época, el arte divino de los primitivos, dando expresión mística a sus figuras casi incorpóreas, a sus mujeres esbeltas como tallos de azucena, a sus lívidas ofelias, a sus enamoradas extáticas y piadosas...

Los muebles llamaron especialmente la atención de Curios: el techo y la mesa de trabajo. El lecho, de nogal, muy

ancho y muy bajo, había sido esculpido por Jean Dampy y ostentaba en una serie de bajorrelieves circulares, las principales escenas de la vida de Cleopatra. La mesa de trabajo, obra de Carabin, era una vasta tabla de encina, sostenida por cuatro mujeres desnudas, arrodilladas.

—¿No te parece que estaremos mejor aquí que en París? —preguntó Liliana al salir de la biblioteca.

—¡Oh, sí! —respondió Carlos—. ¡Ya lo creo que estaremos mejor, mucho mejor!

Y cogidos de las manos como dos chiquillos, siguieron visitando los rincones de su nido, contentos de todo y de todo admirados, hablando de sus futuros paseos matinales, de las fiestas que pensaban dar muy a menudo, casi todos los días, en honor de los artistas del «Círculo de los intransigentes», de las flores que sembrarían en el jardín, de la tranquilidad silenciosa que reinaría en sus noches de amor, de la libertad y del aislamiento que les permitiría acariciarse eternamente... Hablaban, hablaban; eran felices y, sin contar con el destino, edificaban una vida color de rosa en la arena movediza del porvenir...

II

La casa de la Mufleca fue convirtiéndose poco a poco en un verdadero centro de reunión artística. Atraídos los unos por la amabilidad inteligente de Carlos y por la belleza de Liliana, llevados los otros por el deseo de cenar bien, todos los miembros del «Club de los intransigentes» se daban cita casi a diario en el hotelito de las inmediaciones de París.

—«Hombres —decía la marquesa— pueden venir todos, cuando quieran y como quieran, pues siendo amigos de Carlos, también lo son míos... No así las mujeres, porque no deseo que mis salones se conviertan en sucursales del café americano. Que vengan las que son artistas de verdad y las que viven con franca honradez al lado de uno de nuestros amigos; pero no las que tienen un viejo y un joven o muchos jóvenes y muchos más viejos. No. Nada de *cocotas*, nada de «Leonoras de Alençon» ni de «bellas Oteros» que acudirían con la esperanza de hacer conquistas. ¿No les parece a ustedes que tengo razón?».

Robert contestaba en nombre de los demás:

—¡Perfectamente! Una mujer bonita tiene siempre razón. Los que no dispongan de una novia que sea por lo menos tan honesta como su excelencia la princesa de Chimay, que dejen a sus chicas poniéndoles puntos y comas a sus

manuscritos, cual Colline dejaba a su mujer. Por mi parte, vendré solo mientras no pueda robarme a la otra hija de D. Carlos.

De las mujeres, sólo fueron, pues, admitidas las casadas, es decir, las que tenían un amante fijo y responsable. «¡Las bellas y puras damas!» —exclamaba Píese. Fue admitida Laura, la de Rimai, fue admitida Flora de Lys con su banquero; fue admitida Marieta de Jorge Delmonte; fueron admitidas tres o cuatro más, con sus responsables, y también Margarita del Campo, la chiquilla vivaracha a quien la Muñeca había regalado cierta noche de orgía un prendedor de esmeraldas y que, aunque desprovista de marido, recibió una invitación especial.

—Esta morenita endiablada me gusta mucho por su gracia parisiense y algo canallesca, por su ruda franqueza y por su modo de mirar —decía Liliana.

—A mí también me gusta —replicaba Robert—, pero estoy demasiado, viejo para ser su «joven», y soy demasiado pobre para ser su «viejo».

—Y a mí también —suspiraba Píese—. ¡Ya lo creo que me gusta!

El único que no parecía tener grandes simpatías por ella, era Carlos.

Una noche, Margarita llegó más tarde que de costumbre, vestida con un trajecillo de seda clara, ligero y ajustado, que atraía voluptuosamente las miradas, revelando formas perfectas y sugiriendo la visión de la carne desnuda. En el índice de su mano izquierda resplandecía una co-

rona de duquesa, incrustada de diamantes muy pequeños y diminutos rubíes. Mientras los artistas le decían bromas a propósito de su «impudor en el trajear», el banquero de Flora de Lys aproximóse a ella, y después de examinar la sortija con una minuciosidad que hacía ver su instinto judío, preguntóle de dónde la había sacado.

—¡La gané! —repuso orgullosamente.

—¿En justa lid de amores? —interrogó Jorge Delmonte.

—No, en un concurso. Figúrense ustedes que el duque de Filieiro, un viejo loco que tiene cara de sanguijuela y que se ha gastado más de cinco millones entre comprar su título en Roma y comprar besos en París, nos invitó hoy a almorzar en el café inglés. Toda la alta *cocotaría* estaba allí, desde su excelencia la princesa Susana de Píbrac, hasta la sucia Tortuga. Todas estaban verdes. «Porque no hemos dormido» —decían ellas. En realidad, estaban verdes, porque ya son viejas y necesitan de la luz artificial para parecer guapas. Yo se lo dije a Marta du Ranz, y poco faltó para que me comiera viva. Luisa Valori también me quiso matar porque le aseguré que se parecía a mi abuela. ¡Y yo que la hablaba seriamente! La más curiosa de todas era la mujer de Tiríel, que se levantaba a cada instante las faldas, con objeto de enseñarnos sus medias rosadas, bordadas, satinadas, doradas, blasonadas, caladas: «¿Qué te parecen? ¿Qué te parecen?»... Y así habría continuado todo el día, levantando la pata, si yo no hubiese tenido la amistosa franqueza de contestarle que «me parecían dignas de mejor suerte». Un periodista propuso entonces que me echasen al agua por

insolente, y como yo comprendí que lo hacía por consejo de la Tortuga, que comía a su lado, y que no me puede ver, le repuse, sin empacho, que la que necesitaba tomar un baño era su vecina. ¡Si la hubieras visto, mi querido Píese, tú que estás esculpiendo una cabeza de Medusa, te habrías entusiasmado y la habrías querido tomar como modelo!... Al fin del almuerzo, el duque tuvo una idea excelente: improvisar un concurso de pechos, y dar una sortija a la que, según la opinión general, presentase los más lindos senos. Y gané. No hay de que estar orgullosa... Entre aquellas dueñas... Aquí no ganaría... En fin... Gané este anillo.

—¡Bravo! —gritó Robert—, ¡bravísimo! Pero estoy seguro, en efecto, de que aquí, en este salón, en donde, sin embargo, apenas hay cinco mujeres, no ganarías con tanta facilidad un concurso análogo.

—¡Oh, no! ¡Aquí no ganaría nunca! ¡Ya lo he dicho que no! —replicó con vivacidad ingenua la chiquilla, clavando su mirada de fuego en el cuerpo esbelto de Liliana.

—Eres una buena muchacha —prosiguió Robert—, una deliciosa mujercita más guapa que todas las que te quieren mal, y más inteligente que el periodista que quiso echarte al ido. Pero no eres caritativa, porque nunca me has dado un beso. ¿Por qué no me has dado nunca un beso? ¿Porque te figuras que no soy guapo? Está bien, aunque este sea un error imperdonable, que, sin embargo, te perdono. Estás perdonada, hija mía, y puedes morir sin remordimientos; pero antes es necesario hacer una penitencia...

—¿Cantar tres veces como gallo?

—No.

—¿Rezar un rosario?

—Tampoco. La penitencia consistirá en hacer gratis, ante nosotros, el mismo milagro de divinas exhibiciones que te produjo una corona de diamantes en el almuerzo de la noble sanguijuela pontifical.

Margarita del Campo se puso de pie, ruborizada y dispuesta a ofrecer a todo el mundo el espectáculo de su dorado y redondo seno. Sus manos ligeras e inconscientes habían ya desabrochado el primer botón de su talle, repleto de carne victoriosa, cuando Carlos, desde su sitio, con visible mal humor, dijo en alta voz a Robert:

—Me parece que esta noche tus ocurrencias son algo escabrosas...

Un relámpago de cólera brilló en los ojos de la chiquilla, que permaneció inmóvil, sin atreverse a seguir desnudándose y sin querer tampoco darse francamente por ofendida.

Liliana comprendió el enfado de su amiga y, por la primera vez en su vida, mostróse en desacuerdo con su amante, yendo hacia Margarita, ayudándola a desabrocharse y diciéndole antes que nadie:

—¡Eres perfecta como una rosa, Margot!

III

Margarita del Campo no era perfecta. Era graciosa, era infantil, era fresca, era extraña, era fina, era tentadora; pero perfecta, no. Su belleza carecía de corrección como su alma de grandeza. Su ingenio mismo, tan elogiado entre artistas y escritores, no consistía realmente sino en un don asimilativo completado por cierta vivacidad natural muy común entre las muchachas de París.

Menuda y elegante a la manera de las Colombinas de Willette, con algo en el modo de inclinar la cabeza, que hacía pensar en las aristocráticas pastoras de Watteau, y mucho, también, en los ademanes y en los gestos de las precoces pecadoras de Stenlem; fresca, sin ser rosada, con una frescura de fruta primaveral, luciente y redonda; llena de agujerillos que sonreían en sus mejillas, que sonreían en su mentón, que sonreían en las articulaciones de sus dedos; pequeñita como una figura de Sajorna; con los cabellos muy negros; con la piel morena cual la de una bailadora gaditana, Margot producía una sensación de fragilidad voluntariosa y atrevida. Su más irresistible atractivo nacía del contraste diabólico que producían sus ojos oscuros, profundos, ardientes, casi feroces, con sus labios frescos e ingenuos de niño goloso y alegre.

Su carácter no engañaba a nadie, por otra parte. Todos sabían que era incapaz del menor sacrificio, interesada, e instintivamente cruel y poco sensitiva en el fondo. Pero había tanto buen humor en su risa sonora, y tanto atractivo en sus maneras, que nadie lograba escapar con facilidad a sus mimos y a sus zalamerías, cuando ella se proponía seducirle.

Carlos mismo, que desde el principio la vio con pocas simpatías, parecía inquieto cuando Margot no iba a comer en compañía suya y de su querida.

Liliana, por su parte, hubiera querido no separarse nunca de su amiguita, cuyo modo de ser, no obstante, era tan diferente del suyo propio.

—Margot me completa —decía a menudo la Muñeca—, porque tiene lo que a mí me falta: la vida exterior, la violencia, la alegría ruidosa, la ligereza callejera, la picardía parisiense.

Y Robert, cuya afición iba arraigándose, replicaba:

—A mí también me completaría... ¡Vaya!

Algunas mañanas, la marquesa iba a París acompañada de Margarita, con el propósito de hacer compras indispensables, y una vez en medio de dos inmensos bazares de lujo frívolo que se llaman «Louvre», olvidábase de sus propias necesidades para no ocuparse sino de los caprichos de la chiquilla: «¡Oh, estos encajes! ¡Ese terciopelo, mira! ¡Qué camisas tan lindas, tan lindas!». Y, en vez de comprar las telas que a ella le hacían falta, la Muñeca compraba las

transparentes camisas, los linos encajes y los suntuosos terciopelos que su amiga había admirado.

—¿Sabes? —dijo un día Margarita a Liliana—. Todo lo que hay en mi casa me lo has regalado tú, ¡hasta las sábanas! Lo que me compran los demás, se lo doy enseguida a mis tías.

Para recompensar la galantería, la Muñeca cogió a su amiguita entre los brazos y la estrechó fuertemente contra su pecho, besándola al mismo tiempo los cabellos y la nuca, como a Carlos.

—También los besos que me dan los demás —continuó diciendo Margarita— se evaporan antes de volver yo a casa, mientras los tuyos se impregnan en mi piel y me pican durante la noche, cuando estoy sola, sola...

¡Es curioso lo que me pasa contigo! Yo soy tu amiga; tú eres más bonita que yo; tú tienes un hombre y, sin embargo, muchas veces, cuando me abrazas, se me figura que soy tu mujercita. ¡Pero no te enfades, rica!... Son locuras mías, sin importancia... Dime que no te enfadas y que me perdonas... Si no me lo dices, me vas a hacer llorar... ¡Lili, Lili!... ¿Te enfadas?...

Sin responder una palabra, la marquesa seguía estrechando a Margot con un ardor nervioso, en el aislamiento discreto del gran salón oro y púrpura.

La chiquilla trataba de hacerse más diminuta aún entre los brazos de su amiga, como para que todo su cuerpo pudiera ser acariciado:

—¡Qué buena eres! —decía— ¡qué buena! Te juro por las cenizas de mi padre que nunca he querido a nadie como te quiero a ti, ¡a nadie! a nadie; ni a mamá, ni a mi pobre hermanito que se murió... a nadie en el mundo, ¡rica!...

¡Si supieras que a veces he tenido envidia pensando en Alina que vive a tu lado, que te desnuda por las noches, que te viste por las mañanas, que puede verte a todas horas, que es tuya!... ¿No te incomodas, Lili?

—No —respondió al fin la marquesa— no, pero cállate... me haces daño... Luego, cogiéndole las manos con violencia, alejándose algo de ella, mirándole los ojos, con voz sorda y descompuesta:

—¿Y los otros? —le dijo. Margot parecía no comprender.

—¿Qué otros?

—Sí, los otros: Robert, que está loco por ti; Luis Galbé, que te ofrece palacios y castillos; los otros, en fin, ¡los otros!...

¡Tonta! ¿qué me importan a mí los otros? Lo único que me interesa en el mundo eres tú... Sólo que...

—¿Qué?

—No. Nada.

—¿Qué?

—Nada, rica... ¿Acaso tengo yo derecho para pedirte cuentas de tu conducta? Con un poquito de cariño que quieras darme seré feliz, y en cambio, te daré todo mi amor... Yo soy libre. Yo no quiero a ningún hombre. Tú eres mi única amiga.

Liliana comprendió las alusiones a Carlos, y quiso hablar, sin saber lo que iba a decir, pero Margot le tapó dulcemente la boca con sus labios de niño vicioso, diciéndola:

—¡No mientas!

IV

Mientras Carlos discutía ruidosamente con Píese, a propósito de las últimas creaciones de Robín; mientras la Muñeca y Margot se decían al oído frases ligeras y temblorosas; mientras todo el mundo, en fin, parecía contento y exaltado, Robert permanecía silencioso, en su butaca, fumando cigarrillos y sirviéndose copas de coñac.

—¿Qué te pasa, Robert? ¿Por qué estás preocupado y cabizbajo? —preguntóle la marquesa.

—Nada, nada... No se ocupen ustedes de mí.

—Déjate —dijo en voz alta Margarita a su amiga—. ¡Es un oso! Las risas y los discursos continuaron.

Robert era uno de esos escritores parisienses que saben ser, al mismo tiempo, ligeros y rudos, batalladores y artistas; y que, en medio de la corrupción casi general de las costumbres periodísticas, conservan siempre un espíritu de rectitud y honradez. Por hacer una broma habría sido capaz de desacreditar a un hombre público. Ninguna ridiculez escapaba a su ingenio sutil, y nunca un enemigo encontró piedad ante su cólera sagrada de defensor del buen gusto.

«¡Un viejo atrabiliario!» decían, hablando de él los que le conocían poco; mas sus verdaderos amigos, Llorede, Píe-

se, Dómer y algunos otros sabían que en el fondo de aquel malhumorado genial, palpitaba un corazón de poeta, tierno, honrado, generoso, muy ingenuo y aun algo loco.

Una noche, hacía tiempo, Píese había preguntado, al encontrarle en un baile público:

—¿Qué haces aquí?

—Estoy buscando una familia.

—¿Una familia en este baile?

—Sí, en cualquier parte. A mí me hace falta una familia. ¿No conoces a alguien que quisiera venderme una, baratita?

Tal sentimiento, expresado en tono de broma, era en realidad uno de los más arraigados en el alma de Robert. Necesitaba una afección; tenía urgencia de encontrar algo que le proporcionase ciertos goces íntimos; deseaba, en suma, un poco de cariño para endulzar las agitaciones de su vida.

Y este deseo familiar había sido colmado, al fin, por Carlos y Liliana, que eran, para Robert, como dos hijos; dos seres más jóvenes que él; dos seres que le querían entrañablemente, que aceptaban sus consejos y que, si no lo respetaban como a un padre, tratábanle, al menos, como a un hermano mayor, llamándole a veces tío, a veces viejo, a veces maestro; amándole siempre mucho.

Y esta familia se iba desuniendo sin que Lloreda lo notase... Y con la luna de miel que terminaba, evaporábase también el calor del hogar amigo, del hogar que casi era suyo, «su único hogar».

—¡Lástima! —pensó el periodista, contemplando a su amigo, que seguía en el otro extremo de la estancia, tratando de convencer a Píese de que Rodin era superior a Miguel Ángel.

¡Lástima! Él está loco por ella, y hace algunos meses el amor de ella era tan grande como el suyo... ¡Quien lo hubiera pensado!... Es cierto que en cuestiones de amor lo más natural es lo sobrenatural... Y por otra parte, quizá ella le quiera mucho aún, pues no tiene nada de raro que una mujer engañe a un hombre aun estando enamorada de él... Pero ¿le engaña, o no le engaña?... Sólo Dios y ella lo saben; y tal vez ni aun ella está segura de lo que hace... ¡Son tan complicadas las mujeres!... Ellas mismas ignoran lo que sienten, lo que piensan, lo que desean. Estoy seguro de que entre mil infieles, hay por lo menos quinientas que no se dan cuenta de sus propias deslealtades... ¡La que no ignora nada, es la otra, la Margarita! Este monstruo, fino como un puñal, frío como un puñal, atrayente como un puñal; haría de mí lo que quisiese si tuviera el menor interés en convertirme en instrumento suyo. No, esa no ignora lo que hace; pero ¿por qué lo hace?...

¿Por amor? No, no. Liliana pudo excitar durante una noche o una semana su instinto vicioso y malsano, nunca durante tres meses... Y ya hace tres meses que la veo, que la adivino, que siento el verdadero objeto de sus zalame-rías, de sus caricias, de sus humildades, de sus besos. La primera vez que comprendí con claridad lo que iba a suceder aquí fue cuando yo mismo la obligué a enseñar sus

senos, admirables cual el pecado, ante todos nosotros... ¡Oí los ojos de Liliana aquella noche!... Al ver hacia el porvenir, tuve deseos de coger a Carlos por el brazo, de sacudirle, de despertarle...

¡Sólo que es tan cruel despertar a alguien que sonrío durmiendo!... Ahora mismo me hallo en un caso igual; ¿por qué no le llamo aparte y le digo todo lo que pienso? Por timidez y por cobardía. Hay algo que me ordena que espere, diciéndome hipócritamente que una circunstancia dichosa puede detener los labios de Liliana, si aún no se han manchado... Porque, después de todo, nadie me prueba a mí que las dos mujeres han dejado de ser amigas... ¡Ojalá! ¡Yo he sido siempre tan mala lengua!... Y si hubiese algo de irreparable, Plese lo vería y los demás lo verían... En fin... ¡Ojalá!

Carlos se acercó a él y, poniéndole cariñosamente la mano en la cabeza, le preguntó la causa de su aburrimiento:

—Nunca te había visto así; ¿qué te pasa?

—¿A mí? —repuso Robert con una sonrisa macabra—. Nada, el *spleen*.

—¿No será?...

—¿Qué?

—Un misterio, un amor; el deseo de dar un beso a Margarita, por ejemplo...

—¿Un beso? Sí, eso es; algo más que un beso: un mordisco.

—¿De veras?

—Después de todo, ¿a ti qué te importa, puesto que tú no me has de regalar a esa mujer?

Carlos se echó a reír. Luego dijo a su amigo:

—Espérame un instante en la biblioteca, pues tengo que hablar contigo.

¿Qué querrá decirme? —pensaba Robert esperando a Carlos—. ¿Sabrá algo? Si tiene dudas y quiere preguntarme lo que he visto, se lo diré todo. Al fin y al cabo, por eso no se ha de morir... A los veinticinco años, las heridas amorosas se cicatrizan pronto... Y peor para los dos, ¡qué demonio!

Llorede entró en la biblioteca cinco minutos después de Robert, y desde luego le dijo:

—Tengo un plan.

—¿Un plan? ¿Para qué?

—Para que puedas acostarte con Margot: ¿no quieres acostarte con ella?

—Pues bien: mañana damos una fiesta; ella se emborracha; tú la acompañas a París en nuestro carruaje y, en vez de dar su dirección al cochero, le das la tuya; ¿qué te parece?

—Me parece sencillo como la *Macla*. Pero para hacer la *litada* es preciso ser Homero, y para ejecutar con éxito tu plan, es necesario ser un buen mozo como tú. En fin, como nada se pierde...

V

Robert tenía la costumbre de no levantarse nunca antes de las doce; pero aquel día, a las siete, estaba ya despierto sin ningún deseo de volverse a dormir. Comenzó, pues, a vestirse perezosamente, sin saber a punto fijo lo que iba a hacer durante las horas largas y fastidiosas de las mañanas parisienses.

«Si estuviésemos en verano —pensó—, me marchada a Versalles o a San Germán; pero en invierno el campo es horrible. No sé cómo hay gente que vive fuera de las ciudades en este tiempo». La imagen de Carlos y de Liliana, desterrados por sus propias voluntades en las inmediaciones de París, apareció ante su imaginación y le llenó de tristeza. «Al fin y al cabo —se dijo— son jóvenes; tienen más dinero que yo, y viven allá porque se les antoja. ¡Pobres chicos!». Para convencerse de que era imposible salir a la calle, asomóse un instante a la ventana y se puso a contemplar, con melancólico mal humor, el espectáculo que la gran ciudad ofrecía en esa mañana de enero.

El cielo estaba gris y glauco. La nieve caía en copos menudos, blanqueando los techos de las casas y dando a la capital un aspecto de aldea fantástica o de paisaje de ópera cómica, somnolienta y letárgica. En el aire flotaba un

escalofrío de Navidad inglesa, una monotonía de cántico de Día de los Santos, algo que era majestuoso, vago y tierno como los cuadros en que se mueven las figuras de Dickens y las evocaciones de Hoffmann.

Robert trajeábase ante el espejo de su tocador, preguntándose siempre lo que iba a ser de su persona antes del almuerzo. «¿Ir al estudio de Píese? Sí; tal vez esto es lo mejor. Píese habrá leído ya los periódicos de la mañana y tendrá noticias. ¡Qué actividad la de ese muchacho! Por las noches se le ve en todas partes hasta muy tarde, y por la mañana, a las ocho y media, está ya en su taller, modelando cabezas de Medusa o figurillas atormentadas a la Baudelaire... ¡Y con talento! Un talento especialísimo, más ideológico que plástico, hecho de quintaesencias, de refinamientos y de rarezas; un verdadero talento moderno... Sí; lo mejor es hacer una visita a Píese».

Antes de ponerse el gabán y el sombrero, Robert se examinó largamente en el espejo, «para no tener más que cincuenta y tantos años —pensó—, ya comienzo a estar algo viejo. Pero aún soy aceptable ¡qué demonio! y además, mi cabellera es siempre abundosa... ¡Nada! Mientras no esté calvo, no renuncio a hacer conquistas o, por lo menos, a tratar, de hacerlas. Muchos de mis compañeros que están más viejos y mas feos que yo, tienen todavía veleidades donjuanescas. Al lado de Sarcey y de Rochefort casi soy un Adonis y un pollo... ¡Un pollo algo feo!... Feo, pero simpático; ¿no te parece, Margot?».

Robert se burlaba de su propia figura y de sus más íntimos defectos diciéndose a sí mismo y diciendo a los demás lo que la hipocresía personal acostumbra, en general, ocultar cuidadosamente. Por eso le llamaban cínico y por eso se creía el más franco que los demás.

Al entrar en casa de Píese, una criada le dijo que «el señorito» estaba aún en el lecho.

—No importa —repuso el periodista—, voy a despertarle enseguida.

—Es que...

—Nada, nada: yo pertenezco a la policía secreta; para mí no hay misterios.

Y diciendo y haciendo, penetró en la alcoba de su amigo con el bastón levantado en actitud amenazadora:

—¡Arriba, perezoso, hombre que puede dormir con la conciencia intranquila, arriba!... ¡Y qué olor tan terrible el que hay aquí! ¡Almizcle a dos pesetas el litro y mujer a dos duros la noche!... ¡Arriba!

Al oír las palabras truculentas del periodista, Píese se despertó sobresaltado y entreabrió las cortinas de la cama. A su lado, una muchacha, robusta y fresca, frotábase los ojos con las manos, preguntando «quién era aquel loco».

—Es mi padre —dijole en voz baja el escultor.

—¿Tu... qué?...

—¡Mi padre, chica, mi padre; estamos perdidos!

Ella sonreía con una sonrisa amodorrada e incrédula.

—¡Sí, señora! —exclamó Robert en voz muy alta—. Yo tengo la desgracia de haber engendrado a este caballero

que deshonra mis canas y ahonda mis arrugas, echándose, como un loco, entre los brazos de la primera condesa que le hace la corte. ¡Se lo juro a usted, señora!

La rolliza muchacha, ya del todo despierta, con el pecho redondo y poderoso fuera de las sábanas, miró al periodista; miró en seguida al escultor y, soltando una carcajada que dejó ver sus dientes blancos y cuadrados, dijo a su compañero de lecho:

—¿Tu padre? ¡Pero si es más joven que tú, hombre!

—Y más bello, ¿no es cierto?

Robert seguía bromeando, pero su vanidad sentíase halagada por la frase de la desconocida. Un sentimiento muy hondo llenaba de orgullosa alegría todo su corazón.

Píese echó de ver la dicha pasajera de su amigo, cuando este se acercó al lecho llevando en las manos las prendas de vestir de la chica, para que ella no tuviese necesidad de molestarse yéndolas a buscar al otro extremo de la estancia y, sobre todo, cuando más tarde les invitó a almorzar a ambos.

—¿Aceptas tú, Píese?

—Con mucho gusto.

—¿Y tú, duquesa?

Ella también aceptó con verdadero placer, segura de que «aquel tipo elegante» los llevaría a un restaurante del bulevar (a un restaurante *chic* pensaba la pobre).

Durante el almuerzo, Robert mostróse tan satisfecho como alegre, haciendo bromas a propósito de todo, elogiando la fresca hermosura de su invitada y dando conse-

jos artísticos a su amigo. Luego, en cuanto la chica se hubo marchado, y ya en la intimidad casi desierta de una sala de redacción, habló a Píese de sus proyectos y de los planes de Carlos.

—¿No lo ves? —decía el pobre satírico—; yo suelo experimentar deseos violentos como los de todo el mundo. El demonio de Margot me tiene medio loco; pero no creas que estoy enamorado de ella, ni mucho menos. ¿Quererla?

¡Pues no faltaba más! Al contrario, la detesto con toda el alma, y su frialdad me repugna. Pero la necesito físicamente; quiero estrecharla entre los brazos; quiero morderla, quiero estrujarla toda una noche... Al día siguiente me burlaré de ella como de una corbata usada o de una copa vacía.

—Ten cuidado —respondióle Píese—, porque en muchas ocasiones la sed, en vez de calmarse, se agrava. Así, por ejemplo, yo creí que una vez que hubiera dormido con Gabriela...

—Tú eres un niño —terminó Robert—. Ya verás.

VI

«¡Ya verás!».

Píese «había visto», en efecto. Había visto a su pobre amigo, en el banquete preparado por Carlos, sentándose junto a Margot y cortejándola humildemente, como un vulgar mendigo de caricias. Le había visto gozoso cuando ella se mostraba alegre y grave cuando ella se mostraba triste. Le había visto, en fin, marchándose muy tarde para acompañarla..., sin duda, hasta su puerta...

Porque el escultor conocía a fondo a todas sus amigas y estaba seguro de que Robert no era, ni con mucho, hombre capaz de conquistar a la chiquilla viciosa y calculadora, cuyo singular amor propio consistía en encender ardientes deseos para no satisfacerlos nunca.

Acordábase Píese de la historia lamentable de un joven pintor italiano, cuya pasión por Margarita hablase hecho popular entre los artistas de Montmartre tres años antes. Todas las noches el pintor y Margot se paseaban juntos por los cafés artísticos de París, dándose el brazo como dos novios. Él iba poniéndose cada día más flaco. Ella, siempre fresca y ruidosa, sonreía eternamente. Una mañana Píese se encontró con ambos en una calle desierta de la Montaña Sagrada, y los felicitó por haberse levantado tan temprano.

«¡Levantarnos! —exclamó ella escandalizada—. ¿Acaso nos acostamos juntos nunca?» Y él agregó con trágico acento: «¡Nunca!... Algunos meses más tarde, la misma chica había contado en una taberna de bohemios, con la más desdeñosa indiferencia, que su enamorado acababa de suicidarse por ella.

Píese recordó las palabras de Margot: «Es un necio; se ha matado, porque no le quise amar. ¡Como si yo fuera una mujer capaz de amar a un hombre!».

Y repitiéndose esta confesión ingenua y cínica, el escultor de Medusas tuvo miedo de que su amigo, el sutil ironista, pereciese también a causa de aquella morena más menuda que una canéfora de Tanagra y más terrible que una hetaira de la decadencia. «—¡Pobre Robert!»— se dijo.

¡Pobre, realmente!

Desde la noche en que, obedeciendo a la voluntad de Carlos, había tratado de dormir con Margot, el terrible y desengañado periodista convirtiéndose en adorador apasionado de la mujer que antes sólo le inspirara deseos voluptuosos y repugnancias sentimentales.

Al salir de casa de la Muñeca para acompañar a la chiquilla, su alma era aún un alma fuerte. Al llegar a Montmartre, después de haberse embriagado con el perfume de los negros cabellos y haber acariciado, en el fondo del carruaje, las formas diminutas y redondas, su voluntad había menguado ya y su corazón no era sino un pobre corazón de poeta adolescente.

—¿En dónde vives tú, Margot?

—En Montmartre.

—Yo también.

—Entonces, te dejaré en tu casa.

—No, déjame en el café de Atenas..., si no quieres venir conmigo... Es alegre, ¿sabes?

—¡Ah!

—Sí; muy alegre...

Y él, que pensaba dar su dirección al cochero, había dado las señas de ese café, y había entrado en él con su compañera, y allí había pasado toda la noche oyendo canciones imbéciles y tomando copas de champaña, hasta que, por la mañana cuando la luz del día comenzó ya a revelar las arrugas de las mujeres que reían a su lado, Margot le dijo:

—Acompáñame.

—¿Adónde?

—A casa.

Y una vez en la puerta de su vivienda, Margarita le había dado un beso, diciéndole que se marchase y que volviera a buscarla, para almorzar, al día siguiente.

—¿Volver? —decía Robert al acostarse. ¡Pues no faltaba más! Pero había vuelto al día siguiente y los otros días, siempre muy temprano; y por la noche la había acompañado de nuevo hasta la puerta de su casa, sin atreverse nunca a dar al cochero las señas de la suya propia.

Carlos, que estaba al corriente de todo, decía a su amigo:

—¡Eres muy tonto, chico, muy tonto! A estas mujeres es necesario violarlas o comprarlas. ¿Tú no la quie-

res comprar? Está bien; pero, entonces, vióla o déjala tranquila.

—¿Qué sabes tú? Yo lo haré todo a mi manera.

Las respuestas de Robert eran tan autoritarias, que nadie volvió a hablarle del asunto, hasta que algunos meses más tarde él mismo contó su triste aventura en casa de Carlos, ante Liliana y Rimal:

—La del Campo —dijo— se ha burlado de mí más y mejor que nadie en el mundo. ¡Demonio con la niña! ¡Si la hubieran visto ustedes haciéndome mimos, asegurándome que nadie le era más simpático que yo, dejándose acariciar las manos, «encendiéndome», en fin, con un arte refinado y cruel que sólo las malas mujeres poseen! Todos los días figurábame que era llegado el momento de hablar con seriedad; todas las mañanas jurábame que aquella noche... Y luego, al salir del café, un nuevo fiasco: un beso ligero, un «hasta mañana», una sonrisa, y yo, ante la puerta ya cerrada, avergonzado, escuchando el ruido de sus pasos en la escalera... Más de una vez tuve celos de todo..., pero se reía tan francamente de mis cavilaciones, que un momento después de habérselas dado a conocer, sentía vergüenza de mis ideas.

«¿Querer a otro? ¡Pues no faltaba más!» Ella no quería a nadie. Ella no quería más que a la Muñeca como a una hermana y a mí como a su mejor amigo. Pero yo la quería de otra manera. «Ya veremos —suspiraba ella—; ya veremos... más tarde... Dios sabe... quizá». ¡Que se la lleve el diablo! Ayer, cuando en un ultimátum apasionado le dije que o ve-

nía a acostarse conmigo o toda nuestra amistad se acababa, me respondió, riendo a carcajadas: «¿Dormir contigo? ¡Estás chiflado! Yo, que no he querido entregarme a una multitud de chicos que me gustan de veras, menos me he de dar a ti. ¡Ah, no!». Y me volvió la espalda y me dejó plantado en el café, sin decirme siquiera «buenas noches». ¡Demonio de mujercita!... Pero más vale así, porque algunos meses más de esta existencia de sed nunca saciada y de apetito nunca calmado, me habrían conducido a la locura o a la imbecilidad... ¡San se acabó!».

Cuando Robert hubo narrado así la leyenda de su fatal idilio, Carlos y Rimal, que conocían el fondo doliente y fogoso de su alma, pusiéronse tristes. Liliana, en cambio, mostróse satisfecha, y dijo, sonriendo con orgullosa discreción:

—¡Un diablillo la tal Margot, no hay duda; pero es tan simpática..., tan simpática!

VII

En la casita de las inmediaciones de París, que Lilitiana había alquilado con objeto de hacerse un nido tibio y discreto, las risas cristalinas, las alegres canciones y los besos juveniles, resonaban ya con menos frecuencia que en los primeros tiempos.

Aparentemente la Muñeca era siempre la misma, pero en el fondo iba operándose en ella un cambio que Carlos no sabía a qué causas atribuir. Las palabras que antes la hubieran chocado, parecían ahora gustarle; su nervosidad, casi morbosa, exaltábase cada vez más; su humor variaba con una facilidad y con una frecuencia verdaderamente inquietantes.

«¿Qué tendrá la pobrecilla? —preguntábase angustioso Llorede—. Ya no es tan alegre como antes».—Y para tratar de devolverla su antigua alegría ingenua, mostrábase más rendido que nunca, redoblando sus caricias y sus galantes mimos:

—¿Me quieres, Lili?

—Te quiero mucho, Carlos.

—¿Con todo tu corazón?

—Con todo mi corazón...

Las palabras eran idénticas y también eran idénticos los juramentos, las preguntas, las promesas:

—¿Serás mía toda la vida?

—Toda la vida. ¿Y tú?...

—¡Toda la vida!

Siempre fogosa y mimosa, Liliana recorría, entre los brazos de su amante, el camino que del deseo lleva al espasmo, con un ardor agonizante; pero, abandonándose menos y exigiendo más, hubiérase dicho que ya no consideraba a Carlos como a un compañero de placer, sino como a un esclavo encargado de proporcionarle sensaciones fuertes y raras. A veces Llorede parecía fatigarse antes que ella en la lucha deliciosa de los sexos. «¿De veras?» «Sí; de veras..., ¡Estoy muerto!» Y Liliana, no obstante, exigía esfuerzos sobrehumanos para satisfacer su propio apetito aún no saciado. Otras veces, por el contrario, ella experimentaba un cansancio definitivo antes que él, y entonces sus labios inclementes no ofrecían a los labios enloquecidos de Carlos sino la fría resignación de dos besos pasivos...

Llorede preguntábase sin cesar: «¿Qué tendrá mi mujercita? Hace un año, su único amigo era yo, y ella no vivía sino para mí. Ahora sus tristezas son tan frecuentes como sus caprichos, y en ocasiones parece que mis caricias la impacientan y que mi presencia la llena de inquietud. ¿Estará celosa? No... ¿Por qué?... ¿De quién?... Las mujeres que vienen a vernos no me han inspirado nunca sino un sentimiento de amistad. Margot es la única que, de cuando en cuando, me da un beso y se sienta a mi lado. Pero Margot

es su amiga íntima, su hermanita, como ella dice, su eterna compañera».

El pobre enamorado recordaba ciertas escenas. Un día, al penetrar de improviso en la alcoba, encontró a su querida y a su amiga medio desnudas. «Estamos probándonos un traje nuevo —háblele dicho Liliana—; déjanos solas». Otro día las dos mujeres reían en el salón, cantando canciones sentimentales. Carlos quiso tomar parte en la alegría infantil de su amada, pero al verle llegar, Margarita había exclamado, con su acento atrevido: «¡Aquí no entran los hombres!».

«¿Qué tendrá mi mujercita?». Robert le reveló, al fin, en un momento de franca cólera, lo que tenía su mujercita.

—¡Pero eso es horrible! —gritó Llorede—. ¡Eso no puede ser! ¡Tú te equivocas!

—No —repuso Robert—; no me equivoco. La Muñeca ya no te quiere, o, por lo menos, ya no te quiere como antes... Tú mismo lo hubieras comprendido si no estuvieses ciego cual todos los enamorados. ¿Necesitas las pruebas que reclaman a voces los maridos sin fortuna en los dramas de Scribe? Pues te daré pruebas, chico; tu querida recibe cartas de Margot, y seguramente no las quema, porque las mujeres no destruyen jamás los billetes que pueden comprometerlas. Busca esas cartas si necesitas pruebas. Margarita es un monstruo.

—Hablas así por despecho.

—¡Tal vez! Yo mismo no lo sé. Pero, en todo caso, te digo la verdad: Margot es un monstruo y tu querida es una histérica.

—¡Robert!...

—No te enfades. Entre nosotros la hipocresía es una pura necesidad. Tú conoces mejor que yo el carácter nervioso, impresionable y enfermizo de la Muñeca; tú mismo me has dicho en más de una ocasión, que la creías capaz de todo a causa de su temperamento desequilibrado. Yo también la creo capaz de todo, y a veces sus ojos de lujuria, esos ojos cuya mirada vivía devorando tu cuerpo, inspirábanme vagos y penetrantes temores por ti. Yo la creo capaz de todo, de la castidad más completa, del vicio más estupendo, de todo, en fin, porque sé que su alma es voluntariosa y sensual... Al fin y al cabo, si te separas de ella, mejor para ti. A tu edad esas heridas se curan... Y estando solo, trabajarás, harás algo... En la vida es necesario tener valor.

Carlos no escuchaba ya las palabras de su amigo. Recostado en una butaca, con un cigarrillo entre los labios y aparentemente tranquilo, parecía aletargado. Sus pupilas, dilatadas e inmóviles, acariciaban, sin cólera visible, una imagen lejana. Con la imaginación veía a Liliana de mil maneras: la veía en su lecho, los rubios cabellos sueltos alrededor del cuello desnudo; la veía de pie en medio de sus amigos, sonriente y alegre; la veía grave, la veía colérica, la veía triste. Luego la veía al lado de Margot, en el sofá diminuto del «Círculo de los intransigentes»; la veía con Margot en la intimidad de su *boudoir*; la veía con Margot por todas partes, corriendo como una chiquilla, enterneciéndose como una hermana, besándola como un amante. ¡Liliana!...

¡Margot!... ¿Sería posible? En su visión, los dos rostros juveniles confundíanse, y los rasgos menudos y atrevidos de la una se mezclaban con las perfectas facciones de la otra en una fantástica imagen de ensueño...

Robert seguía hablando:

—Los hombres como nosotros no debieran enamorarse nunca de las mujeres que, al sentirse libres, creen que deben conocerlo todo y que nos encuentran fastidiosos en cuanto ya no poseemos ningún placer oculto que revelarles. Estas mujeres tienen almas de prostitutas. Ya sé que para ti el alma de las cortesanas es un alma como las demás almas, buena y mala, cobarde y heroica, una pobre alma humana, en fin, igual a la de todo el mundo, multiforme y lamentable... Pero eso es literatura, hijo mío. En la vida real, tales almas son fatales, porque nos atormentan con sus fantasías de vorágines. Está bien que despreciemos a las burguesas cuando hablamos de ellas en el café. ¡Oh, la innoble raza de las burguesas, el cocido diario, las patatas del amor, las camisas sin encaje, los besos sin sangre, la vulgaridad y etc.!... Sí, perfectamente. Sólo que para vivir no hay nada superior a las pobres burguesas que paren y que no saben volvernlos locos con sus senos, prematuramente marchitos... Tú estás en condiciones envidiables para casarte, chico... Y luego, ¡qué demonio!... ya encontrarás oportunidades, de cuando en cuando, para ponerle cuernos complicados a tu mujer... que te querrá mucho. El concubinato es odioso. Es necesario volver a tus crónicas, a tus cafés, a tus teatros. Las Lilianas y las Margots son bue-

nas para una noche, pero no para toda la vida. Lo que te sucede ahora, tenía que sucederte algún día, porque supongo que tú no te figuraste nunca que vuestro amor iba a durar eternamente...

VIII

Al volver a su nido, después de oír las revelaciones de Robert, Carlos encontró a Liliana sentada en un inmenso canapé de la biblioteca, entre Píese y Margot.

—El amo llega hoy tarde —dijo el escultor al verle entrar. Y después de una pausa, agregó en voz alta.

—Más vale así, porque si hubiera venido temprano, no habríamos podido hablar con libertad.

—¿Era muy serio lo que decían ustedes? —preguntó Llorede tratando de parecer amable y tranquilo.

—¡Ya lo creo que era serio! —repuso Margarita—. Como que la Muñeca se quejaba de la conducta que observas desde hace algún tiempo. Según parece, te pasas la vida fuera de casa... ¡y Dios sabe en dónde!

Estas palabras tranquilizaron momentáneamente el espíritu de Carlos, haciéndole suponer que si su querida se quejaba de él, era porque le amaba, y que Robert podía muy bien haber acusado a Liliana con objeto de vengarse de Margarita del Campo.

Una exquisita tristeza invadió entonces su alma. «Los hombres son todos iguales —pensó—, y basta con un indicio cualquiera, por insignificante que sea, para hacerles suponer las más inverosímiles infamias. Robert es un buen

amigo, pero su carácter violento y alocado le lleva con frecuencia a cometer injusticias atroces. Lo que me ha dicho hoy no tiene ni visos de verdad...

¿Mi mujercita engañándome con su amiga, entregándose a perversidades contrarias a su naturaleza, convirtiéndose en una viciosa de la decadencia griega? ¡En verdad que está loco mi pobre amigo! Si me hubiera dicho que Lili dormía con Píese o con Rimall!... ¡Pero con Margot!... ¡Qué bárbaro!... Y todo porque Margot le mandó a paseo, burlándose de él!... A menos que haya sido una broma... muy pesada... ¡Y mientras yo lo oía pacientemente, aquí todo el mundo pensaba en mí!».

A pesar de esos discursos que él mismo se hacía mentalmente para tranquilizarse, Carlos experimentaba, sin darse cuenta de ello, una turbación íntima y una congoja nunca antes sentida. En el fondo de su alma la duda iba echando raíces y la imagen de Margot y de su querida confundíanse en su visión formando un grupo obsesionante y obsceno.

Desde que Robert le dijo lo que a él se le figuraba ser la verdad, hasta la hora de cenar, Carlos vivió toda una existencia de crueles tormentos. Y así, cuando Píese le preguntó, en medio de la comida, lo que había hecho en el día, Llorede tuvo la sensación de haber existido durante varios años desde que por la mañana saliera de su casa para ir a visitar a Robert.

La Muñeca y su amiga discutían, con verdadero entusiasmo, a propósito de las modas nuevas.

Carlos no ponía gran atención en lo que las dos mujeres se decían. Ocupado en dar vueltas en el fondo de su cerebro a las ideas que le atormentaban, cultivando sus propias preocupaciones secretas, sólo contestaba con sonrisas forzadas y con frases indiferentes a las preguntas que le dirigían. De vez en cuando, sin embargo, una palabra suelta, un «querido diablillo» dirigido por Liliana a su amiga, un «¡tontita!» lanzado por Margot a la Muñeca, sacábanle de su cruel ensimismamiento para producirle un escalofrío nervioso. «¿Sería cierto?... De que se querían mucho no había duda... ¿Pero quererse con los sentidos, acostarse juntas, engañarle? No, no... ¡Entonces!».

De pronto Píese se fijó en la extremada palidez y en las profundas ojeras que daban aquella noche a su amigo un aspecto de convaleciente, y con aire malicioso, dijo:

—El pobre Carlos no puede ocultar sus exquisitas fatigas. Hoy nos cuenta, con el rostro ojeroso, la historia de su idilio.

—¡Ah! —exclamó Margot irónicamente—. ¡Ah!... Y Liliana, muy tranquila, repuso:

—Si está fatigado es porque se fatiga fuera de casa, pues nuestras noches no tienen, en verdad, nada de terribles.

Llorede se mordió dos labios, colérico y humillado. Luego, para no dar margen a nuevas impertinencias, habló de París, de los asuntos del día, de la sesión de la Cámara de Diputados, en la cual los socialistas y los conservadores habíanse atacado a puñetazos; habló de Gabriel D'Annunzio, a quien había conocido la víspera en un café del bu-

levar; habló de la soberbia actitud política de Emilio Zola; habló de todo, en fin; hizo chistes, dio su opinión sobre los últimos acontecimientos literarios, contó anécdotas picantes, y hasta el fin de la comida fue, entre todos, el más animado y el más elocuente.

IX

Después de haber pasado la noche en vela, preguntándose siempre si aquello sería verdad, examinando todas las circunstancias de su vida amorosa, recordando la expresión de las miradas de Margarita y de las sonrisas de sus amigos, oyendo la respiración de Liliana, razonando consigo mismo, sufriendo, en fin, el más horrible de los tormentos sentimentales, Carlos se levantó con el día.

Cuando comenzaba a vestirse, su querida entreabrió los ojos y le preguntó si tenía intenciones de salir tan temprano.

—Sí —repuso Llorede—, un instante; volveré antes de que tu estés vestida.

Sin decir una palabra más, ella tornó a dormirse, mientras él pensaba nostálgicamente en otras madrugadas análogas, en las cuales su Muñeca había parecido inquieta al verle saltar del lecho. «Sin duda —se dijo—, esta mujer ya no es la misma; ya no me quiere como antes... Pero, aun no queriéndome, puede serme fiel... Y, sobre todo, es tan inverosímil lo que me ha dicho Robert!

En la exaltación de su dolor, Carlos llegó a resignarse a no ser amado, con tal de no haber sido engañado. Su orgullo inconsciente aceptó la perspectiva de la separación, del

olvido, del sacrificio de su propio amor; mas no el sacrificio de su amor propio. Con mucha tranquilidad decíase a sí mismo:

«¡Ya no me quiere; se acabó!». Pero al decirse: «¡Prefiere a otro, a otra; me engaña!», no podía menos de experimentar un padecimiento casi material, que le oprimía el pecho, haciéndole un nudo misterioso en la garganta.

Ya vestido, entró en la biblioteca; quiso leer para huirse a sí mismo; buscó un libro, e instintivamente se dirigió al estante en el cual la Muñeca tenía sus obras predilectas: *La tentación*, de Flaubert; *Thaïs*, de Anatole France; *El triunfo de la muerte*, de D'Annunzio; *Afrodita*, de Pierre Louÿs; *Sonyeuse*, de Lorrain; las novelas de Goncourt, de Maizeroy, de Catulle Mendès, de Daudet... «¡No, no!... ¡Todo eso es inmoral, todo eso es disolvente; eso es lo que ha pervertido a Lilliana!... ¡No!... ¡No!».

Y las escenas de tales libros, los besos de Crisis, el orgullo de Thaïs, los consejos de D'Annunzio, la libertad de Safo, todas las descripciones pasionales que él mismo había considerado como puras obras maestras dignas de ser leídas por el mundo entero, sólo parecíanle ahora dignas del fuego de la Inquisición, por haber contribuido a formar el alma libre, sensual y caprichosa de la Muñeca. Al fin tomó un volumen encuadernado en terciopelo rosa y, sin ver el título, lo abrió y comenzó a leerlo. Era un diálogo (¿de Gyp?... ¿De Lavedan?) Thais aconsejaba a su amiga que no llorase la pérdida de su amante, «porque un amante puede reemplazarse en el acto con otro amante, y

ningún hombre joven y hermoso vale más que otro hombre hermoso y joven».

«¡Excelentes ideas!» —murmuró colérico Llorede, leyendo el título: *Diálogos de las cortesanas*, de Luciano. Luego tomó otro libro más voluminoso y de aspecto más serio, cuya cubierta no ostentaba rótulo ninguno; lo abrió y vio en la primera página el siguiente título: *Justine*, por el Marqués de Sade... «¡Bonitas novelas lee esta mujer!».

Iba a buscar otra obra, cuando Alina penetró en la biblioteca llevando las cartas que el correo acababa de traer y que eran para él. Al reconocer en el sobre de una de ellas la letra de Robert, abrióla ansiosamente con una vaga esperanza de excusas ideales.

«Querido Carlos —decía el periodista—: Te escribo a casa de Liliana sin saber a punto fijo si aún vives allí. Te escribo para confirmarte todo (todo, hijo mío), todo lo que te dije esta mañana. Yo creo que es cierto: que tu querida y la que no quiso ser mi querida, acuéstanse juntas. ¡Lo creo firmemente! Sin embargo, te ruego, en nombre de nuestra antigua amistad, que no digas una palabra (si aún no la has dicho) antes de buscar una prueba. Cuando te marchaste casi sin saludarme, me arrepentí de haber sido franco; mas a medida que pienso en tu situación, me convenzo mejor de que hice bien. Cuenta conmigo para todo, en todo caso, toda la vida, y perdóname si te he hecho mucho daño. Ven en cuanto puedas a darme un abrazo, o mejor dicho, a recibir los que yo quiero darte. Tu Roberto.

El primer impulso de Lloreda fue llamar a un criado y mandar buscar un carruaje con objeto de ir a París, a casa de su amigo. No lo hizo empero porque tuvo miedo de leer en el rostro de los servidores de Liliانا una revelación irónica e insultante. Se quedó quieto en la biblioteca, hojeando libros, leyendo de nuevo, de vez en cuando, algunas frases de la carta que había recibido, dejando que la lucha formidable de sus dudas siguiese atormentándole interiormente. «¿Será posible? ¿Será posible?».

Al fin tomó una determinación definitiva: (hablar francamente a Liliانا del asunto. «En cuanto se levante —pensó—, le diré mis penas y mis suposiciones». Pero no lo hizo; no se atrevió a hacerlo. Almorzó al lado de su querida, le dirigió mil interrogaciones que no tenían que ver nada con su idea fija; le habló de Robert, de Rimal, de Píese; le habló de política y de literatura, le habló de todo y no le habló de nada...

«Soy un niño —dijose al salir del comedor—, no le he explicado las razones de mi frialdad y de mi mal humor. Enseguida lo haré». Mas tampoco lo hizo en seguida.

Al fin, a eso de las cinco de la tarde, cuando Alina principiaba a encender las lámparas, Carlos dijo con una frialdad temblorosa a su amiga:

—Lee eso —y al mismo tiempo le entregó la carta que había recibido por la mañana.

La Muñeca comenzó a leer con indiferencia; en seguida leyó con atención; luego leyó en alta voz sonriendo, las últimas frases acusadoras: «Cuando te marchaste casi sin

saludarme, me arrepentí de haber sido franco; mas a medida que pienso en tu situación, me convenzo mejor de que hice bien». Al fin, una carcajada sarcástica brotó de los labios de Liliana.

Carlos permanecía ante ella de pie, como petrificado.

Después de mirarle en silencio con sus grandes ojos catalépticos, la marquesa exclamó enérgicamente:

—Bueno ¿y qué?

—Nada... Que necesito que me digas si es cierto lo que Robert asegura con tanta insistencia.

—¿Y qué es lo que asegura? Yo no veo que asegure nada.

—Sí, Lili, sí. Asegura que tú y Margot...

—¿Qué? —interrumpió ella colérica. Haciendo un esfuerzo, Carlos prosiguió:

—Os acostáis juntas y os burláis de mí. ¿Es cierto? Dime la verdad, Lili... Mi Lili..., dime la verdad...

—Eso no merece respuesta ninguna.

—Sí; es necesario... Te exijo una respuesta, una prueba..., algo que me tranquilice o que me confunda. ¡Necesito saber lo que has hecho!... ¡Te lo ordeno!

—¿Me lo qué?...

—¡Te lo ordeno!... ¡Te lo ruego!... ¡Lo imploro!...

—Pues bien: no tengo nada que decirte. Yo soy libre. Puedo hacer lo que quiera. Nadie debe ordenarme nada... ¿Darte cuenta de mis acciones? ¡Pues no faltaba más! Lo único que te digo es que quiero a Margot tanto como a ti, y que si eso te incomoda, puedes abandonarme.

—Entonces...

—Entonces lo que se te antoje. Y después de todo, hace mucho tiempo que hubieras debido comprender que ya nuestro amor estaba muerto.

Con una tranquilidad súbita, Carlos repuso:

—Muerto... Muy bien. Me marcharé ahora mismo para dejarte sumida en tu fango...

—¡Ah! —rugió Liliana—, ¿mi fango? Pues hace algunos días te parecía muy agradable mi fango... Y, después de todo, si quieres quedarte aquí, me marcharé yo misma... Te regalo los muebles, mira, y la casa también, si la quieres... ¡El fango!... ¿No quieres la casa?... ¡Mi fango!...

X

Con una serenidad de que nadie le habría creído capaz en semejante situación, Carlos salió para siempre de su nido, tarareando una canción a la moda:

«¡Montmartre es la mitad del mundo y
París la otra mitad!».

En la puerta encendió un cigarrillo. Algunos pasos más adelante, detúvose para comprar los periódicos del día. Luego echó a andar hacia el bosque de Bolonia, cuyos árboles sin hojas erguían sus ramas amarillas en la obscuridad friolenta de la tarde invernal... ¡Anduvo, anduvo, anduvo! Atravesó los senderos desiertos que van a la cascada; pasó frente a los cafés de la alameda de las acacias; bordeó los lagos... Anduvo durante varias horas sin pensar en nada, sin sufrir, sin atormentarse interiormente, gozando de una manera mecánica del aire, de los perfumes campestres, de las músicas lejanas, moviéndose como un autómatas, en fin, y no sabiendo a punto fijo de dónde venía ni adónde iba... Anduvo, anduvo...

De pronto, un relámpago de cólera pasó por su cerebro. «¡Miserable!» dijo en voz alta, pensando, no en la mujer que

le había engañado, sino en el amigo que tuvo la franqueza brutal de abrirle los ojos a la realidad.

Ya cerca de París, al contemplar en el horizonte las filas interminables de farolas encendidas que corren desde la puerta Maillot hasta el Arco del Triunfo y que luego se esparcen a lo lejos en un aleteo luminoso de puntos dorados, al verse cerca de la gran ciudad gris, ruidosa, febril; al pensar en la tristeza de su porvenir, no pudo contener las lágrimas y comenzó a llorar de pie en medio de la ruta, como un niño que hubiera perdido a su madre y que no supiese a dónde ir.

Realmente no sabía a dónde ir... Lo había perdido todo, había perdido la paz del alma, la tranquilidad del espíritu, la dicha... ¿La dicha? ¡Si no fuera más que eso! Había perdido el único objeto de su existencia y el único ideal de su vida. ¿Qué iba a ser de él en adelante? Ni aun a preguntárselo a sí mismo se atrevía. ¡El futuro! ¿Acaso existe el futuro en esos casos? Lo que le martirizaba era el presente con su realidad solitaria y su recuerdo del pasado venturoso.

Porque Carlos había olvidado por completo las dudas, los celos y los tormentos de la víspera, para no recordar sino la época paradisiaca durante la cual su vida había sido un idilio perpetuo, un abrazo sin fin, una interminable caricia, una embriaguez perenne de los sentidos y un eterno embeleso del alma... ¡Oh! ¡Aquellos días! ¡Aquellos días en que todo sonaba a sus oídos como un divino epitalamio, en que el sol no parecía brillar sino para dar más esplendor a la cabellera de Liliana, en que el aire parecía traer en sus alas,

besos, suspiros, alientos tibios!... Y viviendo de nuevo, con la imaginación, todo su pasado adorable, Carlos sentíase sin fuerzas para soportar el aislamiento... Y de sus párpados las lágrimas resbalaban, abundantemente, bañando su rostro crispado y lívido.

«¿A dónde ir?». No lo sabía... «¿A dónde ir? ¿A qué?». Su vida no tenía ya objeto ninguno...

Una chiquilla friolenta y enfermiza se acercó y le pidió, «por el amor de Dios, una limosnita». Instintivamente y sin volver siquiera hacia ella los ojos llorosos, Llorede sacóse del bolsillo una moneda y se la dio. Un instante después, la chiquilla. Volvió sofocada diciendo: «¡Caballero! ¡Caballero!». «¿Qué quieres?». «Que se ha equivocado usted, caballero, y que me ha dado una pieza de oro». Este rasgo hizo sonreír al amante sin fortuna. «Guárdala, niña, es para ti». Y luego, dándole otra moneda de cuatro duros: «Esta también es para ti; toma». La niña harapienta se echó a los pies de su protector y le besó las manos con un entusiasmo que tenía algo de hambriento.

Esta escena desgarradora en su rápida simplicidad, consoló momentáneamente a Carlos, haciéndole ver que no sólo él era desgraciado en el mundo. «¡Dios sabe! —exclamó dirigiéndose con una solemnidad macabra a un árbol— tal vez el porvenir me reserva el goce de dejar de sufrir, que para mí es más necesario que el goce de gozar». Enseguida notó que Baudelaire había dicho aquello antes que él, y su plagio involuntario le obligó a pensar, por una literaria asociación de ideas, imposible de analizarse, en sus ami-

gos, en los cafés artísticos, en las borracheras de vino, de luz y de carcajadas que habían constituido su vida en otro tiempo.

Al llegar a la puerta de Neuilly, tomó un coche y se hizo llevar a una taberna de Montmartre, en la cual comían algunos literatos con sus queridas y dos o tres pintores con sus modelos.

—Allí —pensó— al menos no estaré solo.

Al volver a su casa de soltero, después de las cuatro de la madrugada, habiendo ya apurado muchas copas de champaña y habiendo, sobre todo, dicho muchísimas tonterías, acostóse en un diván, cantando estribillos estúpidamente obscenos...

Y sin quitarse la ropa, se quedó dormido.

XI

Al romper con una violencia imprevista los lazos sentimentales que la unían a Carlos de Llorede, Liliana experimentó de nuevo la sensación complicada de libertad dichosa y de cruel melancolía, que la muerte de su marido habíale producido algún tiempo antes.

Su alma sentíase libre, completamente libre, y el horizonte se ensanchaba ante ella, permitiéndola respirar a su antojo. «¡La independencia!». Pero al mismo tiempo una vaga congoja oprimía su pecho, llenando de amargura todas las esperanzas de vida libre que su deseo acariciaba.

Por otra parte, su independencia no era completa, puesto que Margot seguía siendo para ella la compañera tiránica y hábil que, sin exigir nada, sin ordenar nunca, pareciendo siempre dispuesta a someterse, impedíale usar en absoluto de la libertad y entregarse a sus propias curiosidades vertiginosas.

Haciendo a veces un esfuerzo, la Muñeca trataba de probarse a sí misma que ninguna voluntad podía oponerse a la suya, y creyendo ejercer un acto enérgico, marchábase a París sin esperar a su amiga y regresaba luego muy tarde, dispuesta a no dar explicaciones de ningún gé-

nero en caso de que Margot la interrogara sobre sus largos paseos solitarios.

Pero Margot era bastante inteligente para comprender el peligro que las exigencias hubieran hecho correr en ciertos casos a su amistad, y así, en vez de enfadarse a causa de los caprichos de la marquesa, hacía la indiferente y se mostraba siempre satisfecha.

—La señora ha salido sin decir a qué hora volverá —decíale Alina. Y ella contestaba sonriendo:

—Está bien... La esperaré un instante en la biblioteca.

Al encontrarse sola, Margarita continuaba sonriendo, no ya con la sonrisa casi infantil que sus labios tenían ante los demás, sino de un modo irónico y orgulloso. Mentalmente decía: «Hay algo que cambia en el corazón y en el cerebro de Liliana. Ella cree que ha hecho un acto heroico al separarse de su amante; cree que ha recobrado su libertad, y trata de hacérmelo ver... ¡No importa!

La marquesa no experimentaba ningún deseo fijo y definido.

Sólo una idea era en ella neta: la voluntad de ser libre y de gozar sin reserva alguna de su libertad. En cuanto a los medios de realizar su deseo, no los conocía. Su proyecto de vida por venir semejábese a un vasto plano de futura ciudad, en el cual un ingeniero no hubiese trazado sino el alineamiento general, dejando libre campo a la fantasía y al azar para la construcción de los edificios.

Viva y calculadora, Margarita sabía aprovechar el estado de ánimo de su amiga para conducirla hacia la vida de

aventuras frívolas que, rompiendo su energía e inspirándole el cansancio de las caricias masculinas, asegurasen al mismo tiempo el olvido completo de Carlos.

Un día Liliana le preguntó:

—¿Estás contenta de mí?

—Sí; muy contenta, contentísima... ¡Te quiero tanto!

—repuso Margot— pero...

—¿Pero qué?

—Pero estoy inquieta...

—¿Inquieta? ¿Y por qué?

—Porque no creo en que vuestra ruptura sea definitiva, y porque estoy segura de que más tarde, dentro de una semana, dentro de un mes, dentro de un año, siempre demasiado pronto para mí, te reconciliarás y al reconciliarte..., déjame hablar... al reconciliarte con él, tendrás que renunciar por completo a tu pobre Margot. Yo sé lo que me digo, conociéndote como te conozco y sabiendo que tienes necesidad de un hombre. Yo también tengo necesidad *de eso*, a veces; pero yo no soy una sensitiva como tú, y cuando el deseo de caricias brutales está colmado en mi cuerpo, mi alma queda libre de toda influencia. Verte cada día en los brazos de un hombre distinto no sería para mí tan cruel como verte durante meses y meses al lado del misino amante. Además, entre Carlos y tú hay un lazo indestructible, que os unirá siempre y a pesar de todo...

—¿Un lazo?

—Sí. Carlos ha sido tu iniciador.

—¡Pero si yo había sido casada antes de conocerle!

—No importa. ¿Acaso te he dicho qué fue el primero que te dio un beso? Entre el que revela los misterios carnales y el que inicia en la locura del placer, hay una diferencia muy grande. El marido o el amante que nos posee antes que nadie, no suele ser el iniciador. La primera caricia no nos deja, por lo general, sino un recuerdo cruel y brumoso..., la primera caricia material, digo... Por eso las mujeres engañan tan a menudo a sus esposos. En cambio, el hombre escogido por nosotras mismas, cuando ya hemos pertenecido a alguien, el que nos ayuda a saborear por primera vez todos los goces, el iniciador, en fin, es inolvidable. Para mí el marido es el «desflorador» y el amante el «iniciador». Olvidar al marido es fácil. Olvidar al amante es imposible.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Pues es que tengo la idea de haber leído ya todo eso. Luego prosiguió:

—No sé; tal vez...; al fin y al cabo esto lo ha repetido todo el mundo, porque es verdad... Si no pudiésemos decir sino cosas que nadie ha escrito, es probable que no diríamos nunca una palabra... Pero esto es verdad, Lili... ¡Ya lo ves! Al fin y al cabo, no es por molestarte por lo que te lo digo, puesto que la víctima de todo seré yo... ¡Yo, que no te podré volver a ver cuando Carlos se reconcilie contigo! ...

La Muñeca se puso de pie, nerviosa; cogió a su amiga por los brazos, y obligándola bruscamente a levantarse, le dijo:

—Vas a prometerme...

—¡Oh, lo que quieras, Lili, lo que quieras!

—Déjame hablar, mujer... Vas a prometerme que no volverás a pronunciar nunca el nombre de Carlos en mi presencia.

—¿De veras?

—Sí. ¿Me lo prometes?

Margot echó los brazos al cuello de la marquesa, y besándole los ojos, los cabellos, los labios, concluyó:

—Te lo prometo... Te lo juro... Sí..., mi rica... La que más sufre pensando en *eso*, soy yo..., que te quiero tanto, tanto... ¡Rica!...

A pesar de tal promesa, Liliana y Margarita hablaban con mucha frecuencia de Llorede, a propósito de mil y mil recuerdos inolvidables.

XII

Sentadas ante la mesa de uno de los ruidosos restaurantes parisienses que no cierran sus puertas en toda la noche, Liliana y Margarita acababan de cenar alegremente, hablándose al oído como dos enamorados, dándose, con ternura, las más expresivas gracias con cualquier pretexto; sonriendo siempre al dirigirse la palabra, rozándose con las piernas y estrechándose, de vez en cuando, las manos.

Al lado de ellas, una infinidad de mujeres pintadas y de hombres medio borrachos, bebían, gritaban, acariciábanse, preparaban planes lascivos para ejecutarlos algunas horas después, y discutían en voz alta el precio de un beso o de una noche.

A cada instante veíase entrar una nueva pareja o un nuevo grupo.

La atmósfera ardiente estaba cargada de perfumes fuertes y embriagadores, entre los cuales sobresalía el olor de la carne femenina, de la carne amorosa y limpia, ese olor tan especial y tan variado, suave y acre a la vez, olor de morena, olor de rubia, olor de piel madura y de piel adolescente; olor de cuerpo frío, de cuerpo vertiginoso; olor de cabelleras y de brazos; moléculas penetrantes de verbena, de cloroformo, de jazmín, de rosas encarnadas, de ámbar

gris; esencias misteriosas y emanaciones sin nombre, toda la gama, en fin, de aromas sutiles, de aromas secretos, de aromas alucinantes, que componen el *odor di fémina*, y que, flotando en aquel espacio reducido, convertían el ambiente en diáfana red de irresistibles sugerencias...

La Muñeca respiraba con voluptuosidad en aquella atmósfera cargada, en la cual hasta el humo de sus cigarrillos parecía exhalar un perfume capitoso de plantas orientales.

—¿No te parece raro este restaurante? —le preguntó Margarita, llenando de nuevo su copa de *chartreuse* y de menta verde.

—A mí me gusta más que ningún otro.

—A mí también. Todo el mundo está contento; todo el mundo ríe. Yo me siento más feliz y más libre que nunca a tu lado. Tú conoces a muchas de estas gentes, ¿no es cierto?

—A muchas no, pero sí conozco a algunas... A esos que están allí, junto a los músicos, sí que los conozco...

—¿Los músicos? ¿En dónde hay músicos?

—Todavía no han principiado a tocar. Es curioso que no principien sino después de las dos de la madrugada... ya los verás. Allá, donde están los dos tipos de quienes te hablaba.

—¡Ah, sí! ¿Y quiénes son ellos?

—El moreno es hermano de Sara, la del Teatro Francés; ¿no has oído nunca hablar de ellos? Figúrate que viven juntos.

—¿Él y Sara?

—Sí, los dos, en la misma alcoba. Viven como Caín y su hermana. ¡Y lo extraordinario es que no lo niegan!

—Es curioso. Yo no sé si sería capaz, aun estando enamorada de mi hermano. ¿Y tú?..

—Yo tampoco, pero ¿qué sabe una? ¡Hay tantos ejemplos! Sara me respondió, un día que yo le hablaba de su situación, citando a lord Byron y a otros muchos grandes hombres que han vivido con sus hermanas.

—Sí...

En una mesa contigua a la de Liliana, dos chicos que no parecían tener más de diez y ocho años, apuraban a grandes sorbos sendos jarros de cerveza, contemplando con embeleso el espectáculo del vicio que se ofrecía a sus ojos adolescentes. Ambos eran rubios y muy pálidos, con rostros linos y atrevidos de andróginos lascivos. Las mujeres, al pasar, les acariciaban los cabellos llamándoles «señoritas», o aconsejándoles que fuesen a acostarse con sus mamás. Ellos levantaban entonces las manos, y con un gesto rápido y simultáneo, acariciaban el pecho o las piernas de sus interlocutores, para probarles que ni eran «señoritas», ni tenían deseos de dormir.

De pronto, uno de ellos, el más joven, sacó de la faltriquera un tabaco inmenso, y dirigiéndose a la Muñeca, que seguía fumando, le pidió fuego irónicamente:

Liliana le dio su cigarrillo con una gravedad cómica, diciéndole.

—Tome usted, caballero, y salude en mi nombre a sus hijos.

El chico encendió su puro y devolvió el cigarrillo. Luego, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, repuso:

—No; yo no tengo hijos, porque mis mujeres son incapaces de hacerlos.

—¿Y usted, señora, tampoco los tiene?

—Dos, mayores que usted.

—¡Oh! ¡No puede ser, señora! Figúrese usted, que yo cuento ya diecisiete años cumplidos.

—¿De veras, caballero? ¡En verdad que es usted un hombre maduro!

Margot reía a carcajadas contemplando la gravedad insolente del chico y oyendo las respuestas funambulescas de la Muñeca.

Liliana continuo:

—¿Y viene usted con frecuencia a este restaurante?

—De cuando en cuando, para hacer una conquista... Esta noche, las únicas mujeres que me gustan son usted y su amiga.

—¿Y querría usted conquistarnos a las dos? Para un hombre viejo, como usted, debe de ser difícil contentar a dos mujeres en un mismo día. ¿O tengo acaso el gusto de hablar con el mismísimo caballero de Casanova?

—Deme usted un beso...

—Con mucho gusto, y dos también; pero mejor sería que viniesen, usted y su amiguito a sentarse al lado nuestro.

Margot, siempre riendo, intervino:

—¡Me parece! En vez de decir tonterías de hacer el señorón, ven con el otro a tomar una copa, hijo.

Al cabo de un cuarto de hora de charla, sentados ya los cuatro ante la misma mesa, los chicos habían perdido mucho aplomo, comprendiendo que las mujeres que estaban junto a ellos no eran simples cocotas.

—¿No me hablas más de tus mujeres incapaces de tener hijos? —decía Liliana al más joven, acariciándole las manos, mientras Margot estrechaba las del otro, preguntándole su nombre.

Los sensuales violines de la orquesta húngara habían comenzado a modular, en el fondo de la sala, sus quejas prolongadas de lascivia, de pereza, de pasión y de espasmo.

—¿Queréis venir todos a casa? —interrogó la Muñeca a eso de las tres de la madrugada.

Los chicos se miraron las caras, indecisos, como consultándose el uno al otro. Al fin uno de ellos dijo a su compañero:

—Si quieres...

Y el otro, enloquecido por las caricias de Margot, que le había echado el brazo al cuello y que con la punta de la lengua le lamía la oreja, repuso que sí...

—¡Oh, sí!... —tímidamente.

XIII

En la sala de billar del «Círculo de los intransigentes», Píese, Rimal, Delmonte y Robert hablaban de todo y de todos. Hablaban de un drama anarquista de Mirbeau; hablaban de una comedia heroica de Rostand; hablaban de los últimos libros de Zola y de los más impertinentes cancioneros de Montmartre.

De pronto, Píese preguntó a Rimal si había visto a Carlos la víspera en el estreno del Renacimiento.

Rimal contestó.

—Sí, sí le vi... Estaba con el director de la *Revista Parisiense* y con dos actrices del Palacio Real... Pero ¿por qué no viene nunca al Círculo? Se me figura que comienza a envanecerse con sus triunfos. ¿Y la Muñeca?...

—En efecto, ¿qué se ha hecho la Muñeca? —interrogó Rimal.

Temiendo alguna indiscreción hiriente o burlona, Robert tomó la palabra:

—La Muñeca —dijo— no era, en ningún concepto, la mujer que convenía a Llore de... No quiero decir que sea una mala mujer, ni mucho menos... pero, en fin. Carlos necesita algo más sencillo, más natural, menos literario, menos curioso y menos lascivo que aquella diabla. Ustedes, que le

conocen tanto como yo, comprenderán lo difícil que debe de haber sido para nuestro amigo vivir al lado de una mujer caprichosa, orgullosa, ávida de sensaciones raras, casi histérica. Yo le hablé varias veces de eso a Carlos, con una franqueza brutal, y creo que mis consejos contribuyeron a decidirlo...

—Entonces —interrumpió Píese— ¿tú te figuras que fue él quien se marchó y no ella quien le obligó a marcharse?

—¡Ya lo creo que me lo figuro! Como que es la purísima verdad... Pero, en fin, esto no tiene gran importancia... Llorede está libre, comienza a trabajar de nuevo...

—¿Y crees que vive dichoso?

—Dichoso no. ¿Quién es dichoso en este mundo? ¿Eres dichoso tú? Yo no... ni nadie... Pero si Llorede se siente más desgraciado ahora que hace dos meses, no es justamente por causa de la Muñeca, sino por haber tenido que renunciar de pronto a una vida a la cual ya estaba acostumbrado. En general, cuando un hombre se separa de una mujer, lo que más le hace sufrir es el cambio de vida y la idea de que un sentimiento acaba de morir en su alma... Estoy seguro de que Carlos comienza a estar tranquilo.

—Como el agua que duerme... murmuró Delmonte.

—¡Como todo el mundo! ¡Qué demonio! Como tú, como yo, como el vecino... Nosotros tenemos la manía de complicar las cosas más simples y de no querer creer que una mujer que ríe, ríe, en efecto, de buena gana. No, señor, para nosotros esa mujer ríe para esconder una lágrima o para no

gritar, porque la víspera se murió un caballero que fue amigo de su abuelo. ¡Qué sutileza! Carlos está tranquilo, como están tranquilos los mozos de treinta años que acaban de perder una querida bonita y que no han encontrado aún otra bonita querida para reemplazarla. Ya le verás una de estas noches, aquí o en cualquier café, al lado de una chica guapa, muy contento y muy enamorado, bebiendo como un loco, acariciando las piernas de su nueva Dulcinea, haciendo todas las adorables tonterías que hacen los amantes... Pero aun viéndole así, tú te has de figurar siempre que está a punto de matarse. Porque tienes la desgracia de ser un psicólogo... ¡Oh, un psicólogo!... La psicología es una enfermedad terrible que te impedirá siempre ver las cosas tales y como son. Más te valiera ser sencillo y no imitar a Julián Sorel ni a Barrés... Porque mira que es triste eso de ser el discípulo del autor del *Jardín de Berenice*.

Para evitar los discursos malhumorados de Robert, Píese trató de hablar de otra cosa:

—Esta mañana —dijo— vino a mi estudio la marquesa de Tecor, ¿no la conocen ustedes? Es una mujer muy hermosa, muy rica, muy ligera de cascos... ¿Y saben ustedes a qué vino? Pues nada menos que a pedirme que le hiciese su estatua desnuda —«¡desnuda, desnuda!»— decía ella con su noble boca impúdica.

—La conozco —repuso Delmonte—; y, en efecto, es una mujer de impudor helénico. Sólo que ni es muy noble, ni es muy rica... A mí me está debiendo una medalla desde el año de la Exposición. Ten cuidado... a menos que quieras hacer-

te pagar en besos... o en algo más... Y lo que es como belleza, chico, te aseguro que no vale la pena...

—Tú te vuelves cada día más exigente desde que Margot se desnuda en tu taller... Y a propósito, ¿cómo te paga Margot sus bustos?

—Del mismo modo que la marquesa te pagará a ti los suyos. Robert preguntó fríamente:

—¿Tú te acuestas con la del Campo?

—A veces —contestó el escultor—. ¿Estás celoso?

—No.

—Porque si tienes deseos de acostarte con ella, me parece que no es difícil conseguirlo. Se ha vuelto muy caritativa, y hasta Píese ha pasado una noche en su casa.

—¿Yo? —exclamó el aludido—. ¡No, no es cierto!

Robert se había puesto pálido y, sin decir una palabra, miraba a sus amigos y se mordía el labio inferior nerviosamente. Después de un instante de reflexiones silenciosas, terminó, como hablando consigo mismo:

—Aquí el único franco soy yo... y el único imbécil también.

Luego tomó su sombrero, marchose casi sin despedirse de nadie y trató de pensar en algo que no tuviese nada que ver con Margot, ni con la Muñeca, ni con Carlos. «Ya yo estoy viejo para esas tonterías —decíase—. Ahora lo único que me conviene es el amor a precio fijo, a día fijo, a ración fija... Una hora cada semana, en cualquier entresuelo de la calle de Marbeuf, al lado de una mujer que no sea muy joven ni muy bonita, pero que sea blanca, rubia, complaciente y

sin nada de particular en la cara ni en el cuerpo, para que, en vez de dejarme un recuerdo nostálgico, me deje únicamente el consuelo de un apetito saciado... El amor está bien cuando uno tiene veinte años y necesidad de sufrir. Yo ya estoy viejo, viejo, viejo y no tengo ningún deseo de convertirme en un masoquista sentimental. En el fondo, más vale que la tonta de Margot no haya querido ser amable para conmigo, pues sus besos me habrían costado muchas crónicas y, como dice Balzac, ninguna noche de amor vale una página. ¡Balzac! ¡Aquel sí que era un hombre! ¡Jamás una pasión en su vida!... Y Zola también es un hombre que trabaja sin descanso y que se contenta con su mujer. ¡El trabajo! Es necesario vivir alegremente y no atormentarse por las chiquillas que tienen el pecho bonito y los ojos negros... ¡Trabajar! Yo no vuelvo a acordarme de ninguna mujer... ¡oh, no! ¡No!».

Algunas horas después, sin embargo, el pobre periodista sorprendióse a sí mismo acariciando con la imaginación la imagen picaresca y excitante de Margarita, «Soy un necio incurable» —pensó.

XIV

En realidad, Carlos había sido siempre un ser débil, sensitivo y orgulloso, sin ninguna verdadera robustez moral. Degenerado, como casi todos los artistas modernos, no a causa de las condiciones atávicas de su naturaleza, sino por culpa de la vida contemporánea y de la evolución de su propia personalidad en el medio ambiente de la existencia literaria de París, sus cualidades enérgicas habíanse atrofiado de un modo precoz e insensible, en beneficio de sus gustos refinados. La idea del mundo real confundíase en su cerebro con la idea artificial de un orbe fantástico. De esa mezcla de visiones inarmónicas nacía en él una doble personalidad que le impedía conocerse a sí mismo.

«¿Estoy o no estoy locamente enamorado?» —preguntábase con frecuencia; y sus respuestas variaban con cada circunstancia especial. Después de una semana de vida idílica, contestábase: «Sí; estoy enamorado; la quiero mucho, pero loco no estoy»; después de los temores provocados por la visita del notario, o de otro contratiempo cualquiera, decíase: «Estoy loco, loco de amor; no hay duda de que lo estoy!».

Al sentirse abandonado y engañado por la Muñeca, después de sufrir inconscientemente durante algunos días,

trató de sobreponerse a su propio dolor y de analizar su lamentable estado de ánimo. Con una tristeza llena de resignación y de humildad comprendió, desde luego, que la idea que él y los demás se habían formado de su carácter, era la más falsa de las ideas. No, no era hábil, no era calculador; no era escéptico; no carecía de escrúpulos ni era tampoco un simple combatiente en la palestra de la lucha social, dispuesto a triunfar por todos los medios. No, no; no era un futuro explotador de la influencia femenina... No... No era sino un artista, un hombre sentimental, sensual, inquieto, capaz de las más grandes pasiones y de los más dolorosos sacrificios, durante los largos meses pasados en casa de su querida, había saboreado todos los goces y todos los dolores que un amante puede experimentar en la encantadora monotonía de un idilio, y nunca, en esa época, pensó seriamente en que los besos pudieran agotarse. Luego su análisis no le hizo ver sino la persistencia de su pobre amor, que subsistía por encima del desprecio, por encima de la humillación, por encima del odio mismo.

Porque Carlos odiaba y despreciaba a Liliana... La despreciaba, la odiaba, y al mismo tiempo la adoraba.

Por las noches, al acostarse, después de haber absorbido mucho alcohol y mucho humo; después de haber hecho lo posible por olvidarse a sí mismo y por parecer alegre... al acostarse en su lecho solitario, la nostalgia de las caricias gozadas, acentuábase hasta el punto de producirle un verdadero delirio de los sentidos, impidiéndole coordinar las ideas, sumiéndole en un estado de insomnio lascivo e in-

coherente. Figurábase, a veces, que la Muñeca estaba allí, a su lado, ofreciendo al ardor de sus labios la belleza delicada y adorable de su cuerpo complaciente. «¡Lili!... ¡rica!... Dime que me adoras!... Yo te idolatro con toda mi alma, con toda mi carne... locamente... Lili!». Y buscando a la amada, movía el brazo sin dirección fija, como un autómata. Otras veces ocurríasele pensar que Liliana acariciaba a Margot ante su vista, y entonces un impulso rabioso le hacía morderse los labios, llenándole de coraje contra la querida infiel y viciosa, pero sin suprimir en sus sentidos los deseos lascivos... Odiándola o adorándola, figurándose la rendida o indiferente, en fin, siempre sentía, al pensar en ella, al soñar en ella, al verla a su lado con la imaginación, un deseo febril de poseerla, de oprimirla contra el pecho, de respirarla cual flor, de morderla como fruta, de saciar en sus labios la sed que lo devoraba.

En la tranquilidad relativa de sus mañanas, solía decirse: «Lo que lloro en esa mujer no es la mujer espiritual, sino únicamente su carne, el perfume capitoso de su seno, la parte material de su persona, los brazos, los labios... nada más. En cuanto a la parte superior de su belleza, los ojos, la sonrisa, la actitud, casi nunca sueño en ella. Cuando me la figuro decapitada y exánime, sin voluntad, sin fuego y enteramente carnal, la deseo con más ardor que nunca... Lo que me atormenta, pues, no es el amor mismo... Es la Lujuria».

Una noche quiso calmar sus anhelos sensuales en un lecho de ocasión y aunque sin grandes esperanzas de ver-

dadero placer, deseando solamente no dormir en su alcoba solada por la sombra del amor muerto, dejóse seducir por una vendedora de caricias que le ofrecía, en la puerta del café de Montmartre, la mitad de su cama y toda su belleza, en cambio de una pieza de oro. Esa noche Carlos durmió bien, después de haber gozado realmente, como un animal rijoso, entre los hábiles brazos de su compañera. Al abrir los ojos, muy de mañana, experimentó, sin embargo, una melancólica congoja, cual si el acto que acababa de cometer hubiera sido la suprema profanación de su amor por la marquesa; y sin dirigir la palabra a la pecadora, que dormía aún, marchóse precipitadamente, jurándose a sí mismo, como todos los artistas exasperados, que en el porvenir se refugiaría en el trabajo y no buscaría el olvido de sus penas sino en la producción literaria.

«¡Trabajaré!» —se dijo.

Y trabajó, en efecto; pero no sin asociar la imagen de la Muñeca a su labor. Sabiendo que Liliana leía el *Gil Blas*, el *Fígaro* y el *Eco de París*, colaboró de preferencia en tales periódicos. Sin confesárselo a sí mismo con franqueza, escribió pues, para ella, escogiendo al hacerlo las frases que más podían gustarle, las imágenes que más seductoras pudieran parecerle, los asuntos que mejor halagasen su gusto femenino. Trabajó con pasión, encontrando en esa correspondencia indirecta, un alivio a sus males sensitivos.

XV

Al principio Liliana se entregaba a su vida de desorden con un entusiasmo apasionado, no desperdiciando ninguna ocasión de ver un espectáculo raro o de hablar con un hombre original. Todo lo extraño, todo lo misterioso, todo lo infame despertaba su curiosidad enfermiza, hasta el punto de producirle verdaderas crisis de deseo. Los magos discípulos de Pelaban; los místicos compañeros de Tules Bois; los cultivadores de ciencias herméticas; los poetas que glorificaban a Isis y que creían en el abate Vintras; los bebedores de éter y de opio; los pálidos hijos de Tomás de Quincey; los bohemios satánicos a la Baudelaire; los efebos adoradores de su propio sexo, verlenianos o wildistas; toda la gran caravana de la moderna decadencia, en fin, atraía a la antigua marquesa, con el prestigio de sus pecados y de sus refinamientos.

Algunos extraños artistas melencólicos habíanle producido una impresión pasajera y sobrenatural, obligándola a disfrazarse de Ofelia en la penumbra de su alcoba, diciéndole, en el lecho, la leyenda espeluznante de Gil de Rez, mezclando los ritos religiosos a las locuras de la lascivia, convirtiendo su cuerpo desnudo en tabernáculo de ritos ocultos, iniciándola, en suma, con una seriedad increíble,

en los arcanos del placer diabólico. Pero ninguna de tales fiestas del vicio laborioso y artificial, lograba, a la larga, satisfacer por completo sus sentidos.

El último poeta decadente que la había alucinado, con sutiles manejos eróticos, durante toda una semana, era Ernesto Gramont, joven flamenco, autor de un libro sobre *Las devociones carnales*, escrito a la manera de los estudios psicológicos de Pol Demande.

Gramont usaba, en sus relaciones amorosas, de una solemnidad hierática, ejerciendo el «sacrilegio profesional» de un modo instintivo e inquietante. Antes de acostarse, arrodillábase ante la Muñeca y le recitaba sus ruegos amorosos en estrofas de un ritmo severo y no siempre impecable, de cuya magnífica monotonía de órgano surgían, de vez en cuando, gritos agudos de pena o de esperanza, gritos histéricos que duraban un instante, al cabo del cual la mística melopea volvía a desarrollar, en la languidez salmódica de la euritmia, sus cláusulas dolientes y entusiastas de antífona, de himno, de letanía, de plegaria... Creyéndole algo loco, Liliana sometíase a los caprichos de su voluntad quejumbrosa, con una ternura compuesta de piedad cariñosa y de voluptuosa curiosidad. Las mujeres, en general, se sienten más halagadas cuando un amante las compara a la Virgen que cuando las compara a Venus, y todos poseemos, en el fondo del alma, cierta levadura diabólica, que nos obliga a mezclar los ardores terrenales con los anhelos religiosos: «Hay una línea ideal —decía Gramont— en donde la devoción, el amor y el sentimiento de la muerte se confunden».

Y luego agregaba que la más palpable prueba de tal mezcla, eran los celos, que obligaban al hombre a disputar a Dios el corazón de una mujer. Sin ser profundamente religiosa, la Muñeca conservaba, de sus primeros años pasados en un convento, el catolicismo vago que, según la frase de Goncourt, «sirve, como un pañuelo, para enjugarse las lágrimas». Los ardientes discursos en que Ernesto la comparaba con la *Santa Teresa desmayada de amor*, del Bernini, o con la *Santa Catalina desfalleciente*, del Sodoma, producíanle un estremecimiento delicioso. El idilio, tan sacrílego cual breve, terminó como debía terminar a causa de la misma exaltación de los medios empleados por los amantes.

Al volver de una fiesta que había durado toda la noche, Ernesto y Liliana pasaron frente a una iglesia, a la hora de la primera misa.

—Entremos... ¿quieres que entremos?

—Sí... entremos...

Una vez en el templo, el poeta obligó a su querida a confesarse. Luego la hizo comulgar, como Demande a Albina.

Dos horas después, ambos confundían sus besos extáticos y sus viciosas caricias en el gran lecho esculpido por el cincel prestigioso de Dampt... Y más tarde, al despertarse, sintiendo una repugnancia infinita por su adorador, discípulo de Demande, Liliana quiso de nuevo ser libre y dormir sola.

—¡Vete!... ¡Márchate!...

Todas aquellas aventuras singulares, tan pacientemente preparadas y tan nerviosamente deseadas, no deja-

ban en el cerebro de la marquesa sino el recuerdo brumoso de un viaje a países desconocidos, países sin sol, sin aire, oprimentes, turbadores, exóticos y lejanos.

Su carne febril de hembra fogosa, experimentó al fin la nostalgia de las francas caricias de Carlos.

«Los goces complicados —pensaba— tienen su atractivo especial, como las zalamerías innobles de Margot tienen su sabor picante y exquisito en ciertos casos. Las naturalezas debilitadas y los temperamentos fríos deben encontrar en todo esto una mezcla de dolor y de gusto, de una penetrante intensidad... ¡Yo también... a veces!... ¡Sólo que yo tengo apenas treinta años y necesito algo más fuerte... mucho más fuerte... algo que sea brutal, que me doblegue, que me rinda, que me calme, que sea superior a mí!».

Una noche tuvo un sueño que la hizo gozar más que la realidad de sus frecuentes y sabios placeres. Soñó que acababa de cumplir los quince años y que vivía fuera de París, en el castillo de su padre. Entre los servidores de la noble vivienda había un campesino joven, musculoso, guapo, ágil, atrevido, cuadrado de torso y redondo de cara, que la servía a ella de cochero todas las mañanas. Cierta día, al atravesar el bosque que separaba su casa del pueblo, el campesino se detuvo repentinamente; volvióse hacia ella con los ojos encendidos por el deseo y, en silencio, sin rogar, sin amenazar, obedeciendo a una fuerza incontrastable de león hambriento, la violó en pleno campo, bajo la inmensa caricia de un sol estival...

Poco a poco sus pupilas ardientes fueron fijándose con preferencia en los mozos de aspecto fornido.

—¿Sabes? —dijo al fin a Margot en un momento de franqueza.—¿Sabes? ...dos poetas no me gustan ya, por sus pequeñeces lascivas y sus manías viciosas. Para cosas sabias, no hay nadie como tú... Lo único que ahora me tienta es el hombre sencillo, ardiente y robusto, como...

—¿Como Carlos?

—No... Sí... Más robusto, más hombre todavía, como... como los atletas de las ferias...

Margarita reía irónicamente oyendo a su amiga. Esta continuó:

—Como el luchador del Luxemburgo; algo que sea más alto, más macizo que los hombres en general... pero ¿por qué ríes?...

—Porque eres una niña.

—Una bestia, quieres decir... Pues bien: en efecto, soy una bestia que desea un amante cual el raptor de Europa... Ya sé que esto no te gusta a ti; pero, en fin, por probar...

—No, si no lo digo porque tu deseo me parezca mal, sino porque me parece que, si lo que necesitas es un macho, no lo encontrarás entre los que parecen atletas. Dicen que Casanova era pálido y delgado, a pesar de lo cual acostábase a veces con varias mujeres en la misma noche.

—¿Entonces?...

—Entonces... Esa es una casualidad que no se revela por medio de ningún signo exterior. Yo conozco a algunos físicos mucho más poderosos que los atletas de feria.

«Tal vez es cierto —dijóse a sí misma la marquesa—. Carlos era insaciable... Pero Carlos ya no existe para mí... ¡No! ¡No!... Y, además, Carlos no era sencillo; ponía algo de literario en sus caricias».

En los labios de la Muñeca, la palabra «literario» quería decir «artificial», «quintaesenciado», «decadente». Las orquídeas y los iris; las telas fabricadas por Liberty; las combinaciones sutiles de pálidos matices; las cabelleras peinadas a la Botticelli; las joyas de Lalique, parecíanle «literarias».

—«Yo misma, por mis gustos caprichosos y mis ardores febriles—decíase— soy algo literaria». Y luego agregaba mentalmente, con un ligero suspiro: «... ¡Por culpa de Carlos; que fue quien modeló mi alma a su antojo!».

XVI

Hacía dos semanas que la Muñeca llevaba, según, su propia expresión, «una vida de anacoreta», acostándose siempre sola y siempre temprano, levantándose muy tarde, leyendo poco y no saliendo casi nunca de su casa. Algunos amigos iban a visitarla diariamente, pero «sólo a visitarla». La misma Margarita tenía que marcharse después de comer, porque Liliana le había dicho con franqueza que deseaba pasar sus noches en la más completa de las soledades.

Admirada de su casta carencia de deseos definidos, la marquesa llegó a figurarse, en ciertos instantes de tranquilo bienestar, que su gusto por las aventuras se había agotado y que su ser, prematuramente envejecido, comenzaba ya a sufrir de la enfermedad psicológica que Juan de Tirán llama «la impotencia de amar». Los célebres versos de Mallarmé, que dicen la tristeza de la carne y la imposibilidad de encontrar el goce cuando se carece de curiosidad, acudían a menudo a su memoria como el *ritornello* de sus más íntimos pensamientos.

Una intensa languidez iba apoderándose de su corazón y hacía cambiar sus gustos y sus deseos, obligándola a preferir la música a la pintura, los perfumes a las formas y los poemas a las novelas. Las quejas brumosas de Grieg, que

surgían del piano, llenando el espacio de ondas mecedoras, sumíanla en una especie de baño psicoterápico que la permitía olvidarse a sí misma y permanecer horas enteras bajo la influencia calmante de vagas y dulces sensaciones. Cuando quería leer, buscaba un volumen cualquiera de versos y leía en voz alta, escuchando el ritmo, sin hacer ningún esfuerzo intelectual para comprender el sentido de la estrofa.

—Pareces aburrida —le decía Margot—. Nada te entusiasma, nada te excita, nada provoca tus deseos antes en constante alerta... ¿Estás enferma?... Después de Ernesto Gramont, ningún hombre te ha interesado. ¿No hay misterios en tu vida?

—No... ¿Por qué quieres que haya misterios?... Pero me siento cansada, y tus amigos, los chicos decadentes, me producen náuseas.

—Sin embargo, cuando Gramont se marchó, me hablaste de atletas y de luchadores que te inspiraban ideas lascivas. ¿Ya no piensas en eso?

—Sí, a veces... La carne siempre la carne y, a pesar de no haber conservado ningún recuerdo agradable de mi último amante, experimento muy a menudo, un ardor interno que me hace desear un beso de hombre, de macho poderoso. Mas estos anhelos camales no duran nunca largo tiempo... ¡Y estoy tan fatigada a causa de las noches de Montmartre, a causa de tanto alcohol!

—¿Y de tantos besos?

—No, no. Los besos no me hacen ningún daño... Lo que me cansa físicamente son las noches en vela y los licores... Tú eres de hierro... tú no te fatigas nunca.

—Es verdad, soy fuerte.

—Yo no... Y lo curioso es que mientras uno continúa desvelándose, no nota el cansancio. Pero después de dormir bien algunos días, se paga todo junto y se siente el cuerpo rendido como si no se hubiese acostado una en un año...

El tiempo lluvioso de un final de invierno parisiense, contribuía a acentuar el estado de alma de la Muñeca.

—Creo que tú no has querido nunca a un hombre de veras, de veras —le dijo Margot, después de contemplarla en silencio con sus ojos de fuego, durante algunos instantes.

—Tal vez —repuso la marquesa indiferentemente... Mas al mismo tiempo una voz oculta pronunciaba a su oído, muy quedo, muy quedo, muy quedo, el nombre de Carlos...

XVII

Después de la lluvia menuda, gris y persistente de los últimos días helados, el cielo amaneció, de pronto, una mañana de marzo, vestido de azul luminoso y prematuro.

—¡Qué bello día! —pensó la Muñeca al respirar a plenos pulmones, con una voluptuosidad golosa, los efluvios tibios y perfumados que penetraban por la ventana entreabierta de su alcoba— «¡qué bello día!».

El reducido paisaje suburbano que principia en el bosque de Bolonia y va hasta el parque de San Claudio, tomaba proporciones inmensas, gracias al brillo majestuoso de la atmósfera. El glauco Sena extendíase en medio, cortando con la franja luciente de sus aguas la tierna y monótona alegría del campo.

Bañándose en la luz del sol y contemplando el verde florecimiento de los árboles, los ojos de la marquesa recobraron la claridad casi infantil que había hecho que Carlos la bautizara, muchos meses antes, con el nombre de «la Muñeca».

«¿A dónde ir?» Versalles estaba muy cerca, con su jardín inmenso poblado de melancólicos recuerdos; con sus terrazas suntuosas que conservan aún la huella de reales y diminutos pies; con sus avenidas amplias, solitarias y profundamente tristes, como todas las cosas que, después de ser alegres, no guardan sino el prestigio de sus antiguos

esplendores... París también estaba muy cerca, con la red infinita de sus calles animadas y de sus bulevares; con su vitalidad vertiginosa, con su perfume especial y su especial alegría... «¿A dónde ir?».

Después de haber almorzado con gran apetito, Liliana se decidió por París y dio orden a su cochero de conducirla al Louvre. Al llegar a la plaza de la Concordia, sin embargo, bajó del carruaje y recorrió a pie las arcadas interminables que van de las Tullerías a la plaza del Teatro Francés.

Vestida con un trajecillo ligero y modesto, que revelaba sus instintos bohemios, y peinada, como siempre, de un modo especial y llamativo, la viuda del noble marqués parecía más bien una *üi-veite* de café-concierto que una dama millonaria. Al verla pasar, los hombres volvíanse hacia ella con miradas de deseo.

En el Louvre compró algo —¿qué? Cualquier cosa, una bagatela inútil, una pluma, un encaje, una cinta—, y luego dirigióse hacia la avenida de la Ópera, dispuesta a ir a pie hasta Montmartre en busca de Margot. Los rayos intensos del sol habían disipado las brumas de su alma, llenando de fantásticos e indeterminados deseos su cerebro caprichoso, haciendo vibrar sus nervios con vibraciones inquietantes, embriagando ligeramente su espíritu y rejuveneciendo todo su ser erótico. El perfume de polvos de arroz y de violetas nuevas que flota en las tardes primaverales de París, excitaba sus sentidos y cubría de sutiles cosquilleos su carne insaciable. Todo en las vastas y alegres calles llamaba su atención, haciéndola detenerse a cada paso ante los esca-

parates de las tiendas, ante los quioscos de los periódicos, ante las columnas de anuncios teatrales; obligándola a volver la cabeza para ver a las mujeres que pasaban a su lado o para seguir, con el vuelo rápido de su vista, a los hombres que le parecían «interesantes».

Alentado por sus maneras frívolas y provocativas, un coracero la seguía, parándose cuando ella se paraba, rozándola con el brazo en las encrucijadas llenas de gente, tratando, en fin, de encontrar un pretexto para dirigirle la palabra. Liliana sonreía con cierto orgullo, oyendo el ruido de las espuelas. «Este militar me ha tomado por una cocota —decíase—, o por una actriz ligera, o por una burguesa amiga de aventuras... Me persigue con encarnizamiento... ¡Anda, anda, de prisa, chico!». Y el paso de la Muñeca hacía-se más rápido, a medida que su imaginación y sus deseos iban exaltándose... ¿Será guapo? Alto sí lo es... y robusto también... pero guapo... ¿Será guapo? ¿Qué esperará para echarme un piropo?».

Las tentaciones carnales que habían atormentado sus noches solitarias después de los amores complicados de Ernesto Gramont, surgían de nuevo, en pleno día, del fondo de su sexo enfermizo, y sin tomar una forma neta, pasaban ante sus ojos en caravanas de larvas de machos membrudos, vellosos, rígidos. Si Robert hubiera estado allí, habría-le dicho que era «el ataque de histerismo». Ella no se daba cuenta de lo que era; pero sentía que era algo de anormal y de obsceno, algo de físico, algo de irresistible; un deseo de sufrir materialmente; una enfermedad de la piel, de la san-

gre y de los nervios, que le producía sensaciones bestiales a la par que extáticas...

Poco a poco la calle fue desapareciendo ante su vista, y sus sentidos no percibieron sino las fantásticas legiones tentadoras, la ardiente luz solar y el ruido invariable de las espuelas.

«Me ha tomado por una cocota —seguía diciéndose— y me desea». La idea de ser tomada por una «profesional del amor» no la repugnaba. «Es grande, es robusto... janda, buen mozo, anda de prisa!». Su paso era rapidísimo... «¡Anda, anda!... ¿Y cuándo me dirá que le gusta mi talle?

Por fin, al atravesar una de las callejuelas silenciosas que principian en el bulevar, el coracero acercóse a ella:

—Señora, acaba usted de dejar caer su pañuelo...

Liliana sentía el brazo que rozaba su brazo y la voz que le hablaba, pero sin percibir el sentido de las palabras.

—Señora, permítame usted que la sirva de escolta. ¿Me permite usted que la acompañe durante algunos minutos?...

Envalentonado por el silencio de la que creía, ser una «chica alegre» o a lo sumo una actriz de costumbres ligeras, el militar le ofreció el brazo.

Una palidez súbita cubrió el semblante de la Muñeca, y sus ojos se entornaron:

—¿Me hace usted el favor, caballero, de buscar un coche?... Me siento algo mal... El calor...

Ya encerrados en la caja estrecha del sillón, el coracero explicó sus deseos con una petulancia fanfarrona que habría parecido grotesca en otras circunstancias a la anti-

gua querida de Carlos, pero que, en aquel instante despertó tiernamente su sed de besos brutales y de brutales caricias.

—¿Quiere usted venir a mi casa, señora?

—No, vamos a la mía, puesto que yo soy libre.

Al entrar en el bosque, Liliana bajó, con un ademán febril, las cortinas azules de las ventanillas y convirtió el lacre, durante algunos minutos, en ambulante alcoba...

Por la noche la Muñeca dijo al militar:

—No te marches.

Y el militar no se marchó... Y una semana más tarde, ni ella ni él habían salido de la casita de las inmediaciones de París...

XVIII

Cuando Robert acabó de hablar, Carlos le dijo, tratando de parecer alegre:

—Tú serás siempre un farsante, capaz de burlarte de lo más sagrado para hacer reír a los amigos. ¿Le has ofrecido casarte con ella?... Está bien, puesto que sólo de ese modo puedes lograr lo que te propones. Ahora de lo único que se trata es de que ella no se lo cuente a todo el mundo para que los que no te conocen...

Bruscamente, Robert interrumpió a su amigo:

—¿Entonces tú también te figuras que se trata de una broma? Yo te creía, sin embargo, más listo que los demás. ¿Por qué ha de ser una broma?

—Porque tú no puedes casarte.

—¿Y por qué no he de poder casarme yo, lo mismo que todo el mundo?

—¿Casarte con una?

—Dilo con franqueza: con una zorra... ¿No era eso lo que ibas a decir? Pues bien: me caso con Margot que, al fin y al cabo, no es tan perdida cual muchas marquesas viudas.

Carlos comprendió la alusión y repuso con sequedad:

—No hablemos así —luego, enternecido—, yo te quiero como a un hermano mayor y por lo mismo me entristece

ver que un capricho que todos hemos contribuido a fomentar en tu corazón, ha llegado a convertirse en verdadero y ciego amor. Siendo débil, lo mismo que los demás hombres, puedo decirte que vas a cometer una locura muy grande, lo cual no quiere decir que yo sea incapaz de cometer otra más grande aún. En cuestiones sentimentales, todo es natural y lo más natural de todo es el crimen y la demencia. Por otra parte, tú debes de conocer a Margot mejor que yo, y saber lo que te espera... Si te he ofendido, dispénsame, y ten la seguridad de que tu mujer será siempre, para mí, la más respetable de las mujeres... Pero no hablemos más de eso ¿quieres?...

Robert enjugó la lágrima que temblaba en sus párpados enrojecidos y marchitos. Su rostro, prematuramente envejecido, crispábase a cada instante con un temblor nervioso que hacía más profundos los surcos de sus mejillas.

«¡Pobre hombre! —pensaba Carlos—. ¡Pobre amigo, cuya máscara de cruel ironía y de impenetrable escepticismo desaparece al más ligero soplo de la verdadera pasión, convirtiéndole en débil juguete del destino y de la Lujuria... ¡La lujuria!... ¡El destino!... Yo también quise burlarme de ellos, creyéndome fuerte, y no logré sino inferir a mi alma una herida incurable... ¡Pobre amigo!

Después de un largo y penoso silencio, Robert preguntó a Carlos:

—¿Me guardas rencor por lo que acabo de decirte?

—¿Rencor?... ¡No seas niño! ¡Por qué te he de guardar yo rencor?

—Es verdad que yo no he dicho nada que pueda ofenderte, pero tú tampoco... y sin embargo, tu modo de hablar de Margarita me ha hecho más daño que una bofetada... Por eso me figuré que mi alusión a la Muñeca...

—No hablemos de eso que pertenece ya a la historia antigua, hablemos de ti.

—No, tampoco de mí, puesto que tú también me consideras como un imbécil a causa de mi determinación definitiva... Te juro que, en cuanto me case, me marcharé a vivir al campo, muy lejos, con mi mujer y mis libros...

Carlos no pudo contener un nuevo impulso de extrañeza:

—Pero ¿es cierto, cierto, cierto?...

—Sí.

—¿Entonces, a pesar de las apariencias, tú no has conseguido aún nada de ella?...

—Sí... Hace más de quince días que vivimos juntos.

—En ese caso, no me lo explico...

—Yo tampoco... estas cosas no se explican nunca... Son locuras, son la obra de la fatalidad, son lo que te dé la gana..., pero son la vida misma con su fuerza irresistible. Son cosas que se hacen y que no se explican... Tú mismo serías capaz de hacerlo si te encontrases en mi situación... ¿no es cierto?

Carlos no se atrevió a responder una palabra, temeroso de ofender a su pobre amigo.

—Voy a decirte la verdad —prosiguió Robert—: me caso porque estoy loco, porque la adoro, porque entre ella y el honor, me quedo con ella... Yo conozco su vida mejor que

nadie, y sé que ha sido la querida de Píese, de Rimal, de Delmonte y de otros muchos. Sin embargo, me caso, no porque ella me lo exija, sino porque yo lo deseo... Y no te figures que soy de los que creen que un hombre puede redimir a una *Dama de las camelias* rodeándola de dulces ejemplos de bondad y encerrándola en el círculo estrecho de las caricias honradas... No... para mí, la prostituta sigue siendo prostituta a pesar de todo; y cuando sale del fango, lleva el fango consigo misma, en el alma y en el cuerpo, para salpicar el lecho nupcial, para manchar a sus hijos, para ensuciar el camino por donde pasa... Margarita seguirá siendo la criatura malsana y viciosa que conociste tú y que conocieron todos: mas su vicio no será sino mío... sólo mío... enteramente mío, y se confundirá con mi propio vicio en el lecho de fango en que los dos nos revolcaremos, lejos del mundo. Además, yo no detesto a esas almas misteriosas y oscuras en las cuales se confunde la bestialidad con la tristeza sensitiva, el amor con el desprecio de la carne y la exquisitez más sutil con los más violentos instintos. ¡Si hubieras visto a Margot cuando le pregunté si quería ser mi mujer para toda la vida!... Figurábase ella que yo le ofrecía un concubinato eterno, y al ver que se trataba de un matrimonio verdadero, echóse a llorar entre mis brazos como una chiquilla de diez años... Los besos de tal instante valen mil veces más que todos los honores que el porvenir pudiera reservarme.

Carlos recordó, con tristeza, otra ocasión en la cual su amigo le había hablado en términos muy diferentes, del riesgo de las pasiones de la vida de familia. «Hace tiempo

—pensó— este mismo hombre me decía que abandonase a Liliana porque nosotros no debíamos tener grandes pasiones... y hoy, que se trata de su propia persona, de su vida futura, de su honor y dicha personales, en vez de razonar con más juicio, razona como un demente. Así somos todos: sabemos dar cuerdos consejos a los demás, y no guardamos para nosotros sino los razonamientos delirantes». Luego su imaginación percibió, en las lejanías del futuro, la vida atormentada de Robert, envejecido antes de tiempo, siendo el esclavo de una mujer sin sentimientos y sin escrúpulos, cuyo perfume lascivo había convertido ya al fuerte luchador del pensamiento moderno, en una bestia instintiva, hambrienta de carne joven y de sabios besos. Ante ese cuadro lamentable su propia soledad, amargada por el recuerdo palpitante de Liliana, aparecíale como la más bella de las existencias.

XIX

Durante algunos días, Carlos siguió consolando sus íntimas penas con la idea de las penas que esperaban a su amigo en la vida matrimonial. «¡Casarse con Margot!». Llorede no comprendía cómo Robert había llegado a tal extremo de aberración pasional. «La lucha de ese hombre —decíase—; la lucha interna contra los prejuicios sociales, contra las ideas de casta y contra el orgullo nativo, debe de haber sido espantosa... Todo en él debe de haberse rebelado contra un matrimonio semejante y, sin embargo, ciego al fin, y vencido por la carne, ha hecho la voluntad de la lujuria... ¡Oh, la lujuria!... Para resistir a sus tenaces embestidas, a sus reclamos de fuego y a sus ligaduras formidables, es necesario poseer el alma de Julián Sorel..., y los Sorel no existen sino en las novelas. Sthendal, que fue el creador de las más fuertes encarnaciones de la voluntad, vivió siempre a la merced de mil caprichos de mujer».

Una cosa extrañaba mucho a Carlos y era que Robert no le hubiese pedido que le sirviera de padrino para su boda. ¿Sería por temor de un *desaire*? ¿Sería porque Margot había pensado ya en servirse de la Muñeca como madrina?... Esta duda llenaba de inquietud su corazón enfermo, y la idea de que Liliana se asociase a semejante acto de inmo-

ralidad contra Robert le parecía inaceptable, pues, a pesar de su desprecio profundo por la vida de su antigua querida, repugnábale creerla capaz de cometer una suprema ironía, ayudando a casar a una chica depravada con un hombre leal y noble. «No —pensaba—; no lo haré... Liliana no es tonta, y si hace de su cuerpo un sayo, es porque tiene derecho para hacerlo... Pero contribuir a que su compañera de vicio envenene para siempre la existencia de Robert, no sería una falta, sino un crimen, una burla macabra... No, no lo liaré...».

Sin embargo, Robert mismo le dijo la víspera de la boda:

—No te suplico que me acompañes a la alcaldía porque tendrías necesidad de encontrarte al lado de la Muñeca.

—¿Has invitado a Liliana?

—Sí..., la ha invitado Margarita... Ya sabes tú lo mucho que se quieren. Sin poder contener su indignación, Carlos exclamó con sarcasmo:

—¡Vaya si se quieren!...

—¡Rencoroso! —concluyó Robert campechanamente—. ¡Tú no puedes perdonar a las mujeres un pasajero extravío de los sentidos inconscientes!

Nosotros también hemos hecho mil barbaridades, y no por eso somos grandes monstruos. Es una pura hipocresía exigir la pureza de la mujer en cambio de nuestra impureza. Yo creo, como Bjornsterne, que el hombre que no es virgen no debe casarse con una mujer virgen... En el fondo, todos somos iguales, chico.

XX

La víspera del casamiento de Margot, Liliana llamó aparte a Robert.

—¿Te acuerdas de tu célebre carta? —le dijo. Muy avergonzado, el periodista repuso:

—Mi carta... ¿qué carta?

—No te hagas el tonto: la carta que escribiste a Carlos diciéndole que Margot y yo...

Para no sentirse herido por el final de la frase Robert interrumpió:

—¡Perdóname!

—No se trata de perdones. Se trata de que en esa ocasión fuiste el más infame de los calumniadores.

—¿Yo?

—Sí, tú... Porque ni tu mujercita ni yo hemos tenido nunca relaciones más que fraternales. Hemos sido amigas, nos hemos querido mucho y nuestras zalamerías han podido, en apariencia, ser pecaminosas; mas en el fondo nada tan inocente como nuestras caricias y nuestros besos. Te lo juro...

—En ese caso debiste decirlo desde luego a Carlos.

—No. Yo deseaba recobrar mi libertad y aproveché tal pretexto como habría aprovechado otro cualquiera. Tengo

la locura de la independencia. Todos los yugos me pesan..., aun los más agradables.

—Es cierto... ¿Y tu militar?

—Ya no le veo. Al cabo de quince días, los hombres me repugnan. El único a quien quise largo tiempo fue Carlos.

—¡Pobre Carlos! Ahora que me aseguras que la causa de vuestra ruptura fue una ligereza mía, me siento lleno de remordimientos. El recuerdo de sus penas amarga mi alegría... ¡Pobrecillo!

—¿Tú eres de los que creen en el amor de los hombres?

Y luego, enternecida:

—Ya se habrá consolado con otras..

—Sí, naturalmente. Un hombre de su edad, guapo y famoso como él, dispone de mil elementos de consuelo... Se consolará o se habrá consolado, no hay duda... Sólo que el consuelo es siempre triste, puesto que supone un sufrimiento anterior. Un hombre que se consuela es como un hombre que se cura de una enfermedad: el recuerdo del mal subsiste siempre... Y lo curioso es que, a medida que pienso en mi mala acción, dudo más y más de haberla cometido por el cariño que le tenía a él y no por el odio que sentía contra Margot. ¡A cuántas tonterías nos obliga el amor!... Tú eres la más feliz de las mujeres, gracias a tu carácter variable.

Liliana sonreía melancólicamente.

—No hay duda de que eres feliz —prosiguió Robert—. Bella, rica, inteligente, sin pasiones durables, ¿qué más quieres? En cambio, Llorede tendrá que padecer mucho

antes de casarse con una mujer que lo comprenda y que lo adore.

—¿Crees que va a casarse?

—Me parece natural.

A la Muñeca no le parecía aquello natural. La idea de que su antiguo amante pudiese unirse para siempre a otra mujer, no se le había ocurrido nunca. Que se casara Ernesto Gramont, que se casara el militar, que se casaran los demás hombres que habían dormido en su lecho durante algunos días, enhorabuena; ¡pero Carlos, no! Carlos había sido «demasiado suyo» para que ella aceptase la perspectiva de verse olvidada en absoluto por él. Viéndola preocupada, Robert la interrogó:

—¿Qué tienes?

—Nada, nada —repuso ella,

Y un instante después murmuró, como hablando consigo misma:

—¿Se casará, realmente?

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Yo no le veo nunca... Y es una pura curiosidad... Nada más.

—¿Quieres que le invite a nuestra fiesta de mañana?

—¡No! ¡No!

—¿No?...

—Además, él no querría venir a mi casa, ni aun como amigo.

—Tal vez sí.

—Al fin y al cabo, la fiesta es tuya; puedes invitar a quien se te antoje.

—¡Hipócrita! Te conozco mejor que nadie y sé que querías verle y hasta algo más...

Poniéndose colorada, la Muñeca se echó a reír nerviosamente. Enseguida, con pasión, murmuró:

—¡Invítale!

XXI

Al levantarse, Carlos encontró sobre su mesa de trabajo una carta de Robert. Abrióla y comenzó a leer:

«Te escribo en el café, aprovechando un minuto de libertad... Porque esta es una carta secreta que ni mi *futura* ni tu *pasada* deben conocer. Estírate las orejas y no te caigas de espaldas al enterarte de mi revelación: ¡Liliana te adora aún!».

Carlos leyó de nuevo: «Liliana te adora aún». ¿Sería una broma? «Liliana te adora aún!». La carta continuaba:

«Acabo de hablar con ella largamente y me ha suplicado que te invite a nuestra fiesta de mañana. ¿Comprendes? Si no comprendes es porque te has vuelto tonto... Pero ¡ya lo creo que comprenderás! Le he dicho que si tú y ella se veían de nuevo, tenía que ser para reanudar vuestras antiguas relaciones amorosas. Su respuesta fue: «¡Invítale!».

Te invito, pues, no para cenar humildemente con nosotros, sino para hacer algo mejor, que vendrá después de la cena y que durará mucho tiempo. (¡Oh, lechos esculpidos por Damp, ya os oigo gemir!). Te invito a la reconciliación, a la dicha, al olvido de las querellas pasadas, y al hacerlo cumplo con un deber sagrado, pues estoy seguro de que la Muñeca y Margot fueron sencillamente amigas sin más. Te lo asegu-

ro, ¡pero no hablemos de eso! Esta noche, a las nueve, a las diez, a las once, a la hora que quieras, en casa de Liliana...».

Indignado y colérico, Carlos rompió la carta sin acabar de leerla. ¡Ir a ese lugar donde ella ha amado a otros!... ¡Pues no faltaba más! ¡No, ni aún pensar en ello!». «¡La Muñeca había muerto para él!».

Con aparente tranquilidad, tomó un libro y se puso a leer; luego trabajó durante algunas horas; en seguida salió a dar un paseo.

A cada instante se decía, como respondiendo a sus propios deseos y a sus propios impulsos:

«¡No iré! ¡No iré!... ¡Pues no faltaba más!... ¡No iré! ¡Robert se figura que todos somos tan débiles como él!... ¡No, no, no iré!».

Las penas dispersas que hasta entonces había sufrido con resignación, se le agolparon en el alma repentinamente.

En vez de halagarle, el nuevo amor de la Muñeca lo humillaba. «¡Acaso era él instrumento que podía abandonarse y recogerse enseguida conforme a los caprichos de una mujer más ligera que las *ligeras* de profesión?».

Liliana le había engañado con Margot («sí, sí, a pesar de lo que creía inocentemente Robert... sí») luego había profanado su amor entregándose al primero que pasaba por la calle... Los que no se habían acostado con ella, era porque no habían querido...

«¡No iré!».

Después de haber *monumentalizado* su odio contra la Muñeca, tratándola mentalmente como a la más infame de las prostitutas, Carlos sintió una inquietud extraña y una extraña persistencia de su antiguo amor. ¡La había querido tanto!

Pero estaba decidido a luchar contra sí mismo, a no dejarse sufrir, a no pensar en ella.

En cuanto a ir, de ningún modo.

«¡No iría!... no, no, no; ¡no iría nunca!».

XXII

Los amigos de Robert y de Margot limpiábanse las frentes sudorosas, después del cotillón final.

Todos parecían alegres.

En un extremo de la gran sala oro y púrpura, de pie junto a una de las ventanas, una mujer permanecía inmóvil, abanicándose con una nerviosidad vertiginosa, sin tomar parte en la animación general. Aquella mujer era Lilianna, que pensaba en su antiguo amante y que se decía a sí misma por la centésima vez:

«No vendrá... Es un hombre fuerte... No quiere volver a verme... Prefiere casarse con otra cualquiera... ¡No vendrá!».

La orquesta preludiaba el *Desfile* de Gorsis, y las mujeres pedían ya sus abrigos.

Eran las cinco de la madrugada. El cielo comenzaba a teñirse de áureos y suaves matices.

De pronto, un lacayo anunció en voz alta:

—¡El señor Carlos de Lloreda!

«¡Pobrecillo! —pensó Robert al ver entrar a su pálido amigo—. ¡Cuánto debe de haber sufrido antes de decidirse a ser feliz de nuevo!»

POBRE CLOWN

I

Ya vestidas para aparecer ante el público, Luisa y Noemí esperaban su turno con temor e impaciencia. Tenían miedo y, al mismo tiempo, sentíanse dichosas. La excitación que se apodera de los actores en las noches de estreno las hacía verlo todo a través de un delicioso cristal de aumento.

En la escena, una mujer muy alta, muy pálida, cantaba las canciones obscenas de su repertorio. Era Ofelia, una Ofelia de los barrios bajos de París, delicada y brutal, flor de fango y de vicio, cuyos grandes ojos claros contrastaban con sus labios pintados y con sus greñas rizosas de prostituta callejera. Hierática y casi inmóvil en la serenidad de su actitud, Ofelia se erguía ante el público, segura de antemano de su victoria, discretamente orgullosa, mirando con ironía, la boca siempre entreabierta. Su talle, fino e interminable, parecía más interminable y más fino aún a la luz del gas. Sus grandes brazos fantasmagóricos, envueltos en la piel negra de los guantes, cruzábanse sobre el pecho con ademán ingenuo. La última canción —la más personal y la más perversa— comenzó. Comenzó con lentitud monótona, más que cantada, hablada, salmodiada mejor dicho, entre el rumor modesto de los violines que parecían

desear esconder sus sonoridades para dejar al instrumento humano la supremacía de su encanto. Comenzó sin acción, sin brillantez, casi sin carácter... Poco a poco las entonaciones significativas iban acentuando y subrayando con impertinencias infantiles las frases crueles, dando vida a las imágenes perversas y haciendo adivinar las malicias misteriosas... Al fin, venía el *refrán*, un refrán cualquiera, ni más ni menos necio que todos los refranes de canción moderna; y entonces, con un movimiento singular de los brazos, con un gesto obsceno de los labios, con una nota más aguda, más estridente, más seca que las anteriores, toda la «canallería» del vicio bajo surgía en rápido vuelo, mientras la orquesta continuaba, durante breves instantes, acompañando con sus acordes ácidos el eco muerto y la malicia, expresada:

Con todo el corazón ella le amaba.

Le amaba, y para amarle diariamente, diariamente,
con otros por la noche se acostaba. Era valiente,
y en el día con él se reposaba tiernamente...

Al oír los aplausos atronadores que parecían aclamar en Ofelia toda la belleza del vicio triste, de la carne de alquiler y del placer vil, Luisa sintióse alucinada por la idea del triunfo, creyendo que los aplausos eran para ella, para sus piernas de estatua, para su pecho redondo, para sus líneas, en fin, y para su ritmo. Sin fijarse en lo que hacía, principió

a mover los brazos al compás de la música que sonaba en su imaginación.

Noemí, por su parte, más dueña de sí misma, aunque no menos impresionada por las circunstancias, estiraba las piernas desnudas, calculando su elasticidad y su ligereza, como los atletas que, antes de bajar a la arena, ensayan la robustez de sus músculos en solitarias contorsiones de brazos.

De pronto, ambas se volvieron a ver, pálidas del susto. Un rumor sordo, una irritación general subía de las butacas y llenaba la sala, haciendo temblar las bambalinas del escenario. «¡No, no, no! ¡No, no, no! ¡No, no, no!». Los signos de desaprobación dilatábanse en ondas confusas y sonoras, al compás de los bastones que golpeaban al tablado con la monotonía exasperante de su triple martilleo: «¡No, no, no!». De pie, en medio de las tablas, el *clown* Rip- Rip aguantaba la silba general, indiferente y resignado, tratando de sonreír, imitando los gritos del público, sacando fuerzas de flaqueza, principiando los ejercicios, las genuflexiones, las gradas de todas las noches y teniendo que suspenderlas apenas empezadas, ante los gritos a cada instante más agudos e imperiosos: «¡No, no, no! ¡No, no, no!». Las butacas no querían ver al payaso, no por antipatía contra él, sino por entusiasmo en favor de Ofelia. El director tuvo al fin que darse por vencido, y haciendo una seña a Rip, ordenó a la cantadora que repitiese la última canción para satisfacer a sus admiradores.

Entre aplausos frenéticos Ofelia apareció de nuevo, siempre fría, siempre hierática, sin hacer manifestaciones de agradecimiento, convencida de merecerlo todo; y cantó por segunda vez, velando más que nunca la voz canallesca, y dando un tono más agrio aún a las rimas viciosas, la estúpida leyenda de la vendedora de sonrisas que mantenía a su chulo con el producto del sudor de su cuerpo:

Con otros por la noche se acostaba
y en el día con él se reposaba...

Considerando los gritos del público como una desgracia terrible, Luisa murmuró, enternecida:

—¡Pobre Rip-Rip!

El *clown*, que esperaba al lado de la bailarina su turno, repuso filosóficamente:

—¿Por qué pobre?

II

Rip-Rip no había sido siempre payaso. ¡Oh, no! Antaño, como él decía, su profesión era la de gimnasta de alta escuela, y en vez de enseñar el reloj pintado en la parte posterior de su pantalón a los chicos inocentes, enseñaba a las mujeres curiosas su perfecta anatomía que vibraba bajo la finísima y trasparente malla de seda. En aquella época, los billetes perfumados habían llovido en su cuarto y jamás el público hubiera preferido a él una imagen de la prostitución. Sus mismos compañeros augurábanle el más brillante de los futuros, jurándole que jamás, ni en Francia ni en Inglaterra, un trapecista había saltado tan grandes distancias como él. Pero su nombre le había acarreado la desdicha. Una tarde, al volar de una barra fija en el espado a un ondulante y lejano trapecio, habíase dormido cual su homónimo de la leyenda inglesa... Habíase dormido y, durante su sueño, las mujeres pasaban junto a él, enviándole besos con las manos, llamándole, ofreciéndole sus bocas, sus pechos, sus almas; pasaban y pasaban las mujeres, todas enamoradas de él, de sus piernas membrudas, de sus robustos brazos, de su agilidad de serpiente y mientras tanto el trapecio huía, elevábase, movíase epilépticamente, subía, subía y perdíase en las nubes, tratando de no dejarse coger... Pero

él le cogería... ¡ya lo creol!... En su sueño todo era fácil... Y seguía durmiendo en el aire, entre el trapecio, siempre epiléptico y la barra siempre fija... Seguía durmiendo toda una eternidad en un segundo, acariciado por el amor, sostenido por las alas de la gloria, ebrio de orgullo y de esperanzas. Al despertarse, en una cama de hospital, el médico le consoló, asegurándole que no era gran cosa, apenas un brazo roto... asunto de dos meses, en fin... Y no pudiendo ya ser gimnasta, resignóse a ser *clown*, a saltar de una silla a otra silla, a caer de lo alto de una mesa, a ser ágil sin ser olímpico, a divertir sin impresionar, a pintarse arañas en los carrillos, a permitir que las Amazonas le dieran puntapiés en el trasero y que los perros sabios le mordiesen las piernas. Primero con paciencia, luego con interés y al fin con amor, ejerció diariamente su oficio, hasta llegar a ser uno de los más famosos *clowns* del mundo. Su excentricidad, su fantasía, su ligereza de cuerpo y hasta la torpeza de su brazo derecho, le sirvieron para conquistar la triste gloria de hacer reír. Al cabo de algunos años, fue dichoso de nuevo, aunque de otro modo, ya sin grandes alegrías nerviosas, sin esperanzas de triunfos inmensos y rápidos, sin embriagueces de aéreos atrevimientos, sin lucir, en fin, ante las mujeres admiradas, sus formas desnudas y perfectas, su pecho brillante de lentejuelas de oro, su cuello de león, sus manos de conquistador... ¡Las mujeres! En realidad, lo único que le entristecía, al pensar en su antigua gloria de funámbulo, era haber perdido todo su prestigio ante el bello sexo. «Antaño, pensaba, ninguna me hubiera resistido; ¡en tanto

que ahora!». Una historia trágica le hacía fruncir los labios de vez en cuando. Era una historia muy breve. En Viena habíase enamorado de una rubia esbelta y fría que, antes de entregarse a él, había exigido y obtenido la bendición del cura y el discurso del alcalde. Una vez casado, su amor fue siendo cada día más grande, más sensual, más tiránico. La rubia austríaca, de amplias caderas, de abundante pecho y de piel de rosa, magnetizábale con el perfume de su cuerpo, obligándole a agotar, en el lecho conyugal, sus fuerzas hercúleas, a inventar diariamente placeres nuevos, a desear siempre, estando al lado de ella, a todas horas, a todas partes, un beso, un estrujón, algo de carnal, en suma. Dos años transcurrieron así: él, loco por ella; ella, fría y pasiva, pres-tándose a todos los caprichos y a todas las brutalidades, sin quejarse y sin compartir el placer. Al fin, un día, al volver a su casa más temprano que de costumbre, Rip encontró a su mujer en brazos de un militar, de un simple soldado y, sin darse cuenta de lo que hacía, enloquecido por los celos, precipitóse sobre ella y la golpeó, la golpeó con las manos, con los pies, hundiéndole las rodillas en el pecho, haciendo crujir los huesos de sus caderas, encarnizándose contra los sitios más blandos, más lucientes, más amados; magullándole los brazos, mordiéndole la nuca, macerándole los senos; frenético, demente, enfurecido, hasta no sentir entre las manos sino una masa inerte y muda. «¡La había matado!».

Él creía que la había matado. Quiso huir... pero algunos vecinos teníanle ya cogido por el cuello... Las fuerzas le abandonaron entonces, su cerebro se vació de pron-

to, sus rodillas temblaron, y dejándose caer en una butaca, junto a la mujer en apariencia muerta, negó su crimen, dijo que no había sido él, sino otro, el militar... Quejóse a gritos, gimiendo y llorando, hablando de su madre, de sus hijos, de sus trapecios que iban y venían, de un lobo que tenía la boca llena de sangre y las garras rotas... Un ataque de liebre delirante le tuvo postrado durante dos semanas, en la enfermería de la cárcel. Por último supo que su mujer estaba buena y salva en casa del militar... ¡Pobre Rip!

De eso hacía ya quince años. Otras pasiones menos decoradoras, pero siempre fogosas, habían entristecido más tarde su existencia de *clown* filosófico y de hazmerreír melancólico.

Viéndole inmóvil a su lado, Noemí le preguntó si era de temerse que el público las recibiera también mal a ella y a su compañera.

Rip-Rip se echó a reír.

—¿Recibiros mal? No, el público no recibe nunca mal la carne fresca. El público es como un tigre: las buenas tajadas de brazos, levantándose y dejando ver los rizos rubios o morenos del sobaco perfumado; los magníficos pedazos de muslos descubiertos de cuando en cuando; todo lo que es útil en la mujer, en fin, le hacen perder enseguida la chaveta y le llenan de agua la boca. Oíd... oíd cómo se entusiasman todos al pensar no más que la heroína de la canción:

hace brillar entre las algas
su lindo torso y sus redondas nalgas...

Los aplausos sonaban, en efecto, por la vigésima vez, al final de una canción pagana cantada por Ofelia.

—¡El cuatro! —gritó el director—, que entre inmediatamente el cuatro.

Aprovechemos el entusiasmo.

Rip-Rip se precipitó a la escena, haciendo una pirueta fenomenal y yendo a caer, después de haber saltado por encima de una mesa, casi sobre los atriles de la orquesta. Una carcajada general celebró su atrevimiento y su sonora caída. Las butacas no pedían ya más canciones, sino más brincos, más piruetas y más movimiento, como si, al salir de una alcoba en la cual hubieran respirado todas las flores del mal, sintiesen la necesidad de ver algo sano y fuerte, de respirar a plenos pulmones y de reír con alegría.

Animado por los espectadores, Rip-Rip multiplicaba la ligereza de sus ejercicios y la originalidad de sus volteretas, haciendo sonar más fuertemente que nunca, con su cráneo de madera, las tablas del escenario. Su cuerpo entero se retorció en el aire, estirando los pies y los brazos, alargando el cuello, pataleando vertiginosamente, sacudiendo los cabellos lacios de su peluca, bailando, en fin, en el espacio de un salto peligroso, un verdadero baile de San Vito, para ir a caer enseguida, cual una masa inerte, sobre dos sillas desvencijadas que cedían al peso de su cuerpo y producían el efecto de un terremoto al venirse abajo con payaso y todo...

Luisa y Noemí se alejaron del sitio en donde estaban de pie y fueron a sentarse en el saloncillo en que los artistas se

reunían durante los instantes de reposo con objeto de hablar mal de los ausentes y de combinar planes maquiavélicos para sacarles algo al director o a los protectores.

Al verlas entrar vestidas de marineros ingleses, con una blusa azul muy ajustada y unos pantalones cortísimos y más ajustados aún, los artistas se volvieron hacia ellas curiosamente.

—Son las nuevas —dijo un barítono que tenía fama de irresistible, a causa de sus bigotes negros y de su voz melosa—: son las nuevas.

Enseguida, dirigiéndose a Noemí y ofreciéndola un sitio a su lado, tarareó con fatuidad:

Ven, pues, Ninón, a mi barquilla.

Boguemos juntos a la otra orilla.

Ven, pues, Ninón...

Luisa tomó asiento junto a un caballero calvo, autor de dos o tres sainetes populares, muy elegante en el traje y muy fino de maneras.

La charla, un instante interrumpida, continuó entre el humo de los cigarrillos y las risas de las mujeres.

—Nosotros —decía un chico encanijado cuya solapa ostentaba un inmenso iris japonés—, nosotros hemos renunciado a las conquistas difíciles. El amor verdadero resulta muy caro y muy largo. Hace diez años lo mejor era camelar a las mujeres de los amigos; pero, hoy que las mujeres honradas han dividido a sus amantes en tres categorías: el que

da de comer, el que paga los trajes y el que hace reír, nos exponemos a ser el que paga, creyendo ser el que divierte, y eso es muy triste. Lo más práctico es conducirse como Luciano y yo. Nosotros hemos renunciado a las aventuras, y no hacemos conquistas sino en los cafés nocturnos, con una pieza de oro en la mano. Somos las mariposas blancas de las tabernas...

—Las mariposas que van de flores blancas en flores blancas —exclamó maliciosamente el caballero calvo.

—Eso es, prosiguió el hombre del iris gigantesco. El color de las flores no nos preocupa ni mucho ni poco. Lo que nos interesa es huir del ridículo y no caer entre los guantes de las supervivientes del Imperio. Hace algún tiempo ocurrióseme hacer la corte a una marquesa auténtica, no del Papa sino del Rey, una marquesa de verdad, en fin, con perlas antiquísimas en su corona, y con una fama de virtud digna de Añés. Pues bien, una noche, al volver del teatro, cuando yo me disponía a aprovechar la penumbra del carruaje para acariciarle la mano...

Una carcajada celebró el final obsceno de la anécdota.

De pronto, la voz de barítono sonó dramáticamente, pronunciando las siguientes palabras:

—¡Yo creo en el amor!

Ofelia murmuró entre dientes:

—¡Mis amantes también!

III

La célebre «cantadora» hablaba poco y no parecía poner gran atención en lo que los demás referían. Recostada en una butaca, con los brazos desnudos y la mirada errante, hubiérase dicho que meditaba en algo de siniestro y de infame. Su boca muy grande y muy roja; sus pómulos salientes y sonrosados; su frente estrecha; su palidez artificial; sus ojeras profundas, hechas con un lápiz azul; todas sus facciones, en suma, y aun algo que era más que las facciones, algo de interior y de secreto, un resplandor de su alma brillando a intervalos en la claridad fría de sus pupilas, delataban en ella a la musa del amor perverso, a la Venus del arroyo, a la tentadora nocturna cuyo paso monótono hace crujir, en las noches sin luna, las hojas secas de los jardines públicos, y cuyas manos, doctas en los más bajos ejercicios eróticos, suelen teñirse de sangre en los instantes de exasperación o de miseria. Uno de sus amigos, pintor impresionista, había la representado vestida de blanco, con los labios entreabiertos y los ojos macabros, deshojando fúnebres tuberosas al borde del Sena, en uno de esos rincones que sirven de fondo a las escenas trágicas dibujadas por Raffaëlli o descritas por Lorrain. Título del cuadro: «Ofelia

de suburbio». Y eso era, en efecto, la cantadora viciosa: una Ofelia que había nacido en una buhardilla, que había crecido en la miseria y que, a los veinte años, habiendo tenido muchos amantes brutales, muchos amantes egoístas, muchos amantes idiotas, preguntábase afín, como la novia de Liamleto: «¿En qué puedo distinguir un verdadero amor de los otros amores?»

¿En su sombrero de flores, en sus adornos dorados, en las cintas de sus calzas? En nada —respondía la triste experiencia—, en nada. Lo que más se parece a un amor sincero, es un amor falso. Resignándose a no encontrar nunca la pasión fuerte, dominadora, absoluta; la pasión leal, la pasión eterna, refugiábase en el placer, en el vicio, mejor dicho, y pedía a la variedad lo que la constancia no quiso darla. Sin ser, en realidad, mucho peor que casi todas sus amigas, tenía una fama detestable, más bien por culpa de sus maneras extrañas y de sus canciones terribles, que a causa de su conducta, sus compañeros podían decir de ella, con razón, que cambiaba a menudo de amantes; que una noche pertenecía a un anciano decrepito y al día siguiente a un niño apenas púber; que un padre de familia se había suicidado por ella; que sus caprichos la llevaban, a veces, a revolcarse en lechos inmundos en compañía de la primera prostituta que pasaba por la calle. Pero no era eso únicamente lo que decían. Decían también que la pálida Ofelia había vivido con Pranzini y había viajado con Tropman; decían que en Roma uno de sus amantes había asesinado a un cardenal para robarle su sortija de amatista...

¡Decían tantas cosas falsas! Ella no lo ignoraba y, en vez de enfadarse, contribuía a obscurecer su propia leyenda, hablando con misterio de su «pasado lamentable».

Viéndola silenciosa y como preocupada, el mozalbete enemigo del amor dijo a Ofelia:

—Tú tienes ideas análogas a las mías.

—Yo no tengo ideas —repuso la cantadora sin moverse.

IV

Entretanto Rip-Rip, más inspirado que nunca y más que nunca deseoso de probar al público que hacía mal en ponerle a un símbolo de la corrupción parisiense, seguía complicando sus excéntricas piruetas.

Cosmopolita y modernista, Rip-Rip unía en sus ejercicios la prodigiosa rapidez de los *clowns* americanos a la artística elegancia de los payasos franceses. La antigua profesión de gimnasta permitíale ser eléctrico como los Hanlon-Lee y saltar con prodigiosa rapidez entre los obstáculos pintorescos del escenario. Pero también había en él algo de clásico, un eco del polichinela de Nápoles, un reflejo del blanco Pierrot parisiense, cierto *chic* aristocrático que hacía pensar en las figuras de Watteau, en los Giles, en los Leandros y en los Mezzetinos del siglo XVII. Esos elementos combinados hacían de él una figura originalísima y le permitían, en ciertas ocasiones, atravesar el espacio en una serie de volteretas peligrosas, rompiendo cien aros de papel policromo en su vuelo, siempre con una guitarra entre las manos, para ir a caer, al cabo de algunos minutos, ante una ventanilla medieval, entonando románticas serenatas.

El barítono dijo, tratando de definirle con una frase gráfica:

—Es una pavana tocada en un órgano de vapor. Ofelia preguntó a Noemí si tenía miedo.

—Sí —repuso la bailarina—, tengo miedo. ¿Por qué he de negarlo? En el Conservatorio, durante los exámenes públicos, la concurrencia no me atemorizaba, porque los que iban a vernos eran invitados; pero aquí, donde hay gente de toda clase, que ha pagado su sitio y que tiene derecho a exigir...

El director interrumpió su discurso, gritando en la puerta del saloncillo:

—¡Las nuevas!... De prisa, señoritas...

Un momento después, las dos chicas principiaron a bailar.

V

Una música singular, sin carácter genuino, sin sello de escuela, sin genio de raza, hecha de reminiscencias y de variaciones, de recortes y de alegorías; una música en la cual había algo de himno sagrado, de canción ingenua y lenta, de sencilla zarabanda antigua, y algo también de marcha funambulesca y de vals exótico; una música que era la música y las músicas, todas las músicas, las más simples como las más refinadas, y que reía y lloraba a un tiempo mismo, y que era grave y lenta cual una pavana, y fina y galante cual un minué; y que era ruda enseguida, ruda y melancólica como las armonías de los aires húngaros; y que gemía en los violines temblequeantes para pasar de pronto a los colores sonoros y esparcirse en ruidosas ondas evocadoras de valquirias y de reales cortejos; una música con languideces de habanera, con piruetas de cancán, con muecas ele *highland-fing*, con aspavientos de fante y pucheros de marquesita empolvada; una música hecha de caprichos zingáros, de caprichos parisienses, de caprichos ingleses; una música cosmopolita, en fin, de reflejos mezclados y de ecos combinados, acompañaba los movimientos de las bailarinas.

Las piernas azules iban y venían en el espacio, ora con un ritmo lánguido, meciéndose al ras del suelo y plegándose coquetamente, ora subiendo rápidamente al nivel de las cabezas; entrelazándose, uniéndose, entreabriéndose, plegándose; siempre agitadas en un torbellino endiabrado... Los talles flexibles movíanse con movimientos autónomos, sin acompañar los ademanes de las piernas, e imprimían a los pechos rígidos y redondos una cadencia de un sensualismo extraordinario.

Contemplando a las bailarinas desde el escenario, Ofelia preguntó al director:

—¿Qué es lo que bailan esas chicas?

—Una pavana.

Y, en efecto, en ese instante era una pavana. La ligereza y la ternura unidas, los candores maliciosos y las malicias púdicas combinadas; todo el carácter de una raza muerta surgía, en ligero aleteo, de los movimientos aristocráticamente campestres y rendidamente altaneros de las dos chicas cuyos cuerpos ondulaban en ceremoniosas contorsiones, buscándose, rozándose, uniéndose...

¡Una pavana! En realidad era una pavana, pero dos minutos después, ya era otra cosa.

Ofelia, desconcertada, tornó a interrogar:

—¿Qué es lo que bailan de veras?

—Ahora es una danza javanesa.

Con los brazos abiertos, las chicas movían más bien las caderas que las piernas. Movían el pecho también y movían, sobre todo, el vientre, la parte más baja del vientre, el

sexo mismo, en contorsiones casi obscenas y no obstante rítmicas, produciendo la impresión malsana de dos cuerpos que no estuviesen de pie, sino recostados en un diván o en el borde de un lecho, esperando y exasperando con sus nerviosidades, con sus sacudimientos, con sus temblores. Ya eso no era la danza del deseo ni de la excitación, sino la danza del espasmo, la pantomima del acto, el simulacro del vértigo... Y era terrible hasta el punto de incendiar, en los huesos de los espectadores, la médula misma.

Un cambio brusco... una pierna que subía, otra pierna que la acompañaba... un torbellino de redondeces girando febrilmente... el cuerpo de la una moviéndose, desarticulándose y el cuerpo de la otra siguiéndole, uniéndose a él, acompañándole de un modo tan hábil, que parecía su complemento y su reflejo... ¡El cancán!

Y todos los bailes estaban tan íntimamente ligados, que hubiera sido necesario poderlos contemplar sin emoción, para distinguir en dónde principiaba uno y terminaba otro. De la variedad y del desmembramiento surgía un conjunto curiosísimo y verdaderamente compacto, como de muchos retazos de color diferente nace, a veces, la armonía de una bandera flotando bajo el sol.

—Es un popurrí —dijo Ofelia.

—No —repuso el director—, es una antología...

VI

Una animación excepcional reinaba en el saloncillo de «Maravillas». Los artistas, los coristas y hasta los tertulianos, parecían más alegres que de costumbre.

Una tarjeta pegada en el espejo, decía:

«El director del concierto tiene el honor de invitar a todos los artistas que las presentes letras vieren, a una cena que se verificará hoy mismo, a las doce en punto de la noche, en el Café de los Príncipes, en celebración de lo que a nadie importa».

En el extremo inferior de la tarjeta, imitando el «se bailará» de las esquelas oficiales, léanse las dos palabras siguientes: «Se emborrachará».

La broma hacía reír a Ofelia, quien aseguraba, sin embargo, que no se emborracharía.

—¿Y tú? —preguntó Rip-Rip a Noemí.

—Yo tampoco —repuso la bailarina.

—¡Naturalmente! —prosiguió el *clown*. Aquí todos somos unas almas de Dios, incapaces de cometer el más venial pecado contra los mandamientos de la doctrina cristiana. Ni bebemos, ni deseamos a la mujer del prójimo, ni fornicamos, ni somos codiciosos, ni glotones, ni nada... ¿verdad, Rosalba?

La interpelada se echó a reír, asegurando que haría lo mismo que los demás; que si los demás no bebían, ella tampoco bebería; pero que, en verdad, prefería beber, sobre todo si era champaña lo que iban a darles.

Rip le dijo:

—Tú, por lo menos, eres una buena chica.

VII

Y, en efecto, lo era. Era la buena chica por definición y por antonomasia. Sin talento ninguno y sin deseo de adquirirlo consagrándose a una de esas especialidades escénicas en las cuales es fácil llegar a sobresalir, Rosalba duraba, empero, en el concierto de Maravillas, más que ninguna de sus compañeras.

Contratada cinco años antes para representar los *Cuadros humanos*, de Luis Rey, había tenido un éxito inmenso, gracias a su impudor ingenuo de ser inconsciente y casi primitivo. Desnudarse en el escenario ante mil personas era para ella un acto tan natural como desnudarse en su alcoba para meterse en la cama... Y se había desnudado, durante un mes, con lentitudes perversas y con gracias felinas, despojándose primero de la falda, luego de las enaguas, enseguida de la camisa, por último, de los pantaloncillos de seda negra y de las medias color de rosa, hasta quedar, según la expresión de Rey, «cual su madre tuvo el honor de parirla». Se había desnudado con un arte exquisito, con tanto talento como otras se visten, empleando cinco minutos en desabrochar el corsé, deshaciendo cada lazo de cinta de una manera singularmente provocadora, simulando, antes de mostrar ciertos sitios del cuerpo, lige-

ros pudores de doncella o gallardas osadías de cortesana; se había desnudado como lo hacen las grandes damas, como lo hacen las vírgenes, como lo hacen las pecadoras, apareciendo, a veces en trajes de seda y a veces en traje de lana, enseñando un día la humilde ropa interior de la obrera y al día siguiente las riquísimas prendas, llenas de encajes, de las millonadas; se había desnudado, en fin, de mil maneras diferentes, haciendo circular cada noche, por la espina dorsal de París, un escalofrío debilitante.

Al terminar su contrato, el director le preguntó si quería representar un papel de paje en la pantomima que entonces ensayaban.

—Sí —repuso.

Cuando la pantomima terminó, diéronla un nuevo papel en un cortejo antiguo. Más tarde la vistieron de militar o de Venus, de emperatriz o de payaso, según las necesidades de las piecillas. Rosalba, siempre contenta, aceptándolo todo, sin pedir que la aumentaran el sueldo y sin quejarse de lo fatigoso de ciertos papeles.

Un día fue necesario buscar una negra para dar color local a una escena que se desarrollaba en un mercado de esclavas de Marruecos. El director ofreció pagar el doble a la corista que se prestara a dejarse pintar el cuerpo y a permanecer echada, sobre una riquísima alfombra oriental, durante media hora diaria. Ninguna quiso aceptar. El director puso entonces un anuncio solicitando una negra o una blanca pintada de negro. Todo fue en vano. Al fin se decidió a proponerle el papel a Rosalba, y Rosalba aceptó. Fue

la esclava; dejóse vender y manosear por eunucos y mercaderes; estiró las piernas desnudas para que los coristas, que figuraban a los compradores, la examinasen a su antojo y en muchas ocasiones, no teniendo ganas de mojarse el cuerpo después de la función, marchóse a su casa aún embardunada de negro.

En la intimidad de la vida, Rosalba era tan complaciente como en el teatro. Perezosa como una criolla, dejábase llevar por la corriente del destino, tratando de no ver sino el aspecto agradable de las cosas. Y como no tenía ni grandes esperanzas ni grandes deseos, sus desilusiones no eran nunca muy grandes.

Tampoco su belleza era muy grande. Dos ojos negros, muy negros y muy dulces; una boca de labios sensuales y rojos; una cabellera oscura y abundosa; una nariz demasiado corta; dos orejas que habrían parecido grandísimas si el pelo no las hubiera escondido a medias, y un cuerpo... eso sí, un cuerpo de diosa...

Rip-Rip decía al verla:

—Tú debieras andar siempre desnuda.

Ella se desnudaba lo más a menudo posible, no sólo para aparecer ante el público, sino también en su casa, ante sus amigos y en fiestas familiares de poetas y saltimbanquis.

Lo más extraordinario en Rosalba era que, viviendo en una atmósfera de intrigas amorosas, de caprichos violentos, de pasiones rápidas, nadie la había jamás conocido un amante verdadero. Sus idilios duraban un día, y más que idilios eran obras de caridad, pues siempre tenían como

colaborador a un cómico triste o a un payaso abandonado. Los hombres, en efecto, no la buscaban sino muy tarde por la noche, cuando ya habían perdido la esperanza de hacer otra conquista.

VIII

Ofelia le preguntó:

—¿Entonces estás decidida a emborracharte? —Sí —repuso Rosalba.

—Y luego —continuó la cantadora—, te marcharás con el primero que desee llevarte a su casa. En verdad, te digo, yo preferiría morirme a vivir como tú vives. Porque tú no eres una mujer, sino un perro.

—Tú, en cambio —dijo el *clown*—, eres un tigre. Aquí, la única que me parece una mujer verdadera, es Luisa.

Noemí se echó a reír, asegurando que Luisa era más bien una niña.

—Véanla ustedes —dijo—. Allí está, más triste que nadie, cuando debiera ser la más dichosa de todas. ¿Y saben ustedes por qué está triste? Porque preferiría ir a acostarse con su novio a asistir a la fiesta.

El director del concierto, que acababa de entrar, dijo a la bailarina:

—Trae a tu hombre. Yo le invito.

—No —repuso Luisa—, no.

Pero ya Noemí había salido del saloncillo en busca de Eugenio, que lo mismo que todas las noches, ocupaba una butaca, esperando a su mujercita.

El director exclamó:

—Deja que le traigan... ¿acaso nos lo vamos a comer? Aquí todos somos hermanos y los hermanos de nuestras hermanas son nuestros hermanos... A la única a quien no se le permite traer a sus amantes es a Ofelia, porque sería capaz de llenarnos el escenario de anarquistas... Pero a ti se te permite todo, incluso que te comas a besos a tu chico delante de nosotros... Porque supongo que tu hombre es comible... Vamos... Que es un guapo mozo, con muchos bigotes y muchas mañas, ¿no es cierto?

La interrogada no contestó. Mirando fijamente la puerta por donde su amiga acababa de salir, permanecía inmóvil, con las pupilas dilatadas, como si una visión extraordinaria la alucinara y la atrajese...

El director continuó:

—Yo soy lo que en otro tiempo se llamaba un buen príncipe. Como a manteles con todo el mundo, mi faltriquera es una veleta expuesta a los cuatro vientos de la mendicidad vergonzante; quiero a mis artistas como a mí mismo, amén. Y a los que tienen talento, no sólo los quiero, sino que, además, los estimo. A ti te estimo y a Rip-Rip y a Ofelia y a tu hermana Noemí, también, aunque no sea tu hermana... ¡Es curioso lo que ha pasado con vosotras! La primera noche el público casi no os aplaudió, y luego os aplaude cada día más... Sin Ofelia, sin Rip y sin vosotras, sería necesario cerrar el concierto.

A medida que el amo hablaba, los artistas iban aproximándose a él, hasta llegar a formar un verdadero

corro a su derredor. El *clown*, a caballo en una butaca, con el ancho pantalón recogido y las mangas arremangadas, trataba de mantener en equilibrio sobre la cabeza de Rosalba una pluma blanca. Ofelia sonreía en su sillón señorial, oyendo las frases elogiosas a su talento dedicadas. Los demás, apiñados en sillas y divanes, escuchaban.

Escuchaban al director, que seguía hablando de este modo:

—Sin duda, soy un buen príncipe... ¿Os acordáis de Polonio diciendo a Hamlet que va a tratar a los cómicos conforme a sus méritos, e inclinándose cuando el hijo del rey le dice: «¿Mejor, Polonio, mucho mejor?». Pues yo he hecho lo mismo... El propietario del café me dijo: «No tenga usted cuidado, que habrá cena para todos». Yo le contesté: «¡Más que para todos, Polonio!».

Una carcajada general celebró la fanfarronería burlesca del director.

—¡Viva el amo! —gritó Rosalba. Los demás exclamaron:

—¡Vivaaa!...

IX

El director de Maravillas era un hombre que se hacía querer desde luego. Italiano de origen y parisiense de educación, unía a la urbanidad halagadora de los hijos de Maquiavelo, la elegancia cortés de los compatriotas de Moliere. En un cuerpo de atleta llevaba un alma de mujer y era, conforme las circunstancias lo requerían, mimoso y rudo, violento y zalamero.

Había tenido muchos nombres. Se había llamado primero José Lombardo, luego Miguel de Zorachio, enseguida Alfredo Regal y, por último, Ernesto del Rocano. Cada cambio de nombre representa en la historia de su vida un cambio de situación. Al pasar de José a Miguel, había también pasado de tabernero a propietario del hotel; del hotel, después de una quiebra dudosa y de un proceso feliz, pasó a dirigir el casino de una estación balnearia, y de la playa fue a París, con algunos miles de duros misteriosamente ganados y un nuevo nombre, a fundar el concierto de Maravillas.

Su historia no era un misterio para nadie, y el que más y el que menos, todos le consideraban como un aventurero afortunado y agradable.

Agradable nadie lo era más que él, nadie sabía escoger tan hábilmente la frase que adula y acaricia, nadie tenía

tanto fuego para probar al primer quídam venido que el porvenir le pertenecía; nadie cogía con tanta amabilidad el brazo de los amigos para decirles al oído, con tono confidencial, las más vulgares nimiedades. Era afable con todos y a todas horas. Lo era al pasar ante un desconocido a quien saludaba; lo era al dar las gracias al criado que le traía una tarjeta; lo era con los duques y los millonarios que iban a su concierto; lo era, en fin, con sus artistas, con sus coristas y con sus deudores.

Sólo con sus acreedores no lo era.

¡Oh, la avaricia de Ernesto del Rocano! El mismo Rip-Rip y la propia Ofelia, que representaban las columnas de Hércules de su fortuna, temblaban cada quince días al acercarse a la oficina en donde el director hacía sus pagos. Porque ya se sabía: el primero y el dieciséis de cada mes la paloma toscana se convertía en un oso polar, y desde muy tempranito empezaba a pasearse por los corredores del teatro, quejándose de los negocios con palabras que más bien parecían gruñidos.

Y lo más curioso era que nunca dejaba de pagar. Rip-Rip decía:

—Paga, pero pega...

Rosalba refería una anécdota, en la cual estaba resumido todo el carácter del italiano afrancesado.

Una madrugada, al salir del concierto, Rocano llamó a la artista para expresarle con melosísimas frases su deseo de pasar la noche en compañía suya. Ella aceptó. Al día siguiente, el amo la aseguró que la haría un regalo para pro-

barle su reconocimiento y dos horas después Rosalba recibió una moneda de cinco pesetas envuelta en un papel color de rosa.

Sin embargo, o quizá por lo mismo, el más gran insulto que podía dirigirse a Ernesto Rocano era llamarle avaro. «¡Avaro él!... ¡Pues no faltaba más!». Según su frase, lejos de ser un avaro era «un buen príncipe», y lo probaba ofreciendo, de vez en cuando, a sus amigos una cena, que, generalmente, no pagaba él, sino algún gran señor partidario de artísticas juergas.

—¡Aquí están! —gritó de pronto Rosalba, viendo entrar a Noemí acompañada por un chico moreno, cuyo porte tímido contrastaba con las actitudes familiares de los que concurrían al saloncillo.

Muy pálida, Luisa salió al encuentro de su amante y, cogiéndole por la mano, le presentó a sus compañeros.

—¡Es muy guapo! —dijo Ofelia.

Las demás mujeres dijeron lo mismo y los hombres, deseosos de decir algo, le dieron la enhorabuena por el entusiasmo que su presencia despertaba entre las hijas de Eva.

Sólo Rip-Rip permaneció silencioso en su sitio, haciendo como que no veía al recién llegado.

X

Dieron las doce y la función terminó. Dieron las doce y media y los invitados se pusieron en marcha, camino del café de los Príncipes, sin quitarse sus trajes de teatro sin des-pintarse los rostros. A la una de la madrugada todos estaban en sus sitios, con las servilletas sobre las rodillas y la primera copa en la diestra...

El director presidía, sentado en un extremo de la mesa. En el otro extremo un viejecito de noble aspecto ostentaba en la solapa del frac la roseta de gran oficial de la Legión de Honor. Los demás artistas, colocados por la mano del azar, repartíanse las veinte sillas restantes.

—Somos veintidós —dijo el director—, y eso es fatal.

—¿Fatal? —preguntaron tres o cuatro voces a la vez—. ¿Por qué?

—Porque en veintidós hay trece y luego nueve... lo que hace nueve más de lo necesario para la fatalidad.

A pesar de la abundancia que antes había prometido Rocano en su discurso, el primer plato no bastó para todos, y tres o cuatro coristas tuvieron que quedarse sin probarlo.

El vino, en cambio, era abundantísimo y si no excelente, tampoco podía decirse que fuera malo; era mediano, y para el paladar de los que lo bebían, era riquísimo.

Todos hablaban a la vez. Una confusión babilónica reinaba en la estancia. Las mujeres se quejaban del calor y los hombres de las mujeres. Los que más hablaban, los que más se movían, los que más bulliciosos mostrábase, eran los coristas, como si trataran de desquitarse así de la humilde y silenciosa actitud que tenían que conservar en el concierto durante semanas enteras.

El viejecito condecorado hacía lo posible por captarse las buenas voluntades de todos sus compañeros de cena, brindando a cada instante por la prosperidad de variedades. Rosalba, que estaba a su lado, servíale de *cicerone*, e iba indicándole los nombres y los oficios de cada uno.

—Aquel —decíale señalando al barítono de la compañía—, se llama Lorenzo... Es un cantor de mucho talento... ¿No ha oído usted hablar de él?... Sólo que es muy fatuo y se figura que todas las mujeres están locas por sus bigotes... Pero en el fondo es un buen chico...

—¿Y la rubia? —preguntó el viejecito.

—Es Ofelia... A su lado está Rip-Rip, el *clown* que es muy bueno y muy inteligente... Sus enemigos dicen que está loco. ¡Más loca estoy yo! También dicen que mató a su mujer. ¿Verdad que no es cierto? ¡Pobre Rip-Rip! Yo le creo incapaz de matar una mosca.

—¿Y Ofelia? —insistió el anciano.

—Ofelia es la rubia, la que está junto al director... ¿Ha visto usted a las hermanas? No son hermanas... son bailarinas. La más pequeña se llama Luisa y la otra Noemí. Apenas hace dos meses que están en el concierto y ya tienen

más éxito que los demás. Porque eso sí, como saber bailar ¡ya lo creo que saben! Y lindas, ¿verdad? Luisa ha traído a su cariñito, que es ese chico moreno que está a su derecha. ¿No le conoce usted? Yo, tampoco... Parece un estudiante

El caballero condecorado preguntó por tercera vez:

—¿Y Ofelia?

—Ya se la enseñé a usted: es la rubia. Tiene mucha fama, porque los periódicos aseguran que ha creado un género nuevo y que representa el alma de la plebe. A mí no me gusta su voz... y además, es muy brusca, sin contar con que..., pero tal vez son calumnias.

—¿Qué?

—Que dicen que es muy viciosa, que tiene costumbres horribles, que anda metida con asesinos y mujeres de mala vida... En el concierto sólo Rip-Rip se atreve a mandarla a paseo; los demás le tienen miedo y aunque... yo no la quiero...

Un murmullo general interrumpió a Rosalba. Al ir a colocar una fuente llena de setas a la provenzal en medio de la mesa, uno de los camareros había dejado caer la salsa sobre el traje de dos coristas.

Todo el mundo se puso en pie...

—¡Que le aspen! —gritaban unos, señalando al camarero.

—¡Que se desnuden! —exclamaban otros, aludiendo a las coristas...

Estos últimos fueron los que a la postre lograron el triunfo de su moción, pues las coristas se vieron obligadas

a quitarse los talles mojados, con objeto de hacerlos secar junto de la lumbre.

Al tratar cada uno de recuperar su puesto, Rosalba halló el suyo ocupado por Ofelia que, con las manos bajo la mesa, acariciaba ostensiblemente las piernas del anciano, y que la dijo sin volver los ojos hacia ella:

—Ve a mi puesto, que el amo está excitado.

Cuando los mozos presentaron el último plato, ya nadie tenía apetito... Nadie tenía apetito y sin embargo, nadie había comido.

Los diálogos, truncados y mezclados producían un efecto verdaderamente cómico.

—¡El champaña!

—¡Los postres!...

—¿Te gustan sus ojos?

—¡Yo prefiero el pollo!

—Es el príncipe de Borbón.

—No, mujer; ¡una pierna!

—¿Y su condecoración, pues?

—¡Que me hacen cosquillas bajo la mesa!

—Es Rip-Rip...

—¡Mi corazón!

—Que lo saquen...

Todos estaban borrachos y los que no lo estaban, al menos lo parecían. Luisa misma, siempre grave y circunspecta, había echado un brazo alrededor del cuello de Eugenio, y con las pupilas llameantes de deseo, mirábale de hito en

hito, como temerosa de que alguien pudiera disfrutar más que ella misma del espectáculo del adorado rostro.

De pronto, una voz estridente y canallesca estalló en la sala, dominando todos los demás ruidos. Era Ofelia que cantaba, arrodillada ante el viejecito, una romanza parisiense, llena de promesas lascivas y de eróticos reclamos.

—¡Magnífico! —dijo el director, frotándose las manos. Y luego continuó al oído de Rosalba:

—No es el príncipe de Borbón, pero es un diplomático ruso, más rico que toda Inglaterra y más barbián que París entero. Hace quince días que no deja de venir una sola noche a Maravillas, con objeto de ver a Ofelia, porque algunos le han dicho que nuestra cantadora es una mujer que ha descubierto vicios nuevos... Pero Ofelia no sabrá aprovechar la circunstancia y se contentará con un collar de perlas o con un diamante cualquiera. ¡Oh!... ¡Si yo fuera mujer!... ¡Si yo fuera mujer!...

Una pausa. Enseguida:

—¿Con quién te vas tu esta noche?

—¿Yo?... sola.

—¿No quieres venirte conmigo? Justamente he recibido una mortadela de Nápoles, que no hay más que comerla... y, si quieres, nos haremos una cenita antes de acostarnos, porque aquí casi no hemos comido. ¿Vienes? —Rosalba se echó a reír, estrechando al mismo tiempo, con efusión, las manos del amo, para manifestarle así su asentimiento y su dicha.

Un grito femenino, nervioso y desgarrador hizo volver a todo el mundo la vista hacia el centro de la mesa. Rip-Rip acababa de destapar una botella de champaña bajo las enaguas de Noemí y el corcho había herido levemente a la asustadiza bailarina.

Luisa dijo a su amante:

—Vámonos... sin despedirnos... Yo no estoy bien aquí, y además tengo ganas de estrecharte libremente entre los brazos... Vámonos...

XI

Al encontrarse solos en la puerta del café, los dos enamorados experimentaron una sensación de desahogo y de consuelo.

—¿Tomamos un coche? —preguntó Eugenio.

—No —repuso Luisa—, andemos un poco.

Eran las cinco de la mañana. La luna lívida, como fatigada por haber pasado la noche fuera, lucía aún en el horizonte. La claridad tenue de la aurora envolvía los techos de las casas en un manto dorado, dejando aún las calles sumidas en una penumbra muy pálida y muy dulce. Un soplo ligero, lleno de emanaciones sin nombre y de aromas desconocidos, oreaba los pulmones y hacía palpitar las hojas de los árboles. De cuando en cuando, una carreta llena de frutas o una mujer con un saco al hombro, pasaban rápidamente, interrumpiendo la silenciosa gravedad del amanecer.

—¡Y pensar que a las nueve en punto es necesario que esté en la oficina! —murmuró Eugenio.

—¡Pobrecito! —repuso Luisa—. Pero ¿no podrías ausentarte un día?

—No, ya sabes que no.

—Un día no es mucho. ¿Qué harías, entonces, si estuvieses enfermo? Eugenio no respondió nada; pero al cabo de algunos instantes prosiguió:

—No; es horrible, verdaderamente horrible, la vida que yo llevo en esa casa... Ya te he dicho que el principal no me quiere bien y que aprovecha todas las ocasiones para molestarme, sobre todo desde que sabe que vivo contigo. Hoy, si llego con los párpados fatigados, me dirá que es porque paso las noches en las tabernas; y si no llego, se quejará al Señor Levy... Lo peor es que al fin un día le doy una bofetada y me marcho de la casa... y como no querrán concederme entonces buenos informes, no encontraré otro empleo.

—¿Por qué no buscas desde luego?

—Por falta de tiempo. ¿A qué hora quieres que busque, si trabajo todo el santo día? Para encontrar algo que me convenga, sería necesario disponer de una semana.

—Bueno... eso no importa.

—Sí importa, porque no tengo dinero. Si hubiera economizado algo para tener la comida segura durante unos quince días, ya sería otra cosa.

—¿Quieres que yo te preste algún dinero, mientras encuentras un buen empleo?

—No... no...

—¡Pero si me le pagarás, hombre!... Y por otra parte, ¿no es todo de los dos?

—No... no... eso no.

—¡Sí!... Vamos a acostarnos...

Silenciosamente, los enamorados continuaron su camino andando sin prisa, dichosos en apariencia de renovar el aire malsano absorbido durante la orgía por sus pulmones.

El cielo parecía a cada paso más claro y más áureo. La luna disminuía de volumen, inmovilizándose en el mismo sitio y muriendo de consunción como una enferma del pecho. En las bocacalles y en las encrucijadas, la claridad auroral formaba cruces y estrellas de luz sobre el asfalto del arroyo, y sólo el lado de las aceras seguía sumido en el claroscuro melancólico del amanecer indeciso.

Eugenio reflexionaba sobre su situación, enterneciéndose al pensar en su destino. ¡Ser empleado de una casa de comercio, trabajar doce horas diarias para ganar siete pesetas al día; estar pagado como los obreros, y tener hábitos de señorito y dignidad de caballero. Aguantar por necesidad las impertinencias del principal y no poder hacer otra cosa en la vida!

En verdad, ante sus propios ojos no había situación tan triste como la suya.

Lo más extraño era que había pasado varios años sin notarlo: siendo un oficinista modelo, trabajando como todos sus compañeros y no esperando sino lo que sus amigos esperaban. Había nacido a la vida personal en un despacho lleno de plumas y de papeles, sin más horizonte que el armario de los libros de contabilidad y sin más ambiciones que los ascensos parsimoniosos establecidos por el escalafón de la antigüedad... Y así habría continuado toda la vida,

si la fatalidad no se hubiese interpuesto en su camino, como el gran tortuoso de Ibsen en la ruta del lamentable Gint...

Pero había llegado Luisa para enervarle con el perfume de su cuerpo joven, para debilitarle con el fuego de sus caricias, para hacerle ver que el dinero podía ganarse sin necesidad de ir a una oficina y desde entonces, en su cerebro de empleadillo revoloteaban mil ideas de independencia y mil esperanzas ambiciosas...

XII

Durante los ensayos Luisa ejecutaba su papel con una es-
crupulosidad irreprochable, como si estuviera ante el pú-
blico y dejando siempre atrás a sus compañeras. En general
hacíase aplaudir por todos los artistas presentes.

—Es admirable —decía Rip-Rip a Ofelia— la elasticidad, la elegancia, la belleza y la sencillez de esa chica. Noemí vale mucho, sin duda, y cuando está sola parece inmejorable; pero al lado de Luisa todo palidece. En la ópera, hoy por hoy, no existe una sola bailarina que sea capaz de hacer lo que ella hace... ¡Es admirable!

—Ten cuidado —respondía Ofelia sonriendo sarcásticamente—. Tu admiración comienza a rayar en amor apasionado.

—No seas tonta... ¡Si podría yo ser su padre!

—Peor aún, a los sesenta se ama sesenta veces más que a los cuarenta. En el otro extremo del escenario, Luisa y Noemí hablaban muy quedo.

—Verás —decía la primera respondiendo a una pregunta relativa a su amante—, el pobre se desespera por encontrar trabajo, pero no halla nada, en ninguna parte. Hace tres días le ofrecieron un puesto en Burdeos y tuve que echarme a llorar para que no le aceptara. Figúrate que

le iban a dar cincuenta duros... ¿Qué hubiéramos hecho los dos con eso en una ciudad donde yo no puedo trabajar? No... y además no quiero que se vaya de París. Al fin y al cabo, mientras yo esté en el concierto no ha de faltarle nada.

—Está bien: en tales asuntos cada cual hace lo que le parece, y nadie tiene que meterse en la vida privada de los demás. Sólo que, como amiga, debo decirte que aquí ya todos saben que Eugenio no trabaja y que vive de lo que tú ganas. Ayer, justamente, Ofelia me preguntó por ti y por tu «chulo».

Una llama de púrpura incendió el rostro de Luisa, cuyos grandes ojos se volvieron a uno y otro lado, buscando a la cantadora deslenguada.

Noemí trató de calmarla diciéndola:

—Te ruego que no te des por entendida... Hazlo por mí y por él, que al fin y al cabo sufriría mucho enterándose de que te has visto precisada a defenderle. Yo te digo eso para que en lo sucesivo no dejes traslucir lo que sucede en tu casa. Aquí el único que nos tiene cariño es ese pobre Rip, que parece loco por ti. Los demás, o son unos grandísimos egoístas como el director y Rosalba, o son unos péfidos como Ofelia, o son unos semidioses como el barítono. Yo no deseo cometer la tontería de acostarme con ningún compañero, y cuando quiera un cariño lo buscaré fuera. Condúctete lo mismo que yo.

—Yo me conduzco como puedo —repuso Luisa cuya cólera momentánea habíase trocado en ternura para su amante. Aquí nadie me importa un bledo, y la que no esté

contenta de mí que lo diga... ¡Pobre Eugenio! ¡Llamarlo chulo!... ¡Si supieran el esfuerzo que tengo que hacer a cada momento para obligarle a aceptar algo, no hablarían así. Y además, si les parece un chulo despreciable, ¿por qué se pasan la noche enviándole besos a hurtadillas y echándole piropos? ¡Pobrecito!... No hay nadie que sufra tanto como él a causa de su posición actual...

XIII

Eugenio no era ni un vividor sin escrúpulos, capaz de gastarse con frescura el dinero de una querida, ni un hombre fuerte, decidido a sacrificarse y a alejarse de las tentaciones.

Era sencillamente un hombre débil.

Cuando, al salir del café de los príncipes, Luisa le suplicó por la primera vez que aceptase algunos cuartos prestados, con objeto de subsistir durante los quince días que le eran necesarios para encontrar otro empleo, su alma sintióse humillada y su voluntad formó el firme propósito de seguir trabajando como hasta entonces en el mismo sitio. Y a pesar de no haber dormido, asistió a su oficina.

Al día siguiente también asistió, pero la labor burocrática parecióle más tiránica que nunca, y sin darse cuenta de lo que hacía, obedeciendo a un impulso interior e irrazonado, marchóse antes que sus compañeros, y no volvió más. Durante la primera semana de cesantía se resistió enérgicamente a aceptar nada de su querida; levantose muy de mañana, y fue de puerta en puerta ludiendo un puesto productivo a todos los comerciantes de su barrio, sin conseguir algo que valiese la pena de ser aceptado. Una nueva semana transcurrió enseguida, durante la cual su actividad

disminuyó y sus esperanzas menguaron, sin que su alma dejase de sentir grandísima repugnancia por el oro que su mujercita le ofrecía.

Hijo de un oficial; acostumbrado a oír hablar del honor desde la cuna; educado en la estrechez burguesa de las ideas preconcebidas; creyendo que es más noble morir de hambre que robar; siendo, en suma, víctima de dos mil años de falsa cultura social, Eugenio no podía figurarse en su situación futura, sin terror y vergüenza. Una nulidad inconsciente, derivada de un oscuro pretérito hereditario, listaba en sus meditaciones prácticas y una concepción tan frívola cual ingenua de los deberes del hombre, hacíanle creer que sus hidalgas manos se mancharían recibiendo un duro de una mujer.

Sin embargo, una noche Luisa le dijo:

—¿Quieres que vayamos a tomar algo al café de la esquina?

—Vamos —repuso maquinalmente Eugenio, sin acordarse de que su faltriquera estaba vacía.

La bailarina se bebió una copa de jerez y como ya era tiempo de llegar a Maravillas, levantose y dijo a su amante:

—Ven a buscarme a las once.

—Sí —repuso este—, pero déjame una peseta para pagar... se me había olvidado... mañana te la devolveré.

¡Una peseta! Luisa le dio su portamonedas, en el cual había cinco duros, y le dio también emocionada y contenta, las más expresivas gracias por admitir lo que tantas veces le había ofrecido. Luego...

Luego sucedió lo que fatalmente tenía que suceder. «¡Era indispensable, qué demonios!».

¿Acaso iba el pobre a morir de hambre? Y además Luisa reñía una manera tan delicada de darle dinero sin dárselo, sin hablarle de eso, dejándolo como por casualidad en una mesa.

Los días y las semanas transcurrieron.

Tres meses después de haber abandonado su empleo en casa de los señores Levy, Eugenio seguía buscando un destino, pero ya no con la febril actividad de un principio, sino perezosamente, a la manera de los Rodolfos y de los Marcelos que, en la novela de Murger, se pasaban las tardes en el bulevar San Miguel esperando a la fortuna, y que sólo de vez en cuando preguntaban a un amigo: «¿La has visto?». «¿A quién?». «A la riqueza». «¡No!».

Nadie la veía, en efecto.

Los casos análogos al de Eugenio no son raros en las grandes ciudades de placer, donde una chica guapa tiene siempre más ocupaciones de las que necesita y donde, por el contrario, un muchacho trabajador no encuentra los medios de ganar honradamente su vida. Lo raro es encontrar, entre los que ejercen la rufianería, temperamentos como el de Eugenio que era bueno, que era honrado y que no tenía en el alma germen ninguno de aventurero.

Al hacer la corte a Luisa, su único deseo consistió en tener una querida bonita que fuese a verle de cuando en cuando y que alegrase sus domingos con la frescura de una carcajada idílica.

Algo más tarde, al decidirse a vivir con ella, propúsose trabajar más que nunca para conseguir pronto un ascen-

so y llevar una existencia casi conyugal. Pero la bailarina principió a ganar cuatro duros diarios en un concierto, trabajando durante una hora, mientras él seguía cobrando tres veces menos por un trabajo diez veces mayor; y desde entonces sintióse humillado y triste, con menos fuerzas que nunca para la labor cotidiana, ya casi sin esperanzas de conseguir algo digno de sus propios méritos.

Su alma indolente y tibia hubiérase, sin embargo, resignado a seguir siendo lo que hasta entonces había sido, si en vez de la influencia de una mujer hubiese sentido la influencia de una madre o de un amigo verdadero. Y decir «su alma» quizá es excesivo. ¿Tenía acaso un alma? A lo sumo un alma de mujer, flotante es maleable, débil y vacilante, incapaz de esfuerzos serios y de verdaderas determinaciones. Él mismo confesaba que jamás había odiado a nadie; y si hubiera sido franco para consigo mismo, también hubiera podido decir que nunca había amado a nadie. Luisa misma era para él un simple deseo de ternura y de caricias que poco a poco iba convirtiéndose en una costumbre. En cuanto a quererla con amor apasionado, como ella le quería a él; con amor loco, sensual, tiránico, capaz de inspirar sacrificios y vehemencias; con amor sin restricciones y sin razonamientos, no; no la quería así. Y no la quería así, porque cuando así se quiere no se sabe cómo se quiere, mientras que él lo sabía: sabía que al acostarse, por la noche, su carne joven y vigorosa sentíase atraída por la carne de su compañera de lecho; sabía que sus labios gozaban al confundirse con los labios amados; pero sabía también que, por la tarde,

era más agradable dar un paseo solitario o ir a charlar con los amigos al café, que permanecer al lado de *ella* en la penumbra de la alcoba.

Luisa, en cambio, amábale sin saber cómo ni por qué, con toda el alma y con todo el cuerpo.

XIV

Cada vez que alguna de sus compañeras le preguntaba:

—¿Y tú, qué haces? Noemí respondía:

—Yo, nada... trabajar...

Pero no era cierto. Con su carácter vivaracho, con su gran actividad cerebral, con su deseo de no ser menos que las otras, la bailarina llevaba una existencia agitada en el fondo, aunque muy tranquila en apariencia. Una de sus más grandes preocupaciones era la belleza de su cuerpo, belleza que trataba de realzar y de completar por medio de cosméticos y de adornos.

En tanto que la *toilette* y el guardarropa de Luisa seguían siendo modestísimos, los de Noemí parecían vidrieras de un museo de elegancias femeninas. Todas las pastas olorosas, todas las esencias, todas las lociones inventadas por la química moderna para suavizar la piel o para hacer más abundosa la cabellera, todos los colores del iris humano, en el cual hay cien blancos diferentes, cien rosas, pálidos unos y otros encendidos, cien carmines del carmín claro de las mejillas al carmín profundo de los labios, y cien azules que principian en el nácar de las venas para terminar en el reflejo de ala de cuervo de las cejas; todo lo que podía ser útil o agradable al cuerpo, en fin, figuraba sobre el

mármol de su tocador. En cuanto a sus trajes íntimos, a sus peinadores de diáfana batista o de ligeras sedas inglesas, a sus camisillas multicolores, a sus pantaloncillos floridos, bordados, festoneados; a sus corsés y a sus lazos de cinta, eran tan numerosos como elegantes. Cortadas conforme a antiguos y riquísimos modelos, todas esas prendas íntimas distinguíanse de la ropa que en los grandes bazares se vende, como las levitas hechas por Richard se distinguen de las compradas en el Puente Nuevo. Entre las camisas, especialmente, había algunas deliciosas, ligeras cual si fuesen de bruma rosada, con grandes flores, que marcando las curvas del cuerpo, indicando cada sitio, simbolizando cada encanto, hacían a la bailarina una envoltura primaveral y perversa.

Por la mañana, al levantarse, Noemí se pintaba el cuerpo, como otras se pintan el rostro; blanqueábase las piernas, ya de por sí muy blancas, acentuaba los cabrilleos nacarados de las venas y daba a las puntas de los pechos un color vivísimo de geranio.

—Es mi único defecto —solía decir a Luisa cuando esta se reía de sus secretas coqueterías.

XV

Todas las noches, después de cenar, Eugenio dirigíase hacia el concierto de Maravillas, en donde artistas y empleados considerábanle ya como de la casa. Al entrar, su primera visita era para el director a cuyas órdenes se ponía humildemente. Luego iba de cuarto en cuarto, saludando a los amigos. Por fin, tomaba asiento en un rincón del saloncillo, y principiaba a charlar con los tertulianos sempiternos. De vez en cuando, Luisa sentábase a su lado, le acariciaba suavemente durante breves instantes y luego huía de nuevo hacia el proscenio, en donde su presencia era muy a menudo indispensable.

—¡Cuánta suerte tienes! —decíanle los hombres. Las mujeres le decían:

—¡Cuánta suerte tiene tu queridita!

Porque Eugenio había llegado a gozar de gran prestigio entre las chicas del teatro.

Una noche, Rosalba le aseguró en alta voz, ante todo el mundo:

—Si no estuvieras «casado» me acostaría contigo.

—Para eso —repuso riendo el chico— sería necesario que yo también quisiera.

—Ya lo creo que querrías —terminó la corista—. Los hombres *quieren* siempre...

Luisa veía las miradas y las sonrisas que sus compañeras dirigían a su amante.

Lo que no veía era las sonrisas y las miradas que su amante dirigía a sus compañeras.

XVI

Discreto y orgulloso, Eugenio continuaba pareciendo siempre el mismo reservado caballero, sin grandes deseos y sin agudo ingenio, que sabía contentarse con las caricias deliciosas de su querida y con los goces superficiales de su vanidad satisfecha. Su alma hermética era la misma en apariencia, pero en el fondo había cambiado algo o mejor dicho, habíase modificado, por causa de la atmósfera malsana del concierto, en el cual los perfumes capitosos y las triunfantes desnudeces de las artistas, sugeríanle a cada instante visiones nunca antes entrevistas, obligándole a soñar en aventuras extraordinarias.

La que mejor sondeaba el fondo de su ser era Ofelia —la sutil, la viciosa, la penetrante Ofelia— que en su deseo de corromperlo todo no perdía ocasión de hablar con el amante de Luisa en un rincón oscuro de los pasillos y de contribuir con hábiles palabras a la transformación de un alma joven e indecisa.

—¿Se divierte usted mucho en el saloncillo? —preguntábale a menudo la cantadora.

Y Eugenio, sin saber qué decir, respondía:

—No... no mucho...

—Naturalmente... Un hombre como usted no puede divertirse entre señores necios y mujeres estúpidas.

—¿Y adónde quiere usted que vaya a esperar a Luisa?

A cualquier parte, al café... o a mi cuarto, si no tiene usted miedo de inspirar celos. Yo también me fastidio infinitamente en el saloncillo, y si tuviese un amigo capaz de hablarme de cosas con interés, como usted, no saldría de mi celda...

Una noche, al fin, Eugenio se decidió a presentarse en el cuarto de Ofelia, mientras su querida bailaba, pensando en él, los aires bohemios de Rocano. La ilustre artista encontrábase desnuda, y al oír que alguien llamaba a su puerta, exclamó:

—Estoy vistiéndome... ¿quién es?

—Soy yo —repuso el chico—. Perdone usted, vendré más tarde...

Reconociendo la voz de Eugenio, la cantadora abrió la puerta y en la apoteosis dorada de su rubia desnudez, apareció ante él.

—Entre usted, entre usted, que para un amigo verdadero yo no tengo nunca secretos... Entre usted...

Un silencio tan largo como penoso reinó enseguida en la reducidísima estancia. Los trajes de que Ofelia acababa de despojarse y que conservaban aún el olor de su cuerpo, yacían sobre la alfombra, formando un nido de sedas y de encajes. Cien aromas de tocador, confundiendo sus emanaciones con el perfume femenino de la carne sudosa, vagaban en la atmósfera: la claridad de la lámpara, cuyo globo

rosado resplandecía bajo una cortina roja, daba a los espejos, por su luz iluminados, titilaciones carnales y vacilantes.

Uno frente a otro, el hombre joven y la mujer viciosa, permanecían de pie, callados. Esta fue la que rompió el silencio, para decir:

—Usted me dispensará que le reciba así, ¿no es cierto?... Entre artistas no es fácil hacerse recibir de una manera muy pulcra. Luisa misma, que es tan seria, debe de encontrarse a veces cual yo me encuentro ahora, cuando sus amigos van a felicitarla por sus triunfos.

Eugenio no se había figurado jamás que su querida pudiese aparecer medio desnuda ante un hombre que no fuera él; y la visión que la cantadora hizo de pronto surgir ante su retina, prodújole una inquietud angustiosa. ¿Luisa desnuda?... Todo su amor propio rebelábase contra tal idea.

Instintivamente volvió la vista a la puerta, como buscando el medio de tornar hacia el sitio en donde podía encontrarse su mujercita.

Ofelia continuó:

—Los hombres no piensan lo mismo que nosotras y siendo ciegos en las circunstancias serias, conviértense en linceos cuando en verdad la cosa no vale la pena. Los hombres son mil veces más sensuales que las mujeres. Para ellos, la que enseña la pierna es porque la ofrece y porque se ofrece, cuando realmente ni siquiera enseña nada... Porque dejarse ver no es enseñarse. Para enseñar algo, es necesario descubrirlo con intención, levantar la falda, por ejemplo...

Pero nosotras, las que vivimos generalmente desnudas, no enseñamos nada. ¿Qué hemos de enseñar si no tenemos ningún encanto secreto? Así Luisa, que en la vida privada es honradísima, en el teatro se desnuda todas las noches.

—¿Por qué me habla usted de ella? —preguntó Eugenio, queriendo ser categórico y no consiguiendo sino mostrarse susceptible.

—¿Le ofendo a usted?

—No, pero prefiero que hablemos de otra cosa.

Ofelia se aproximó a él y, sonriendo con su sonrisa enigmática, le acarició las mejillas.

—Soy muy torpe —dijo—. A los enamorados no se les debe decir el nombre de la mujer querida, sino rodeándolo de adjetivos encomiásticos.

Después, como recitando ante el público, con la mano izquierda levantada hacia el cielo y la derecha siempre sobre el rostro del chico, prosiguió:

—¡No! ¡No! ¡No se desnuda! ¡No se desnuda nunca!... ¿Desnudarse ella?

¡Jamás! Las santas duermen vestidas y sólo nosotras, las impuras, las pecadoras, las condenadas, ofrecemos el espectáculo escandaloso de nuestro cuerpo sin pudor a los fanáticos del vicio... Nosotras somos la perdición y somos el ave de presa, y somos también el abismo tentador, mientras ella es la paloma inmaculada, el armiño sin mancha, la sombra blanca y protectora...

Eugenio murmuró:

—No me hable usted así. Yo la estimo a usted tanto como a Luisa... Pero no se burle usted de ella.

En apariencia, por lo menos, la cantadora mostrábase poco dispuesta a reír. Sus labios crispados y sus pupilas llameantes, denotaban más bien en ella la cólera que la ironía.

—No me burlo de nadie —dijo al fin—. Pero usted, ¿por qué me ofende? Cuando hace un minuto le dije que esto de recibir, casi desnudas, la visita de un amigo podía sucedernos lo mismo a mí que a Luisa, y lo mismo a Luisa que a Noemí, usted creyó que la comparación era insultante para su querida.

—¿Yo?...

—Sí, no lo niegue usted... eso se ve.

En realidad, el pensamiento de Eugenio no había ido tan lejos. Había sentido, sí, que alguien pudiera suponer que su querida dejábase ver desnuda por un hombre cualquiera; mas ninguna comparación humillante para Ofelia pasó por su cerebro. Ofelia le parecía una artista admirable.

—Al contrario —exclamó con verdadera sinceridad—, yo la estimo a usted tanto, que me alegraría de que Luisa se le pareciese...

—¿Aunque no fuera más que en eso de recibir a sus amigos sin camisa?

El chico sufrió de nuevo ante la visión de su querida desnuda, pero ya no como algunos minutos antes.

—¿Aunque no fuese más que en eso? —insistió Ofelia tomando asiento a su lado en el diván y contemplándole irónicamente—... ¿De verdad?

Alguien llamó a la puerta.

—¡No abra usted! —dijo Eugenio, temeroso sin saber de qué. La cantadora sonrió, murmurando al oído de su compañero:

—¡Si fuera Luisa!

—¡Soy yo! —gritó Rip-Rip, llamando de nuevo a la puerta—. ¿No quieres venir a cenar, a la salida?

Silencio.

Ofelia y Eugenio no se movieron. El *clown* se alejó al fin, diciendo en alta voz:

—¡Debe de estar con un maquinista!

La cantadora levantose con un ademán rápido, y yendo hasta la puerta, sacó la lengua y rugió, entre dientes, un insulto contra Rip.

Eugenio se puso de pie también.

Y la despedida fue rápida y fue helada.

XVII

Al ver entrar a Eugenio en el saloncillo, Rip-Rip le preguntó, mirándole fijamente:

—¿Y usted no quiere venir?

—¿A dónde?

—A cenar con nosotros. Creí que había usted oído. Cada uno paga su cena, lo mismo los hombres que las mujeres, pero es extraordinario que no haya oído usted...

En Maravillas, como en todos los teatros, las puertas eran transparentes y las paredes tenían oídos. Las cincuenta personas reunidas durante la noche en el espacio pequeñísimo de los bastidores, acechábanse continuamente y empleaban más actividad en descubrir intrigas galantes que en llenar sus deberes artísticos. Cuando una pareja de enamorados iba a buscar el recato de la sombra en los pasillos interiores, era difícil que dos pupilas, brillantes de curiosa malicia, no turbasen, de lejos, la idílica oscuridad.

Al volver del cuarto de Ofelia sin lograr respuesta ninguna, el *clown* había encontrado al telonero que, desde luego, y sin esperar que se lo preguntaran, le dijo con quién estaba a la sazón la cantadora.

El amante de Luisa, sin embargo, no podía creer que Rip supiese de dónde venía y tomando por simple humorada la extrañeza de la pregunta, respondió:

—Mil gracias... vamos a acostarnos.

Luisa aseguró lo mismo. Iban a acostarse. Estaban cansados... tenían que levantarse temprano.

«Si yo tuviese una queridita así, dijose mentalmente el payaso, ni me levantaría nunca de la cama, ni me echaría jamás en el sofá de Ofelia».

Luego agregó en alta voz:

—Hacen ustedes bien. Las cenas no sirven sino para divertir a los que no pueden animarse de otro modo. Ustedes, que pueden gozar a solas, no deben perder el tiempo pues, al fin y al cabo, lo mejor que un hombre y una mujer pueden hacer en este momento es desobedecer el sexto mandamiento.

—¿El sexto? —preguntó Rosalba—, ¿cuál es el sexto mandamiento?

—No pedir dinero a su director —repuso Ernesto Rocado apagando las luces del saloncillo y dando la señal de la salida.

XVIII

Eugenio seguía meditando sobre su visita a Ofelia, sin lograr darse cuenta de si había hecho bien o mal. Sus escrúpulos, más que puramente morales, eran prácticos, y lo que en realidad preocupábale, no era saber si resultaba pecaminoso visitar a una actriz desnuda, sino formarse una idea justa de las probabilidades que había de que su mujercita no lo supiera nunca. Porque eso sí: no quería, de ningún modo, disgustarla.

Al comenzar a desnudarse, cuando Luisa, con los brazos descubiertos, se aproximó a él y le acarició tiernamente cerca del lecho, otra duda hizo trabajar su cerebro. «¿Sería verdad lo que Ofelia le dijera dos horas antes? ¿Podría ser cierto que su querida recibiese en camisa a los caballeros que la iban a felicitar?».

Al cabo de un largo rato de cavilaciones, decidióse a preguntarlo, pero la fórmula interrogativa le detuvo. ¿Cómo hacer esa pregunta en electo? Si decía simplemente: «¿Te enseñas tú desnuda?», la otra respondería: «no». Lo mejor era buscar un medio indirecto, algo que pareciera una generalidad, una frase sutil que envolviera en sus redes a todas las artistas de Maravillas... Al fin se atrevió, y dijo:

—Lo más fastidioso para ustedes debe de ser eso de recibir visitas en el momento de vestirse.

—¿En el momento de vestirnos? —exclamó Luisa—. Eso sólo Rosalba y Ofelia lo hacen. Nosotras jamás.

La respuesta produjo una impresión consoladora en el alma del chico. La bailarina continuó:

—La pobre Rosalba lo hace por sencillez y casi sin notarlo, mientras que Ofelia lo hace intencionadamente para excitar a los que llegan a visitarla. Yo nunca la he visto desnuda, pero dicen que es muy linda y que, aunque parece vaca, no lo es en la intimidad.

Eugenio pensó: «en efecto, no lo es». Y la imagen esbelta y rubia, delgada a la vez que carnosa, con delicados contornos de pecho, con finas curvas de caderas y de piernas; la imagen casi dorada a la claridad del gas, casi adolescente en su delicadeza de líneas; la imagen bellísima que, por causa de la timidez y del desconcierto no pudiera admirar a su antojo en la realidad de la aparición, surgió de nuevo en su recuerdo, y fue precisándose con todo y la complicidad tentadora de sus detalles y de sus encantos. Allí estaba Ofelia, obsesionante y solícita. Allí estaba, de pie ante sus ojos cerrados, levantando una mano para dejar ver los rizos menudos del sobaco y acariciándole con la otra mano las mejillas. Allí estaba, irguiendo los pechos de afilados y purpurinos pezones, cruzando las mórbidas piernas. Inclínándose ligeramente hacía la derecha para que uno de sus muslos pareciese más amplio y más redondo..., allí estaba...

—¿En qué piensas? ¿Por qué no te acuestas?

Eugenio volvió la vista hacia el lecho y pudo contemplar a Luisa, desnuda cual la imagen que su memoria acariciaba, estirándose voluptuosamente con movimientos perezosos y felinos sobre una manta de seda, cuyo color de rosa primaveral avivaba los tonos suaves de su cuerpo joven, de su cuerpo rítmico, de su admirable cuerpo de Venus moderna, menos perfecto que el de las clásicas Afroditas, pero más coqueto, más abundante en morbideces provocadoras, más afrodisíaco, en fin.

—Es verdad —repuso —, espérame un segundo.

Y jurándose a sí mismo que no volvería a pensar en otra mujer mientras aquella fuera suya, acostose enseguida y calmó su sed de caricias a grandes sorbos glotones.

XIX

Durante toda una semana, Eugenio no quiso llegar al concierto sino a eso de las once de la noche, cuando ya su querida había acabado de bailar y le esperaba en el saloncillo, en medio de todos los artistas congregados. «De ese modo, decíase, Ofelia no tendrá ocasión de hablarme a solas». Y en efecto, no las tenía o al menos no las tenía como antes, y se veía obligada a indicarle por medio de expresivos apretones de manos y de lacónicas indirectas, su deseo de volverle a recibir en la soledad de su cuarto.

El único que comprendía bien la pantomima discreta y hábil de la mujer de rapiña revoloteando en derredor de la presa elegida, era Rip-Rip, el *clown* filósofo, el observador perspicaz, el pobre hombre que conocía el alma de los otros y desconocía su propia alma, el hazmerreír melancólico que, siendo bueno para con el resto del universo, era cruel para consigo mismo. Rip-Rip adivinaba los deseos y las intenciones de Ofelia. Rip-Rip comprendía la cobarde indecisión de Eugenio.

Y Rip-Rip padecía ante esos dos seres, figurándose que más tarde o más temprano — ¡siempre demasiado temprano! — harían padecer a Luisa, y que Luisa lloraría a causa de ellos, con sus divinos ojos negros... y que él, Rip-Rip, llora-

ría también, entonces, sin gozar siquiera del consuelo de hacer ver sus lágrimas y teniendo que esconderse para que los demás no se burlasen de su dolor inexplicable.

Porque verdaderamente, ¿con qué derecho tomaba tan en serio los asuntos de la bailarina, él que no era ni su hermano, ni su amante, ni su padre; él que ni siquiera la conocía más que los demás artistas; él que, en suma, no era nada de ella? ¿Nada? Esta última palabra le hacía daño: ¡Nada! Y sin embargo, contenía una verdad: ¡Nada!... Él no era nada de ella, ni tenía tan siquiera por qué inmiscuirse en el secreto de sus futuros dolores y de sus problemáticas lágrimas por venir...

«¡Ah! ¡Si hubiera sido algo de ella!».

Pero al mismo tiempo que esta exclamación, una inquieta pregunta venía a sus labios: «¿Algo?. ¿Qué?». La voz burlona de Ofelia murmuraba: ¡Su amante! Los hombres no pueden ser más que amantes de las mujeres. Amantes viejos que pagan, amantes jóvenes que cobran... siempre amantes. Tú querrías acostarte con ella. ¡Anda! Y lo demás es música celestial para engañarnos y para engañarte». «No —respondía Rip— lo que yo deseara, si fuese posible desear esas cosas, es ser algo como su hermano mayor, poderla ver a menudo y a veces, ¿por qué no?, también darle un beso en las mejillas».

Si el *clown* hubiera visto algo más profundamente en su alma, habría notado que su deseo de besos no se detenía en las mejillas, sino que iba más lejos: hasta los ojos, hasta los labios. Más lejos aún: hasta el cuerpo y habría visto,

asimismo, que su cariño no tenía por objeto a la querida de Eugenio, sino a Luisa, a la bailarina, a la hembra joven. Y habría visto además —¡con cuánta tristeza!— que su temor de que Ofelia consiguiese el triunfo de sus codicias carnales, no procedía de un benévolo deseo de evitar dolores, sino de un vago miedo de escándalo que pudiera alejar a la mujer amada del concierto en donde la veía a diario.

Dos o tres veces, en realidad, al contemplar a la bailarina, casi desnuda en sus trajes de teatro, vibrando ante el público y sonriendo con sus labios de señor, el *clown* sintió deseos de precipitarse al escenario y de estrecharla con pasión entre los brazos. Mas siempre, en esos instantes, la hipocresía inconsciente de su alma supo atribuir tales impulsos a falaces pretextos de calor excesivo y de alucinación artística.

Ofelia, en cambio, comprendía perfectamente, con la clarividencia del vicio, lo que en el alma de su compañero pasaba, y disponíase a aprovechar su psicológico descubrimiento en beneficio de íntimos deseos.

Una noche dijo al *clown*.

—¿Quieres que nos los repartamos?

¡Repartírselos! El interrogado no comprendía o, mejor dicho, no quería atreverse a comprender.

—¿Repartírnoslos? —repuso con asombro— ¿Qué?

—A los chicos. Tú te la llevas a ella y yo me quedo con él.

Rip-Rip no pudo contenerse y con tono verdaderamente indignado, dijo:

—Lo que me propones es al mismo tiempo una infamia y una tontería. Ese chico tiene una querida guapa y no ha de cambiarla por una merluza seca como tú. Déjale tranquilo, no sigas persiguiéndole con tus sonrisas pintadas y con tus sobijos indecentes; no forres de ridículo tu manto de perversidad... déjale... Si estuvieses enamorada de él, se comprendería, mas por un capricho imbécil, no. ¡Acaso faltan mozos guapos en la calle? ¿O ya no encuentras a nadie para hacerte el favor?

—Encuentro más de lo que quiero, pero eso no me basta. Necesito a Eugenio...

Las pupilas de Ofelia resplandecían de tal modo, sus labios vibraban tan febrilmente, que el *clown* se sintió inquieto y, moderando el tono de su voz, le preguntó:

—¿Estás enamorada de él?

—Sí, estoy enamorada de él —con acento frío—, y no lo niego, porque no soy hipócrita como tú, que estás chocho por Luisa y lo ocultas.

—No..., yo no.

—Sí, no mientas. ¿A mí qué me importa? ¿Acaso soy yo su madre? Te encanta y la adoras. Yo también adoro a su amante, con todo el ardor del que soy capaz.

Poco a poco, en efecto, el deseo en un principio muy frívolo de entregarse a Eugenio había ido convirtiéndose para Ofelia en necesidad imperiosa, en enfermizo capricho que la hacía sufrir físicamente y que, ocupando toda su existencia sentimental, dominaba su organismo y llenaba sus noches de lascivos ensueños. Acostumbrada a vencer sin

dificultad en las luchas del *flirt* elegante y de la baja coquetería; acostumbrada a hacerse desear por adolescentes y ancianos; acostumbrada a atraerlos a todos con el prestigio de su belleza especial y de su singular leyenda, sentíase humillada por la poca atención que en sus reclamos ponía el amante de Luisa; y si al decir que le adoraba, mentía, no así al asegurar que tenía necesidad de él. Porque esa era la palabra: «necesidad», necesidad fisiológica para calmar sus sentidos hambrientos; necesidad sensitiva para calmar su inquietud interna; necesidad vanidosa para cicatrizar las heridas de su amor propio.

XX

Entretanto, Eugenio seguía huyendo.

Huía de su debilidad, de su deseo de aventuras, de sus tentaciones sensuales, de su orgullo ingenuo y de sus indelebles recuerdos.

Huía de la cantadora y huía de sus propias incertidumbres.

Muy frecuentemente, en los instantes de soledad, mientras Luisa asistía a los ensayos o durante las horas de ensimismamiento pensativo, la silueta dorada e impúdica de Ofelia se destacaba en su cerebro, y resbalándose por entre sus vaporosos pensamientos, cual una víbora finísima y casi fluida, iba hasta el fondo de su ser y le acariciaba las entrañas con las puntas envenenadas de la lengua.

Los únicos momentos verdaderamente tranquilos de que el pobre chico podía gozar eran los de la noche, pues entonces, al lado de su querida, embriagándose con goces eróticos, olvidaba su larga cesantía, su situación vergonzosa y sus inquietudes de alma.

XXI

—Eres un modelo de puntualidad —dijo el director a Ofelia al encontrarla en el saloncillo más temprano que de costumbre.

—Sí —repuso la cantadora, volviéndole la espalda y yendo a colocarse frente al espejo.

—Me parece que no tienes ganas de charlar.

—No.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Y el «nada» fue dicho de un modo tan seco y tan categórico, que Rocano no se atrevió a continuar su interrogatorio y salió de la estancia renegando, entre dientes, contra los nervios de las mujeres bonitas.

—«¡Cargue con ellas el demonio! —murmuraba—; un día parecen cotorras y al día siguiente no hay medio de decirles una palabra sin contrariarlas. Por eso no hacen nunca fortuna. ¡Si yo fuera mujer..., si yo fuera mujer!».

En el escenario dos equilibristas yanquis, contratados la víspera, trataban de llamar la atención del público con la rapidez extraordinaria de sus ejercicios. Las botellas de cartón dorado, las bolas negras y los cuchillos de aluminio volaban entre sus ágiles manos, formando en el espacio, al

entrelazarse, al chocarse, al esquivarse, complicadísimos arabescos. Luego, los platos de barro pesados y sonoros, iban y venían de un extremo a otro, cruzándose sin encontrarse, aumentando su velocidad a cada instante, siendo más numerosos de segundo en segundo y describiendo más atrevidas curvas a medida que el tiempo transcurría hasta llegar a producir una impresión sobrenatural de vertiginoso movimiento.

Los espectadores, sin embargo, no aplaudían ni mucho ni poco, y la gran sala del concierto presentaba el aspecto desolado de una junta patriótica en épocas de tranquilidad política. Aquí y allá algunos caballeros engolfábanse en la lectura de los periódicos de la tarde. El cuchicheo continuo de las mujeres llenaba el espacio con un murmullo de colmena. Todo el mundo, en fin, parecía estar en el concierto, no para ver a los equilibristas, sino con objeto de esperar algo mucho más interesante. En los palcos las señoras charlaban sin recato:

—¿Ha oído usted las nuevas canciones de Ofelia?

—No. Dicen que son terribles.

—Como todas las suyas.

—Me habían asegurado que eran más inmorales aún.

—Y las hermanas, ¿qué le parecen a usted?

—¿Las bailarinas?

—Sí. Yo no sé qué es lo que bailan ahora.

—Yo tampoco. Y qué graciosas son, ¿verdad?

—¡Y qué artistas!

—Ahora creo que va a venir el *clown*.

- A mí no me gustan los payasos.
- A la edad de usted, tampoco a mí me gustaban.
- ¡Calle! Como si no fuera usted menos joven que yo...
- ¡Aduladora!... Rip-Rip tiene mucho talento.
- Y el barítono, ¿qué le parece a usted?
- Muy buen mozo.
- ¡Y qué voz! A mí me penetra...
- ¡Ah!
- Sí..., me hace como cosquillas en el alma.
- ¿Nada más que en el alma?
- No sea usted mala...
- Hablando del rey de Roma...
- Es verdad, aquí viene...

Los ejercicios de los americanos habían terminado en medio de la indiferencia general y Lorenzo, el barítono de las romanzas melosas y de los bigotes conquistadores, aparecía en el escenario saludado por un rumor admirativo de las espectadoras. Alto y delgado, con los ojos muy negros y la nariz muy recta, con la cabellera abundosa, con los labios sonrientes y la dentadura blanquísima, el cantor seducía a todo el mundo con su presencia.

Cantó durante media hora, llevándose a cada instante las manos enguantadas al corazón, entornando los párpados, imitando el arrullo de la tórtola, repitiendo sin cesar las frases monótonas del repertorio de su género, pero diciéndolas con tal ternura, con tal altivez, con tal fuego, que parecían dirigidas a todas las mujeres de los palcos. Fue el trovador medioeval, el paje rendido, el amante tímido, el

novio quejumbroso. Dijo la poética habilidad de sus caricias, la languidez de sus besos, el triunfo de sus espasmos. Fue Don Juan decadente y fue Romeo de frac. Bogó en la barquilla del amor hacia los palacios encantados en donde las castellanas burlan la vigilancia del señor celoso; escaló conventos y torres en ligeras escalas de seda; disputó su presa a los piratas raptos de cristianas. Y luego, cuando hubo hecho cosquillas en el corazón (¿nada más que en el corazón?) a las espectadoras; cuando hubo enumerado a sus dulcineas; cuando todas las mujeres, desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca, hubieron recibido el galante homenaje de su pasión liviana; retiróse por el foro, haciendo innumerables reverencias.

Noemí, que le esperaba detrás de una montaña de cartón, entre las bambalinas, recibióle con un beso en los labios y le condujo a un extremo discreto, diciendo muy quedo:

—Te adoro..., te adoro..., eres bello como un Dios. Yo seré tuya toda la vida, pero tú no me quieres.

—¡Oh, sí! —repuso Lorenzo—. ¡Con todo mi corazón!

Y el tono de su voz, generalmente fatuo, fue muy natural y muy sincero. La bailarina le estrechó entre los brazos y, hablándole al oído, prosiguió:

—¿De veras? Es necesario que seamos muy discretos. ¿No has dicho nada tú?

—Nada.

—¿Me lo juras?

—Por todo lo que quieras.

—¡Qué bueno eres! Ahora, más que nunca, es indispensable que nadie conozca nuestro amor. El duque va a venir esta noche. ¿No estás celoso?

El barítono se contentó con sonreír. No, no estaba celoso. ¿Cómo había de estar celoso de un vejstorio semejante? Al contrario, estaba orgullósísimo.

Los pasos de un maquinista les obligaron a separarse y a volver, cada uno por un lado, hacia sus cuartos respectivos; él, con objeto de recobrar la levita ordinaria; ella, para principiar a vestirse de paje. A lo lejos, Noemí vio la delgada silueta de Ofelia destacándose en la penumbra del corredor.

XXII

Una hora después, la cantadora estaba aún en el mismo sitio. A los que, al pasar junto a ella, preguntábanle lo que allí hacía, ¡tan sola!, respondíales:

—Nada. Tengo dolor de cabeza. Estoy huyendo del ruido y de la luz.

Mas no era cierto. Al colocarse en el corredor, junto a la puertecilla baja y oscura que daba acceso al vestíbulo interior del concierto, habíalo hecho con la mira de ver un momento, sin testigos, a Eugenio y de obligarle a aceptar una cita.

«Cuando entre —díjose— le hablaré con franqueza». Y enseguida principió a pasearse sin cejar un punto en su resolución, sin atormentarse el cerebro con los mil proyectos de discursos que los enamorados preparan en análogas circunstancias, sin pensar en combinaciones ni en artimañas.

Dieron las diez y media. Las bailarinas principiaron a bailar, como todas las noches, la larga pantomima bohemía, cuyo éxito, cada día más grande, hacía que Rocano se inflara de vanidad como autor y de satisfacción como empresario. Todo era para él: los aplausos y el dinero. Por primera vez en su vida pagó una quincena sin encolerizarse demasiado, diciendo apenas, cada vez que un artista se

acercaba a la caja: «¡ustedes me arruinan!». Y no pudiendo contener una sonrisa de satisfacción al ver que jamás el negocio había sido tan floreciente.

Cinco minutos después, el querido de Luisa apareció en el umbral de la puerta.

—Una palabra —díjole Ofelia—; oiga usted una palabra.

El chico, cegado momentáneamente en la penumbra del pasillo, que para los que venían de la gran sala iluminada *a giorno* resultaba sumido en una completa oscuridad, no reconoció de pronto a la mujer que a él se dirigía. Aproximose y al verla de cerca, no pudo menos de exclamar con asombro:

—¡Usted!...

—Sí... yo... Necesito decir a usted algo muy importante, y le esperaba. ¿Le incomoda a usted?

—No, de ningún modo; al contrario. Pero, ¿quiere usted que hablemos aquí?

—Aquí pueden vernos. Mejor es que vaya usted a esperarme allá dentro...

—Con mucho gusto. ¿En dónde?

—En el almacén, al lado derecho, ya usted sabe. Yo llegaré dentro de un instante. Vaya usted en seguida.

Eugenio obedeció, sintiendo en el fondo del alma un inmenso goce al ver que sus deseos de aventuras se realizaban casi a su pesar, y que la mujer cuyo cuerpo dorado apareciera con frecuencia en sus ensueños, venía a él sin ser llamada. «Al fin y al cabo —dijóse al encontrarse solo en el almacén de los accesorios teatrales—, cualquiera,

en mi caso, haría lo mismo». Los trapos amontonados en los rincones exhalaban un penetrante olor de humedad y de las pelucas femeninas, de las cintas de las comparsas, de la infinidad de objetos íntimos que las coristas habían impregnado de sudor y de perfumes, desprendíase un vaho especialísimo.

Eugenio buscaba aún un asiento cuando Ofelia llegó hasta él y le condujo hacia un extremo casi oscuro, adonde los rayos de la lámpara suspendida a la entrada no llegaban sino atenuados y moribundos; allí recorrió una cortina de terciopelo carmesí y le hizo sentarse a su lado, en un tálamo imperial hecho con cuatro cajones de pino cubiertos de papel de oro, y en cuya parte superior veíase una corona de cartón, sostenida por varios alambres en forma de heráldicos lambrequines.

—¡Eugenio! —murmuró la cantadora, tomando entre sus manos ardientes las manos temblorosas de su compañero.

El chico no se movió. Una emoción extraña, hacíaie incapaz de articular la más insignificante frase. No era que tuviese miedo, no; Luisa no podía sorprenderles en tal sitio y además estaba ocupada. Tampoco era por timidez. Desde el día en que el cuerpo dorado había aparecido ante él sin cendales por vez primera, toda ingenuidad asustadiza fue desapareciendo de su espíritu a causa de las familiaridades de Ofelia. Era sencillamente por cierta nerviosidad natural que le obligaba a preferir, sin darse cuenta de ello, en todas las circunstancias de la vida, el papel pasivo y casi feme-

nino a la iniciativa y a la acción. Durante toda su existencia, en efecto, sólo un día buscó él mismo una aventura: al hacer la corte a Luisa, al seguirla por las calles mañana y tarde, al escribirle una carta, al darle una cita, en fin, Ofelia repitió, acercándose a su vecino hasta rozarle la oreja con los labios:

—¡Eugenio!... ¡Eugenio!... Desde que usted vino a verme, hace una semana, no he dejado un solo instante de pensar en usted y usted ha sido ingrato, pues no sólo no me ha buscado de nuevo, sino que ha hecho lo posible por no encontrarse a solas conmigo... Yo estoy loca por usted, verdaderamente loca... tan loca que, renunciando a las coquetías, le he llamado con objeto de decírselo. Ahora puede usted marcharse. Lo único que deseaba era que no ignorase usted lo que sufro. ¿No se va usted?

El chico seguía inmóvil en su sitio, bajo la imperial corona de cartón, en la penumbra preñada de olores malsanos. ¿Marcharse? No. Ya que estaba allí parecía ridículo irse sin obtener algo, un beso por lo menos, y luego una promesa para más tarde. La visión de las elegantes formas un día vistas y mil veces soñadas; la visión rubia, alta, elegante, surgió de pronto en el fondo misterioso del almacén.

—¿No se va usted?

Haciendo un esfuerzo, repuso:

—¿Ya?...

La cantadora le cogió entre los brazos como a un niño y echándole la cabeza hacia atrás, besóle en los ojos y el cuello, magullóle la boca con su boca, prendióse a él cual una

sanguijuela, chupándole las mejillas, cebándose contra sus labios.

Eugenio permanecía inerte.

Ofelia se arrodilló ante él, le acarició las piernas, posó los labios sobre sus botas y, con manos crispadas por el deseo, desabrochó todos los botones, hasta poder introducir el brazo por entre las vestiduras para acariciarle el pecho, la cintura, los muslos. Más que una mujer, parecía una fiera. Con la cabeza, bruscamente, haciendo un movimiento de toro enfurecido, derribole sobre las tablas del lecho imperial y sació en su cuerpo medio desnudo, con los labios de ventosa, la sed de carne joven, de goces perversos, de lujuria devoradora, que desde hacía una semana la aguijoneaba. Al cabo de algunos minutos, cuando el chico, enloquecido, quiso incorporarse, una mano de hierro le detuvo por el cuello sobre el tálamo y le obligó a aceptar por fuerza el placer, intenso como una llama y agudo como una corriente eléctrica, que los labios hambrientos de Ofelia le imponían.

XXIII

Una noche Rosalba, cuyo cuarto estaba situado en el fondo del escenario, vio entrar en el almacén a Eugenio y a Ofelia enlazados por el talle.

«Son unos miserables», pensó. Y una idea definitiva que su bondad de alma, su cariño por la bailarina y su deseo de vengarse de los malos tratamientos que la cantadora le sugerían muy a menudo, germinó de pronto en su cerebro.

«Es necesario delatarles» —pensó.

Vistióse rápidamente y voló hacia el saloncillo a la sazón desierto. Por primera vez, Noemí y su compañera bailaban un arreglo de Rocano, en el cual, vestidas de negro la una y la otra de blanco, representaban las horas del día y de la noche, simbolizando los instantes alegres o tristes de la vida en cadencias de cuerpo más o menos lánguidas, más o menos rápidas, más o menos lascivas. El poema musical estaba dividido en doce estrofas.

Cuando Rosalba se aproximó al telón interior para esperar el final del espectáculo, los címbalos marcaron, con once toques argentinos, el principio de la hora en que los amantes se levantan y se acuestan. Noemí representó el despertar, sacudiendo, al compás de la orquesta, su linda melena de oro, estirando los brazos, meciéndose aún ador-

mecida, en el espacio. Luego vino la alegoría de la misma hora nocturna, el instante en que los amantes se meten en la cama, la dulce oscuridad de la noche aconsejadora de ardientes caricias y de besos sin fin. Un estremecimiento voluptuoso sacudió el cuerpo esbelto de Luisa y las lentejuelas temblaban en su pecho con cabrilleos de oro. ¡El amor! ¡El sacrificio a Venus! ¡El triunfo de Eros! Los brazos de la artista buscaban al esposo ideal, le atraían, le estrechaban, le retenían prisionero en tan dulces cadenas y no le soltaban sino cuando el sacudimiento del espasmo iba ablandando, poco a poco, en ondulaciones de un movimiento lleno de languidez y de lujuria, los miembros antes tiránicos...

Algo había en la bailarina, al ejecutar tal símbolo, que no era habilidad pura ni pura ficción, sino verdadero sentimiento de la realidad encarnada en el arte. Más que la bailarina, era la mujer quien vibraba en el escenario, ante el público.

La conciencia de que todas aquellas caricias iban a un hombre que apenas las merecía y que ni siquiera sabía apreciarlas, fortificó a Rosalba en su designio. «Es necesario decírselo todo», pensó. Y algunos minutos más tarde, cuando la pobre artista salió hacia su cuarto, sonriente, triunfante, jadeante, detúvola por el brazo y le dijo sin preparación ninguna, como quien planta un puñal en el pecho:

—Eugenio te engaña.

¿Eugenio? Eran tan terribles tales palabras, que ni siquiera le hicieron daño. No las entendió, no supo lo que significaban; sus labios murmuraron:

—Eugenio...

—Sí —prosiguió la corista—, te engaña con Ofelia.

—¡Hace bien! —exclamó la pobre Luisa, tratando de seguir su camino y no sabiendo lo que decía. ¡Hace bien!

Y sus manos, que se extendían hacia la izquierda con objeto de rechazar a Rosalba, tuvieron que asirse de una mampara entreabierta para que su cuerpo no se desplomara.

«¡Con Ofelia! Y ella no lo había notado, y sin duda hacía ya mucho tiempo. ¡En verdad, era necesario ser una imbécil!». Con la rapidez del relámpago pasaron por su recuerdo todas las sonrisas de la cantadora: las sonrisas de sus canciones, las sonrisas a mil hombres dirigidas. Y todas le parecieron destinadas a su amante. «¡La engañaban!».

—No, no puede ser... es imposible —dijo después, tratando de creer que una alucinación la atormentaba y que nadie la había dicho una palabra.

La corista la dio el brazo y la condujo hasta la puerta del almacén, donde la aseguró.

—En este momento están allí, en la cama dorada del concierto. Entra.

—No. No puedo... no quiero...

—Entra...

En ese momento preciso, Ofelia y Eugenio salían del almacén y se daban el último beso antes de dirigirse, cada uno por su lado, hacia el saloncillo. Un grito doloroso, un grito cruel, un grito que era a la par rugido y lamento, les heló la sangre en las venas.

Luisa estaba allí, delante de ellos, pálida como una aparición, con las pupilas extraviadas y los brazos en cruz.

Hubo un segundo de angustioso silencio, después del cual Ofelia quiso hablar para disculparse tal vez, tal vez para insultar. Sus palabras se perdieron en la trágica penumbra, mientras Luisa salía huyendo hacia su cuarto con objeto de no oírlas.

Algunos minutos después, Rip-Rip vio partir precipitadamente a una sombra envuelta en un manto oscuro y, reconociendo en ella a Luisa, la siguió.

¿A dónde iba sola y a esa hora? ¿Al bulevar? No... más bien a los mercados, pues en vez de seguir por la derecha, tomaba la calle Montmartre, hacia abajo, andando muy deprisa. En los mercados, una farmacia estaba abierta toda la noche. ¿Iría a la farmacia? ¿Estaría enferma? Pero entonces, ¿por qué no tomaba un coche? Sí, indudablemente iba a buscar un remedio cualquiera. ¡Y qué deprisa iba! ¡Más de prisa que los carruajes! Parecía una loca. ¡Ah!, no era a la farmacia, puesto que seguía, seguía, siempre rápida como el viento y atravesaba la calle de San Honoré... y llegaba a la de Rivoli... ¿Iría a la Ópera Cómica, allí al lado, a buscar a una amiga, a pedir billetes para su amante, a hablar al director para ver si querían contratarla? No. Más bien al Châtelet, en donde también se necesitan hábiles bailarinas. Tampoco. Ya había llegado al puente. Y moderaba el paso... y se detenía a contemplar el reflejo de las linternas encarnadas, cuyas luces tiemblan en el agua del Sena como rubíes...

¿Y luego? Muy despacio, muy despacio, continuaba hasta el otro borde del río. ¡Era imposible! ¿La escalera? Sí, bajaba por la escalera oscura, por la escalera estrecha, por la escalera de los muelles, por la escalera de los suicidas...

Rip-Rip precipitóse en pos de ella y la detuvo junto al parapeto.

—¡Luisa! —dijo la con la voz temblorosa de emoción: —¡Mi pobre Luisa, mi amiguita del alma! ¿Qué es eso?

—Sufro mucho... déjame, Rip. No me detengas...

—Vamos, no seas niña. Dame el brazo...

Las lágrimas, contenidas durante largo rato, brotaron entonces de los párpados de la bailarina, que lloró, cual un niño, dejándose conducir por el *clown* hacia una cercana estación de coches.

Cuando los sollozos la permitieron articular algunas palabras, dijo en tono lamentable, con frases sobrias, sin cólera ninguna, su fatal aventura (el dolor no es siempre elocuente):

—Acabo de sorprender a Eugenio y a Ofelia que me engañaban, en el almacén del concierto. Y como es natural, mi primer impulso fue morir ahogada en el Sena... una muerte que me refrescase las sienes. Creo que tengo calentura.

Rip-Rip también lloraba, pero haciendo un esfuerzo, sonreía y hablaba, tratando de calmarla, de consolarla. «No, no tenía calentura, no sería nada. Sin duda la cosa era desagradable, pero de ningún modo valía la pena de morir. Él había sufrido más que ella y no se había matado ni una sola vez.

—Más que yo no puede ser. Sufro mucho, mucho.

—Ya verás cómo nos vengamos de Ofelia.

—¿Para qué? El daño está hecho. Yo no soy vengativa y lo único que deseo es que nadie sienta nunca lo que yo siento, porque es terrible, Rip, lo que padezco. ¡Yo, que no tenía más amor que él... yo, que soñaba en vivir así toda la vida. Yo, que no vivía sino por él!, y de repente todo se acaba, así en un instante. ¿Para qué seguir viviendo?

—Para complacerme a mí, que te quiero como si fueras hija mía...

—Tú eres muy bueno. Tengo sed, hay algo que me quema como una brasa en el estómago ¡Y el corazón! Parece que va a reventar mí corazón. ¡Cuánto sufro!

—Es necesario que tomes algo para dormir en cuanto llegues a tu casa.

—¿A mi casa? ¡Oh, no! Eso jamás...

—Ven a la mía entonces. Yo tengo una antigua criada que te cuidará como a un pájaro enfermo. Yo dormiré lo mismo en un hotel. ¿Quieres venir?

—Eres muy bueno, Rip. Lo único que quiero es morir-me... no sufrir más...

Ya en casa del *clown*, después de tomarse una tras otra, hasta seis copas de jerez, tuvo miedo a la soledad.

—No te marches —le dijo—. Quédate aquí a mi lado.

—Me acostaré en el diván, tú métete en la cama y duerme. Lo que necesitas es descansar, calmarté los nervios...

«¿Descansar? ¡Qué locura! ¿Acaso podría ella descansar ya nunca en su vida? Todo había terminado».

Acostose. En su cerebro febril la misma lamentación seguía cantando en triste ritornelo lento, lento, monótono, sin variación. «¡Qué desgraciada era!» No pensaba otra cosa. No sentía más que eso: una gran desgracia, la impresión de una caída brusca de muy alto, una inmensa piedad de sí misma. Sólo de vez en cuando la sombra fatal de Ofelia aparecía ante ella, desfigurada, riendo a carcajadas cual una bacante y arrastrando detrás de sí a Eugenio, loco de deseo, loco de amor. Porque Luisa estaba segura de que su amante tenía por la cantadora una pasión frenética. De lo contrario, no la habría engañado...

—¿Verdad, Rip?

Al oír su nombre en medio de la noche, el *clown* se volvió hacia el lecho y vio a su amiga, incorporada, con los cabellos despeinados y con los ojos brillantes de fiebre, sosteniéndose penosamente contra las cortinas.

—¿Qué?

—Nada... nada. Una tontería. Tengo miedo de volverme loca...

Rip soñaba en sus propias penas pasadas, en la austriaca que le había hecho sufrir el tormento del engaño, en su razón perdida durante dos semanas...

La bailarina murmuró:

—Tengo sed.

Después de beber preguntó, tratando de sonreír:

—¿Verdad que nunca has sufrido tanto como yo?

—Sí, mucho más.

Y sin saber si era para consolarla o para desahogarse,

contóle con todos sus detalles la trágica historia de su matrimonio.

—¡Pobrecito! —murmuró Luisa al final, besándole las manos con gratitud.

XXIV

—¡Es extraordinario! —murmuró el director de Maravillas, cuando Rip-Rip le hubo referido la anécdota pasional de la víspera: ¡es extraordinario!

Después, como hablando consigo mismo, continuó:

—Y lo más triste es que en ese asunto el único que sale perdiendo soy yo, porque la chica no querrá volver al concierto, como es natural.

—De ningún modo —dijo el *clown*.

—Pues peor para mí.

Sentado en su butaca directorial, ante una mesa llena de papeles multicolores, con la pipa entre los labios y el entrecejo fruncido, Rocano trataba de hallar un expediente cualquiera para conciliar, al menos por el momento, sus simpatías y sus intereses: «Sin duda, decíase, Ofelia es la que tiene la culpa de todo, pero al mismo tiempo Ofelia es el alma de mi negocio. Más de la mitad de mis parroquianos vienen con el exclusivo objeto de oírla cantar. Luisa es una chica lista, con gracia, con arte, buena bailarina y buena mujer. A Luisa, sin embargo, Noemí podrá reemplazarla, ayudada por Rosalba o por otra cualquiera. Que no vuelva, aunque tenga razón. Yo lo siento mucho. ¡Íbamos tan bien!, y además no es difícil que dentro de algunos días, cuando

el encono le pase, vuelva, mientras que si dejo que la cantadora se me escape, todos mis rivales se la disputarán. Lo mejor en estos casos es esperar. Lo único que me embaraza es lo que debo decir a Rip-Rip para que no se incomode. ¿Qué decirle? ¡Por la Madona!».

Al fin se decidió y adoptando el tono de guasa:

—Mira —le dijo—, si logras encontrar un medio de conciliación, le enciendo un cirio al santo de tu nombre, que es San Rip, según creo.

—Ninguno.

—¡Bribonazo! Lo que quieres es que la chica no salga de tu cama. Bueno, pues guárdala algunos días para dejar lucir la luna de miel y luego, cuando amanezca, tráela de nuevo, que en viniendo contigo siempre será bien recibida. Ya yo había notado que te gustaba mucho. Vamos... ¿lo niegas? ¿Y cuánto tiempo vas a tenerla secuestrada?

El payaso no respondió. Si siempre las bromas relativas a su amor por Luisa habíanle parecido de mal gusto, ese día antojábansele casi macabras y casi sacrílegas, como si la bailarina fuese para él un objeto digno de veneración. ¿Quererla? Sí, sin duda la quería; quería la con toda su alma; quería la más que nunca había querido a mujer ninguna, pero no cual a las otras sino con un amor respetuoso, en el cual el misticismo y la piedad entraban en partes iguales para formar un afecto lleno de ingenua ternura. ¡Quería la más que si fuera su hija o su hermana, más que si fuera su novia, mil veces más que si fuese su mujer! Porque la quería sin estar celoso, sin que nada en su conducta le pareciese

censurable; no viendo en ella, en suma, sino la belleza sublime del dolor. La quería muchísimo...

Rocano reía, guiñando el ojo y figurándose que cuando el *clown* no contestaba era porque no tenía nada que contestar.

—¿Verdad que he dado pie con bola? —preguntó al fin.

—No —concluyó Rip— despidiéndose secamente.

XXV

Al entrar en su casa, la criada le dijo que Luisa dormía aún.

Eran las cinco de la tarde. La alcoba del *clown*, sumida en una oscuridad completa, parecía un horno apagado, en el cual la respiración rítmica de la llama hubiese persistido. Desde la puerta, oíase el ligero resoplar, monótono y angustioso, de la mujer que dormía.

—¡Pobrecita! —murmuró Rip—. Dejémosla descansar.

Y con objeto de no interrumpir la quietud de la hora, vagando nervioso por las habitaciones, dirigióse hacia el comedor en donde una plataforma artificial, embutida en la ventana, formaba un balconcillo propicio a los largos ensueños de las tardes estivales. La calle lucía como una ascua.

El disco rojo del sol, en su ocaso, ocupaba la entrada de la calle, llenando de intensos resplandores de incendio el horizonte y haciendo brillar las vidrieras de las casas vecinas con luces de cristal tallado. Todas las superficies lisas adquirirían mil facetas ante el monstruoso reflector de oro y de púrpura. Una brisa ligera, cuyas alas no estaban ya entumecidas por los interminables escalofríos de la primavera parisiense, una brisa tibia y tenue hacía palpitar, con latidos casi humanos de resurrección y de vida nue-

va, las banderolas tricolores de los edificios públicos. En el ambiente diáfano, por encima de los techos oscuros, la claridad constelábase de puntos de carmín y de esmeralda, infinitamente pequeños e infinitamente sutiles, que ondulaban, cual miríadas de ideales insectos en el éter crepuscular.

Rip-Rip sentíase dichoso. Y para gozar de la belleza de la tarde, para bañar en luz su alma lacerada, para empapar de efluvios germinales todo su ser melancólico, cerraba los párpados haciendo muecas infantiles y luego los abría más que nunca ante el sol, decidido a mirarle frente a frente, con osadía de águila.

Sentíase dichoso, sin saber por qué, y al mismo tiempo experimentaba un vago remordimiento, como si su íntima bienaventuranza fuese un insulto al dolor de su amiga.

—«¡La pobre sufre!» —murmuró tratando de enternecerse, de recobrar su gravedad habitual, de no hacer gestos de niño, de no embriagarse en la orgía de luz purpúrea y de aire fresco a que se entregaba—. «¡La pobre sufre!». Pero imposible, no podía entristecerse; gozaba y para no gozar dirigíase amonestaciones mentales, diciéndose:

«Hoy como ayer, tú no eres sino un payaso bastante viejo que no tienes motivo ninguno para estar contento de la vida. Antaño, no digo que no hayas sido digno de ser envidiado, pero desde que dejaste de ser gimnasta para convertirte en hazmerreír, todo te ha salido mal. Mira hacia atrás: tu existencia es un tejido de desgracias. Las mujeres

te engañaron y los hombres no te hicieron sino daño... ¡Eres muy digno de lástima, te digo!».

A pesar de tales sermones, su alma seguía gozando. El sol inmenso, siempre encarnado, siempre inmóvil, parecía reclinarsse sobre el techo de la última casa para no hundirse en el vacío. En el firmamento, las nubes blancas y traslúcidas cabalgaban con rapidez en pos del gran astro, dejando percibir el azul claro del fondo a través de sus diáfanos velos y formando, al correr, monstruos multiformes y fantásticos, de grandes brazos sinuosos y de cabelleras interminables. Rip-Rip sonreía entre tanta luz.

De pronto, una duda vino a preocuparle. «¿Estaré alegre —se preguntó— porque la siento a mi lado, porque duerme en mi lecho, porque perfuma mi nido con el aroma de su cuerpo?» «Tal vez» —respondióse—. Pero luego, ahondando, sutilizando, haciéndose creer que su gozo en ese caso sería logrado a costa del dolor ajeno y que sería un gozo casi sensual, trató de decirse que no. «Estoy alegre —se dijo— porque he dormido bien, porque he almorzado con apetito, porque he hecho una buena acción, nada más que por eso». Sólo que ni había almorzado apenas, ni había dormido más de dos horas. Y en cuanto a la buena acción... «¡Ten cuidado!» —murmuró en su memoria la voz estridente de Ofelia.

Entonces quiso moverse y se volvió hacia el comedor. Luisa estaba allí, en pie junto a la mesa central, contemplándole de lejos con sus grandes ojos hundidos.

—¿Tú aquí? —exclamó el *clown*.

—Sí. Creo que he dormido mucho.

—No mucho. Te acostaste anoche a la una y ahora deben de ser las cinco y media de la tarde: unas diecisiete horas, nada más...

En realidad, la bailarina no había logrado dormirse sino al mediodía. Rip le preguntó, estrechándola la mano y conduciéndola hacia el balcón:

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor, sí.

Dijo «sí» por no apenar a su amigo, cuya solicitud la confundía, pero en realidad, sufría de un modo más cruel que la víspera, con más conciencia de su desgracia, ya sin valor para tomar grandes determinaciones, sin lágrimas que derramar y atormentándose con mentales pesquisas para colegir desde cuándo principiara su amante a engañarla. En el egoísmo de su pena, hubiera querido conocer todos los detalles de la traición. Una curiosidad dolorosa llevábala a excitarse la memoria con objeto de considerar de nuevo todos los actos de Eugenio desde el día en que se conocieron.

Al fin preguntó:

—¿Fuiste hoy al ensayo?

—Sí. Es decir, estuve en Maravillas cinco minutos con el director.

—¿Y? ¿Y los demás?...

En vez de responder, Rip-Rip díjole, señalando el sol cuyo disco rojo principiaba a hundirse tras los techos lejanos:

—¡Mira qué lindo!

Luisa se apoyó en la barandilla del balcón y permaneció silenciosa ante el claro infinito. Otros cielos más clementes y más bellos, contemplados mucho tiempo antes, surgían del fondo amargo de su memoria. Un pliegue casi imperceptible crispaba a cada instante el arco finísimo de sus labios. Su rostro estaba pálido, ya no con la palidez mármorea que todos elogiaron en ella, sino con un matiz enfermizo de marfil antiguo. En sus pupilas apagadas lucía a intervalos, con fuegos misteriosos de zafiro, una chispa de cólera, que iba a ahogarse, apenas encendida, en la humedad de los párpados.

«¡Pobrecita! —pensó el *clown*, viéndola de soslayo—: ¡Pobrecita! ¡Pobrecita!».

XXVI

Vegetando con lamentable inconsciencia de flor enferma, la bailarina veía transcurrir las mustias horas sin darse cuenta exacta del sitio en que se hallaba. Ningún objeto atraía su atención en el asilo que la amistad la proporcionara. Lo único que, de vez en cuando, durante los penosos insomnios de la noche, captábale la atención, era una corona de laurel dorado que lucía frente al lecho del payaso sobre el fondo cerúleo de la pared. Su vista prendíase a las hojas áureas, mientras su imaginación seguía revoloteando lejos, muy lejos, en torno de la llama devoradora que consumía su existencia silenciosa de mártir del amor.

Rip solía decirle:

—Es necesario que salgas, que te muevas, que tomes el sol, pues de lo contrario te vas a enmohecer: ¿Quieres que te mande buscar un coche? ¿Quieres que te lleve al teatro? ¿Quieres ir a comer a un restaurante del bulevar?

—No.

La pobre no quería nada. En medio de su gran desgracia, sentíase tranquila en la intimidad del *clown*, cuya solitud mimosa la hacía pensar en su madre.

¡Su madre! Varias veces en los instantes de cobardía psicológica, cuando el alma busca un refugio lejano, había

pensado en ella, implorándola mentalmente como otras imploran a la Virgen. ¿Por qué no iba a buscarla? Por orgullo, porque habiéndola escrito tres cartas llenas de ternura, en sus días de felicidad y no habiendo recibido respuesta a ninguna de ellas, creía que era inútil, y a más de inútil humillante, implorar de nuevo un perdón antes no obtenido.

Resignada a la soledad, ocupaba sus largos días en vagar por las habitaciones, yendo de la alcoba al comedor y tratando de entretenerse en frívolas labores domésticas. Cuando, por casualidad, tomaba un libro cualquiera y trataba de leer, sorprendíase, al cabo de algunos minutos, con el volumen cerrado entre las crispadas manos y la imaginación fuera del tiempo y del espacio, acariciando a los fantasmas asesinos de su amor.

Y los días pasaban sin que ella saliese del aturdimiento de su caída sentimental...

Muy a menudo, al despertar, ya muy tarde, después de haber dormido durante algunas horas con sueño nervioso y visionario, sentíase dolorida, como si acabase de recibir una paliza.

Nada la entretenía: ni el sol que iba a posarse todas las tardes frente a sus balcones, cual una inmensa águila de oro, ni las plantas con que Rip-Rip adornara la alcoba, ni las canciones callejeras que, por la mañana, subían desde el patio, en vuelo ligero e ingenuo...

Cuando hablaba consigo misma, no podía menos de decirse:

—¡Sufro mucho, mucho!

XXVII

Un día, después de comer, Luisa preguntó a su amigo:

—¿Por qué no ha venido Noemí?

—No lo sé —repuso el *clown*, poniéndose pálido.

Y era que, en realidad, Noemí había tratado de ver a su amiga sin que el *clown*, egoísta cual todos los locos, se lo permitiera.

—¡Hace mal! —murmuró Luisa—. ¡Para lo que yo he de vivir!

—¿Todavía piensas en morir?

—No, no pienso en nada, pero siento que algo me lleva hacia otro mundo. ¿Te parezco ridícula?

—¡Boba! Yo te quiero con todo el corazón.

En efecto, la quería con todo el corazón y aún más que con el corazón. Queríala de un modo primitivo e inconsciente, de una manera casi incestuosa, diciéndose a sí mismo que su alma enamorada era un alma paternal y tratando luego de rozarse a ella, de respirarla como una flor, de ocupar los sitios en donde ella había estado. Queríala con sensualidad secreta y piadosa, con egoísmo instintivo, alegrándose de que Eugenio y Ofelia siguieran durmiendo juntos, deseando que nadie entrara en su casa, rogando a la providencia que todo siguiera así ¿Cómo? No lo sabía...

así: en un dudoso idilio de lágrimas, de pereza, de modorra sensitiva, de cobardía psíquica, de cariño filial, de ingenuidad melancólica, de somnolencia consentidora... Así, pues...

A veces, cuando ella se levantaba, él iba hasta la cama deshecha y, sin darse cuenta de lo que hacía, besaba devotamente las almohadas aún impregnadas por el perfume de su cabellera, murmurando:

—¡Pobrecita!... ¡Pobrecita!...

Una mañana entró en la alcoba de su amiga más temprano que de costumbre. Luisa acababa de levantarse. En el reducido espacio de la estancia flotaba un aroma embriagador de carne femenina, de senos jóvenes, de sexo rubio. Con las ventanillas de la nariz dilatadas, respiró durante algunos minutos en la atmósfera enloquecedora. Poco a poco, sus pupilas llegaron a nublarse y sus sienes acabaron por palpitar con latidos febriles; el lecho estaba allí, tibio aún del calor del cuerpo amado, con un hueco esbelto, en el centro, que parecía el molde de las formas de Luisa. Sin darse cuenta de su acto, el *clown* se desnudó rápidamente y se metió en el lecho, en el mismo sitio donde Luisa había reposado. Luego salió huyendo, confuso y medroso, olvidando sus prendas de vestir, y al llegar a la sala donde dormía, empapó en agua fresca una sábana y se envolvió en ella.

XXVIII

Luisa sufría siempre, sin lograr darse cuenta de la naturaleza verdadera de su dolor. Sufría de un modo nostálgico, recordando con sonrisas de cruel ternura, los días de oro. Sufría sin tener el consuelo de odiar a los que la hicieron daño. Sufría humillándose, creyendo que su amor había sido vencido por otro amor, en leal palestra de gracias y de caricias. Sufría como sufren las madres que han perdido a un hijo, y que se creen inútiles en la vida por carecer de lo único que las hacía vivir.

Sólo de vez en cuando, en momentos de nerviosidad exaltada, la imagen de Ofelia aparecía ante ella; aparecía desnuda e impúdica, riendo con risa faunesca, con las piernas abiertas y los ojos enrojecidos, casi fea y, sin embargo, atrayente; odiosa y dominadora, sardónica y lujuriosa, enseñando las encías, levantando los brazos, sacudiendo la áurea melena, simbolizando, en fin, la diabólica belleza de las estatuas venéreas. Aparecía llevando detrás de sí a Eugenio, que se arrastraba, que gemía, que suplicaba...

Y entonces Luisa, siempre buena y siempre amante, elevaba a la ciega providencia una oración en favor del que tanto daño la hiciera, creyendo que él también era muy

desgraciado, y atribuyendo a misteriosa y cruel hechicería el arte seductor de su rival triunfante.

XXIX

—¿No quieres salir, Luisita?

Una tarde, después de comer, dijo por fin que sí, por condescendencia.

—Pero, ¿adónde ir?

—Al teatro —propuso Rip.

—Más bien al circo —contestó ella.

Y fueron a los funámbulos, con objeto de ver a las bailarinas cosmopolitas. Al entrar en la sala, llena de luz y de ruido, ambos sintiéronse emocionados, como los asesinos que por malsana curiosidad vuelven al sitio en donde han cometido un crimen.

—Tengo calentura —murmuró Luisa—; es mejor que nos volvamos.

—No —repuso el *clown*—; ya te calmarás con una copa de champaña.

Los dos parecían tener una sed devoradora. En menos de un instante vaciaron la primera botella que un mozo les sirvió en el antepalco.

Con los ojos fijos en el escenario, sin dirigirse la palabra, mirándose apenas de vez en cuando con oblicuas y cavilosas miradas, parecían meditar en algo muy antiguo y muy solemne. La bailarina, sobre todo, mostrábase pre-

ocupada y nerviosa, cual si temiera ver surgir de pronto, entre los árboles de cartón de las tablas, a la odiosa Ofelia.

Cada cambio de decoraciones, cada mudanza de música, cada intervalo rápido, producía en el alma de la medrosa espectadora un escalofrío cruelísimo.

—¿Qué es lo que viene ahora? —preguntaba sin cesar.

Al fin se tranquilizó viendo en el programa el anuncio de las danzas cosmopolitas que remataban el espectáculo.

—Toma —decíale Rip a cada instante, llenándole la copa de champaña. Ella bebía inconscientemente, sin notar los efectos que el pálido vino iba produciendo en su cerebro debilitado.

Al levantarse, al fin del espectáculo, Luisa experimentó una actividad nunca antes sentida en las piernas. En su cerebro, una legión de diminutas mariposas multicolores aleteaba ligeramente.

—No sé lo que tengo —murmuró. Rip le dijo:

—Es la champaña.

—No, no es eso. No sé lo que es, pero sé que no es eso.

—Entonces es la vida que vuelve.

—Tampoco...

Salieron cogidos por las manos, como dos niños.

La luna les envolvió en su tenue manto, con esa afectuosa complacencia que tiene para acariciar a todos los que sufren y a todos los que aman. Envolviéles cariñosamente, plateando sus sombras, afinando sus siluetas, y haciendo más vaporosos sus ademanes.

Al lucir en el espacio, no cual un punto sobre las íes de las torres, sino como un rostro risueño que se asomaba entre las ramas de los árboles callejeros, el astro nocturno tenía algo de *clownesco* y algo de vehemente. Corría hacia el horizonte, iba muy de prisa, escondíase tras las nubes claras, parpadeaba en el infinito, huía, huía, y en su carrera lo hacía temblar todo con un estremecimiento de ópalo fluido. Las casas temblaban; las calles se retorcían formando blancos canales, las ventanas parecían entreabrirse para dejar entrar la luz...

En las pupilas de los transeúntes brillaba una llama mortecina.

Todo en la noche clara hubiérase dicho que era líquido, pues la diafanidad de la blanca atmósfera diafanizaba los objetos oscuros y pesados.

Luisa reía nerviosamente, estrechando la mano de Rip-Rip y sintiendo a cada segundo un escalofrío voluptuoso.

Al llegar a la puerta de su casa, el *clown* quiso subirla en vilo hasta su tercer piso; mas ella se resistió, asegurando que tenía más fuerza que todo el universo.

—Mira —dijo.

Y corriendo por las escaleras, saltó de dos en dos los peldaños.

Ya en la alcoba, sintióse enajenada. Lo que estaba a su alrededor parecía extraño. La corona de áureo laurel producía un efecto tan cómico, que se figuraba hecha para el gato.

—¿Verdad que es del gato? —preguntó.

—Sí, del gato.

—No, pero de veras, ¿es del gato? ¿Dónde está el gato? Eh, psit, psit... Ven acá... perezoso...

Arrodillada junto al lecho, con la guirnalda en la mano, buscaba bajo las sillas al casero animal, con objeto de coronarle.

—No quiere dormir conmigo —dijo al fin.

Luego continuó desnudándose desordenadamente y dejando caer sus prendas de vestir sobre la alfombra:

—Yo voy a bailar mejor que todas. Mejor que Noemí, ya verás. Y tú también vas a bailar, ¿verdad? Mira mis piernas: la izquierda es la más elástica; la más linda. Yo soy zurda de piernas; cuando logre quedarme una hora entera sin vacilar, sin temblar... ya lo verás, Rip-Rip. Pero tú también bailarás conmigo, ¿verdad?

El *clown* temblaba como un epiléptico, sintiendo que sus sienes se convertían en hormigueros y que sus labios se secaban a medida que la chica iba apareciendo ante él en la apoteosis de su divina desnudez.

—Buenas noches —dijo, tratando de irse. Ella le detuvo.

—No, no te vayas. Verás... voy a bailar. Recoge ese corsé para que no se manche. Vamos a bailar, ¿verdad? Espérate que acabe de arreglarme. Noemí tiene unas camisas muy lindas, llenas de flores. Yo bailo mejor que ella... mira...

Con los brazos levantados y la cabeza inclinada hacia adelante, principió a bailar, ya desnuda.

—¡Luisa! —gimió el *clown* temblando ante la carne tentadora.

Ella se echó a reír. Todo su cuerpo, formado de mórbidas redondeces, de blandas ondulaciones carnales, vibraban al compás de un aire en voz baja tarareado. Sus pechos, firmes y erguidos, oscilaban armoniosamente. En las crispaciones simétricas de sus muslos, había una energía febril que, deteniendo de vez en cuando el vaivén del torso, la obligaba a permanecer inmóvil durante algunos segundos. A través de su piel, veíase la agitación enfermiza de los tendones... bailaba...

De pronto, cegado por el deseo, Rip-Rip se precipitó sobre ella.

Al sentirse enlazada por brazos masculinos, Luisa suspiró con voz desfallecida, cerrando los ojos y abandonándose por completo:

—Eugenio... Eugenio. Mi Eugenio. ¿Verdad que no es cierto? ¿Que no me has engañado? ¿Que eres mío, mío?...

El *clown* la tapó brutalmente la boca con sus labios hambrientos de besos...

FIN

Enrique Gómez Carrillo

Enrique Gómez Tible, mejor conocido como Enrique Gómez Carrillo, nació en Guatemala el 27 de febrero de 1873. Hijo de Agustín Gómez Carrillo y de la ciudadana española de origen belga Josefina Tible. Tras vivir un tiempo en España y en El Salvador a causa de dificultades políticas, la familia retorna a Guatemala en 1885. Estudió en el Instituto Nacional Central para Varones donde fue estudiante promedio. Al desistir de la formación académica, se inicia como escritor en el diario *El Imparcial* en 1889. Al año siguiente Carrillo trabaja para *El Correo de la Tarde*, diario dirigido por Rubén Darío y fundado por órdenes del presidente Manuel Lisando Barillas, quien al notar su talento literario (y por consejo de Darío), le otorga una beca para radicar un tiempo en España. Sin embargo, no viajó a España sino a París, lugar de influencia definitiva para su obra narrativa y periodística. Por desobediencia le retiran la beca, pero la recupera al dirigirse a Madrid. En esa ciudad publica *Esquisses* y colabora con distintas publicaciones periodísticas. Vuelve a París para publicar *Literatura extranjera y Estudios cosmopolitas*, textos que añadieron fama a su prosa. Desde ese momento se le conoció como «Príncipe de los cronistas». Gómez Carrillo gozó de las facilidades de la vida

diplomática y política, siendo nombrado cónsul de Guatemala en París por el presidente y amigo personal Manuel Estada Cabrera. De su labor como escritor de crónica se cuenta con títulos como *El Japón heroico y galante* (1912), *Romerías* (1913). Como novelista publicó *Tres novelas inmorales*, editadas por Editorial Cultura en esta oportunidad, cuyos títulos *Bohemia sentimental*, *Del amor, del dolor y del vicio* y *Pobre clown* (1899) conforman un ciclo narrativo. Enrique Gómez Carrillo murió en París el 29 de noviembre de 1927, a los cincuenta y cuatro años. Sus restos mortales descansan en el Cementerio Père-Lachaise.

Contenido

<i>Bohemia sentimental</i> ...	8
<i>Del amor, del dolor y del vicio</i> ...	111
<i>Pobre clown</i> ...	210
<i>Biografía</i> ...	318